CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID 56
AGOSTO, 1954

INDICE

Páginas

BRÚJULA DEL PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

En páginas de color, la segunda parte del *American Diary*, de nuestro corresponsal en las Naciones Unidas *J. A. Villegas Mendoza.*

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

"Cuadernos Hispanoamericanos" solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Editorial Difusión, S. A., Herrera, 527. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Librería "La Universitaria", Gisbert y Cía., Comercio, 125-133. *La Paz.*—COLOMBIA: Librería Nacional Limitada, calle Veinte de Julio, Apartado 701. *Barranquilla.* - Carlos Climent, Instituto del Libro. *Popayán.* - Librería Hispania, Carrera 7.ª, 19-49. *Bogotá.* - Pedro J. Duarte, Selecciones, Maracaibo, 49-13. *Medellín.*—COSTA RICA: Librería López, Avenida Central. *San José de Costa Rica.*—CUBA: Oscar A. Madiedo, Agencia de Publicaciones, Presidente Zayas, 407. *La Habana.*—CHILE: Edmundo Pizarro, Huérfanos, 1.372. *Santiago de Chile.*-ECUADOR: Agencia de Publicaciones "Selecciones", Plaza del Teatro. *Quito.* Agencia de Publicaciones "Selecciones", Nueve de Octubre, 703. *Guayaquil.*—EL SALVADOR: Librería Academia Panamericana, Sexta Avenida Sur, 1. *San Salvador.* ESPAÑA: Ediciones Iberoamericanas, S. A., Pizarro, 17. *Madrid.*—GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, Séptima Avenida Sur, 12. - Victoriano Gamarra Lapuente, Quinta Avenida Norte, 20. *Guatemala.*—HAITÍ: Librerías y quioscos de *Puerto Príncipe.*—HONDURAS: Agustín Tijerino Rojas, Agencia Selecta, Apartado 44. *Tegucigalpa,* D. C.—MARRUECOS ESPAÑOL: Herederos de Francisco Martínez, General Franco, 28. *Tetuán.*—MÉXICO: Juan Ibarrola, Libros y revistas culturales, Donceles, 27. *México.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones. *Managua* D. N.—PANAMÁ: José Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning, Librería Universal, Catorce de Mayo, 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz, R. Mozón, 137. *Lima.*—PUERTO RICO: Don Matías Photo Shop, Fortaleza, 200 St. *San Juan de Puerto Rico.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro y de la Prensa, Escofet Hermanos, Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo.*—URUGUAY: Germán Fernández Fraga, Durazno, 1.156. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A., Bolero a Pineda, 21. *Caracas.*—BÉLGICA: Juan Bautista Ortega Cabrelles, 42, rue D'Aremberg. *Bruselas.* - Agence Messageries de la Presse, 14 a 22, rue Du Persil. *Bruselas.*—BRASIL: Livraria Luso-Espanhola e Brasileira, Avenida 13 de Maio, 23, 4.º andar. Edificio Darke. *Río de Janeiro.*—CANADÁ: Comptoir au Bon Livre, 3.703, Avenida Dupuis, angle Ch. de la Côte des Neiges. *Montreal.*—DINAMARCA: Erik Paludan, Fiols traede, 10. *Copenhague.* ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA: Las Americas Publishing Company, 30, West 12 th. Street. *Nueva York,* 11. - Roig Spanish Book, 576, Sixth Avenue. *Nueva York,* 11. - Argentine Publishing Co., 194-18, 111 th. Road. *St. Albans,* L. Y. N. Y.—FRANCIA: L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles, 78, rue Mazarine. *París (6 éme).* - Librería Mollat, 15, rue Vital Carles. *Bourdeaux.*—ITALIA: Librería Feria, Piazza di Spagna, 56. *Roma.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria y Publicaçoes, Rue San Nicolau, 119. *Lisboa.*—SUIZA: Thomas Verlag, Renweg, 14, *Zurich.*

EDICIONES CULTURA HISPANICA

"Ediciones Cultura Hispánica" es hoy la única empresa editorial al servicio de Iberoamérica y Filipinas que viene realizando tenazmente, año tras año, el intento más considerable entre los pueblos de habla española, para dar a conocer las vivencias culturales de la comunidad hispánica y los más importantes hallazgos en el amplio campo del pensamiento y de la cultura contemporánea.

Desde su fundación, en el año 1945, toda una serie de volúmenes aparecidos en una ininterrumpida y sistemática labor han puesto de manifiesto ante el público lector el esfuerzo editorial que significa proyectar, a través de sus diversas Colecciones, sobre las clases cultas del mundo entero, la multiforme realidad hispanoamericana.

Literatura, Arte, Filosofía, Poesía, Ensayo, Historia, Geografía, Economía, Derecho, etc., son materias que, a través de las más consagradas y amenas plumas iberoamericanas y españolas, ofrece a sus lectores "Ediciones de Cultura Hispánica".

Nombres prestigiosos, como los de Ramón Menéndez Pidal, José Vasconcelos, José María Pemán, Carlos Pereyra, P. Constantino Bayle, S. J., Juan Manzano, Gonzalo Zaldumbide, Mercedes Ballesteros, Víctor A. Belaunde, Pedro Laín Entralgo, José Arce, Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Leopoldo Panero, entre otros muchos, avaloran su catálogo editorial.

Pero hay más: "Ediciones Cultura Hispánica", nacida al servicio de los intelectuales de Hispanoamérica, en su deseo de acercarse cada vez más a la meta cultural que a sí misma se ha asignado, ofrece a todos los centros culturales del Mundo Hispánico, así como a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros antiguos o modernos, por cuenta de los interesados y a través de su distribuidora exclusiva para todo el mundo que es "Ediciones Iberoamericanas, S. A." (E. I. S. A.), Pizarro, 17, Madrid, y a ella, o a sus representantes en el exterior, pueden dirigirse para que les sean remitidos nuestro catálogo o nuestros libros, contra reembolso.

Igualmente, para todas aquellas obras que por su índole no encajen dentro de nuestro marco de publicaciones, "Ediciones Cultura Hispánica" se compromete a editar por cuenta de sus autores, y a través de su distribuidora E. I. S. A., cualquier original que nos envíen, encargándose muy gustosamente, de acuerdo con las indicaciones o sugerencias del autor, de la elección de formato, selección de papel, corrección de pruebas y realizar el envío, una vez concluída, de la obra cuya impresión se le encomiende.

Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

MADRID (España)

Ciencias Históricas:

Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana (Congreso Hispanoamericano de Historia). Madrid, 1954. 17 × 24 cms. 90 ptas.

Código de Trabajo del indígena americano, por Antonio Rumeu de Armas. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Azul celeste y blanco (Génesis de la bandera argentina), por Ricardo A. Herren. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Dogmas nacionales del Rey Católico, por Francisco Gómez de Mercado y de Miguel. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 75 ptas.

Hispanidad:

Sobre la Universidad Hispánica, por Pedro Laín Entralgo. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 20 ptas.

Destino y vocación de Iberoamérica, por Alberto Wagner de Reyna. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 23 ptas.

Genealogía y Heráldica:

Dignidades nobiliarias en Cuba, por Rafael Nieto Cortadellas. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Blasones de los virreyes del Río de la Plata, por Sigfrido A. Radaelli, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

Bibliografía:

Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España, por José Tudela de la Orden. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Literatura:

La ruta de los conquistadores, por Waldo de Mier. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 centímetros. 45 ptas.



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

HACIA UNA IGLESIA UNIVERSAL
ACERCAMIENTO DE LA IGLESIA ORIENTAL A ROMA

POR

BRUNO SCHAFER

Cuanto se describe en este relato sucedió, en su mayor parte, tras el "telón de acero" de la Europa oriental, por aquellas calendas en que la gran prensa mundial aún no quería admitir su existencia. Los llamamientos del Papa y de algunas asociaciones cristianas en favor de los hermanos perseguidos en Rusia, todavía fueron silenciadas entonces. Entre tanto, las diferencias políticas y económicas se hicieron patentes. Muchos que en otro tiempo pactaron con el Kremlin, se proclaman hoy, en nombre de la libertad, de la democracia y de los derechos del hombre, en cruzada contra el comunismo.

El obispo Melitijew ha conocido la "democracia" rusa durante doce años en las cárceles y campos de concentración de Rusia. Dios, que llega a convertir incluso el mal en bien, le ha conducido por esta encrucijada hacia la *Una Sancta.* En el verano de 1946, el obispo se incorporaba en Roma a la Iglesia católica, en compañía de su hermana Serafina, superiora de un convento de monjas, y de su secretario, Sievolot Rocheau. El Papa le designó obispo titular de Heraclea, y, ahora, monseñor Melitijew labora entre sus campesinos del Occidente europeo para la reconciliación de la Iglesia oriental con Roma.

* * *

Nací el 2 de noviembre de 1880. En el sexto año de existencia había perdido ya a mi buen padre. Aún se me permitió durante cuatro años la felicidad de ser cuidado por una madre devota y

---

Con autorización de sus editores, se publica en estas páginas el primer capítulo de la obra de Bruno Schafer Sie hörten Seine Stimme, *publicada por la Räber Verlag, de Lucerna. Un haz de capítulos de los que componen los tres volúmenes de la obra original alemana será publicado por la Editorial madrileña Epesa bajo el título* Hacia una Iglesia universal, *selección y prólogo de Vintila Horia, en versión castellana de Enrique Casamayor.*

buena. Ella me educó, desde mis años infantiles, en el amor a Cristo y a su Madre gloriosa. Recuerdo que, teniendo unos ocho años, la acompañé en una peregrinación a Marienwall. Allí, tras los habituales oficios divinos, me presentó al abad Bartolomé, hombre de existencia cenobita y monje experto en la vida espiritual. El abad me bendijo y, posando sus manos sobre mi cabeza, hizo en mi frente la señal de la cruz, y dijo a mi madre: "Mira: éste es Otice Pawel" (Padre Pablo). Mi madre se asombró muchísimo, pues yo tenía otro nombre de pila (Profim) y nadie tenía noticias de ningún Pablo.

A los diez años de edad perdí a mi madre, y a partir de entonces hube de comenzar mi vida de huérfano. Parientes benévolos me hicieron ingresar en una escuela parroquial, de donde más tarde fuí trasladado a un Seminario conciliar. Por mi condición de huérfano, ya desde niño me hice muy grave y reflexivo, deposité mi absoluta confianza en Dios, padre de todos los desamparados, y abrigué siempre un amor especial a la Madre del Señor.

Todos los años pasaba mis vacaciones en un monasterio; allí contemplé mucha oración, ayunos y ascetismo monacal. Me agradó aquella vida, y siempre me satisficieron aquellas vacaciones, durante las cuales pude vivir una hermosa época llena de gracia entre monjes devotos y sencillos. En 1903 ultimé mis estudios, y tuve que elegir mi destino futuro. Aunque mi corazón tiraba hacia el monasterio, me contuve en mis aspiraciones. Al recibir mi licenciatura emprendí una peregrinación al famoso monasterio de la Optina Pustynia. Allí me confesé a un abad y le expuse mis planes, en la seguridad de que me acomodaría a su consejo. El abad me aconsejó la vida monacal. Acto seguido solicité el ingreso en el monasterio de Solowiecki, y mis deseos hallaron satisfacción. En 1908 recibí mi consagración de diácono (Irodiakon), y, en 1910, la ordenación sacerdotal (Iromonach). De este modo viví seis años en el monasterio, y muy gustosamente hubiera permanecido allí, porque mi corazón se satisfacía absolutamente en la oración y en el trabajo. Pero la Providencia divina era otra. El arzobispo de Arcángel se dirigió al abad con el ruego de que se me dispensase del retiro espiritual, porque la diócesis padecía gran escasez de sacerdotes. Mis superiores no pudieron desestimar la petición, y me dieron libertad. Recibí el rango de prior, convirtiéndome en misionero de la región septentrional de Rusia. El mal año de 1916 había comenzado ya cuando, empuñando el báculo, peregriné de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, misionero por tierras de la Rusia boreal. Yo exhorté a los fieles a la lucha contra la tibieza y la indiferencia

religiosas, contra el descreimiento y el ateísmo. En el horizonte se percibía ya el relampagueo de la revolución roja.

En diciembre de 1916 murió Rasputín a manos de un príncipe ruso (1). *Se podrá decir de Rasputín cuanto se quiera; pero con el pistoletazo de aquel Josupow, del que fué víctima, comenzó una horrible sucesión de asesinatos. Los sabios habían sembrado vientos y más tarde cosechaban tempestades: la tempestad cruel, inclemente y asesina de la Checa. La aristocracia y la inteligencia iniciaron en Rusia la revolución, y Stalin y Dshersinskij la han llevado a sus últimas consecuencias. La lucha contra el espíritu revolucionario pareció entonces una empresa titánica.*

En febrero de 1917 rompió abiertamente la revolución. De inmediato, los revolucionarios del socialismo se alzaron con el Poder. Bajo Kerenskij se formó el primer Gabinete revolucionario. Pero como no estaban preparados de momento para un Tratado de Paz, el "Generalstab" germano decretó una revolución radical de Rusia. Con este propósito montó en un vagón de tránsito a Stalin y a veintiocho de sus camaradas políticos, y llevó a estos revolucionarios de Suiza a Suecia a través de Alemania. De allí, los revolucionarios alcanzaron Riga, desde cuya ciudad fué inoculado el rojo bacilo en el cuerpo ruso. Con dolor de corazón pienso en aquellos tiempos de la guerra civil. Todas las leyes divinas y humanas se dieron a la fuga. "¡Robad a los ladrones!", gritaba Lenin al pueblo. Y sus bandas asaltaron inmediatamente las cárceles y lanzaron una ola de criminales sobre la Humanidad. Los robos, los saqueos y los incendios estaban al orden del día.

El 7 de noviembre de 1917 ganó el Poder el bolchevismo. Zynisch llamó a esta victoria la revolución "incruenta". Ninguna revolución ha sacrificado tantas vidas humanas como ésta. En las postrimerías de 1918 aún pude hacer obra de misión sin trabas mayores, a causa de que el norte del país seguía combatiendo contra el bolchevismo moscovita. Exhorté a la lucha contra el ateísmo y por la defensa de la doctrina cristiana, y protectoramente me situé al frente de la grey. Bajo el título de El bolchevismo ante el juicio de la verdad divina *escribí un folleto, en el que desenmascaraba las fechorías de los revolucionarios. El escrito halló en el pueblo una gran difusión.*

Como ya se dijo, el norte del país ofreció encarnizada resisten-

---

(1) Grigorij Rasputín fué un monje ruso, dependiente de la secta de los Chlysten (Geissler); su vida no debió de haber sido irreprochable. Gozó de gran influencia en la corte del Zar. Fué asesinado el 16 de diciembre de 1916 por el príncipe Josupow (Jussupow), quien lo mató por odio y desprecio.

cia a la revolución bolchevique hasta 1919. Ingleses y franceses nos prestaron ayuda material; pero la acción militar la sobrellevaron sólo los rusos. El enemigo rojo estaba unido y compenetrado; las fuerzas patrióticas, en cambio, luchaban dispersas. Esta circunstancia acuñó la caída de Rusia. Cuando, por último, el Norte fué domeñado también, el bolchevismo hizo allí su entrada triunfal con atrocidad sanguinaria. Como represalias de la resistencia, se determinó tomar venganza cruenta en todos los ciudadanos signados de cristianismo. Religiosos y empleados fueron depuestos de sus cargos, y por doquiera los criminales asumieron el Poder. Quien se hallaba en buena situación fué reducido inmediatamente a la miseria o condenado a una muerte lenta. Horrible fué el comportamiento de los marineros de Kronstadt, en gran parte hijos del hambre y de la inteligencia rusas. Como es sabido, los marineros habían caracterizado a la revolución bolchevique, y cuando más tarde se dieron cuenta que su acción tomaba derroteros no deseados, maquinaron una segunda rebelión masiva, esta vez en contra del bolchevismo. En representación del Comisariado político, fué designado Stalin para sofocar la revuelta. Stalin envió sus parlamentarios a bordo de las naves, quienes se comprometieron a cumplir los deseos rebeldes bajo la condición de que pusieran término al levantamiento. En las conversaciones se les aseguró que nada les sucedería si deponían las armas. Los marineros aceptaron las condiciones. Seguidamente, la guardia roja y la milicia ocuparon los navíos. Pero la palabra empeñada a la marinería se cumplió ignominiosamente: todos los marineros fueron fusilados de la forma más indigna.

El 20 de febrero de 1922 fuí apresado por contrarrevolucionario y conducido, bajo fuerte escolta, a las cárceles de la checa de Arcángel. Cuanto hube de experimentar allí, cuanto allí vi y oí, he de relatarlo objetivamente. Los chequistas flagelaban a los prisioneros con látigos de acero y vergajos y los arrojaban al agua desde los puentes. En el invierno rociaban con agua a los infelices hasta que los cuerpos se cubrían de estalactitas de hielo. Yo he visto cómo fueron crucificados religiosos en los patios de la prisión. Durante los "interrogatorios", al condenado se le arrojaba a toda clase de cámaras de tortura: allí fueron golpeados con porras y llaves inglesas; atormentados con hambre, sed, silla eléctrica y torniquetes de pulgar, y arrojados a las cámaras de gas. Los oficiales fueron torturados de forma especialmente atroz: ante sus propios ojos, sus mujeres e hijas fueron violadas y malheridas. No existe atrocidad que no fuera practicada en las cárceles de la checa. Sólo

el diablo puede igualar tal inventiva en este género de martirios y torturas.

Los chequistas se aplicaron con delectación a herir los sentimientos religiosos de sus prisioneros, prohibiendo a los presos toda manifestación hacia Dios y expresando su desprecio por El, por Cristo, por la Madre de Dios y por los Santos. Los iconos fueron clavados en los taburetes de las celdas. Quien quisiera sentarse tendría que hacerlo sobre una imagen religiosa. Pero si los fieles, viendo en ello una injuria a la Madre divina o a las Santos, no querían sentarse, se obligaban con ello a permanecer erguidos días, cuando no meses enteros, en sus celdas, hasta que, al fin, se desplomaban fulminantemente agotados. El refinamiento infernal con que se buscó la ofensa a la cruz lo subraya un hecho que me contó un compañero de prisión. Trabajaba él al servicio de una máquina, cuya palanca inferior se accionaba a pedal. Entonces vió que a este pedal se le había fijado una cruz, y de tal forma que para accionarlo tendría que pisar la cruz forzosamente. Y como el prisionero se resistiera a hacerlo, fué tan malherido con una llave inglesa que murió en aquel mismo día. Expiró en mi celda, pero aún tuvo tiempo de confesarme la causa de su martirio. El motivo que llevó a este desgraciado a mi celda hubo de servirme de aviso, según pude aclarar algún tiempo después.

Al ser arrestado me encomendé a la providencia divina con estos pensamientos: si en los designios de Dios está el que yo muera, hágase su voluntad. Yo no tenía nada bueno que aguardar, pues mi destino era la muerte.

Pero cuanto Dios hace, bien hecho está; pues El gobierna por la fidelidad. Ya al principio fuí golpeado cruentamente. Los golpes y las afrentas escoltaron mi "interrogatorio". Se me acusó de hechos que nunca había realizado. Protesté contra la autenticidad de aquellas imputaciones. Entonces se me exigió que confesase que hasta la fecha había tenido engañados a los hombres, pues predicaba a Dios y a Cristo.

Y en el caso que estuviera dispuesto a renegar de Cristo y que esta apostasía la hiciese pública en la iglesia el domingo inmediato, sería puesto en libertad. Se me exigía que injuriase a Dios. Y al rechazar enérgico la proposición, me arrojaron a una cueva llena de ratas hambrientas. Se trataba de una determinada cueva, en la que fueron encarcelados cristianos, religiosos, intelectuales y oficiales especialmente fieles a su fe. Los hambrientos animales caían sobre la pobre víctima y la mordían por todas partes hasta su muerte sangrienta. Muchos condenados no pudieron resistir la visión de

aquellas ratas y cayeron desvanecidos. Tuve que permanecer algunos días, con sus noches, en aquella cueva. Al entrar me persigné, pues iba a morir. Pero quiso Dios que saliera indemne de aquel martirio. Cuando los chequistas vieron que no había muerto en la cueva, me arrojaron a una celda helada, donde tuve que soportar el horrible frío, sin pan, sin agua, durante cinco días con sus noches. Y como tampoco acabé entonces, un soldado me golpeó de tal modo en la cabeza con una llave inglesa, que me desplomé desvanecido. Al quedar ensangrentado sobre el suelo de la celda me roció con agua para hacerme recobrar el conocimiento. Y el maltrato siguió su curso.

Finalmente, fuí conducido ante el tribunal revolucionario para la "vista de la causa", durante la cual habría de responder a las preguntas de unos jueces iletrados y llenos de odio. El veredicto consistió en cinco años de prisión mayor por actividades contrarrevolucionarias. Se me asignó una celda individual, que en las prisiones bolcheviques provocan en sus habitantes una angustia especial, pues están construídas ex profeso para la tortura. En ellas se le retiran al condenado hasta los objetos más indispensables. Las celdas son muy sombrías y húmedas; están repletas de suciedad e infestadas de bichos. Es algo horrible sentirse acribillado por piojos y chinches. El preso se imagina quizá que de este modo se verá libre al menos de nuevas maquinaciones. Craso error... Continuamente es solicitado para nuevos "interrogatorios" y maltratado y escarnecido sin pausa. Día y noche permanece en vigilia. Quien sobrevive a semejante prisión tiene que gozar de una salud inquebrantable.

Un año después se me instaló en una celda común. Entonces comenzó para mí una nueva época de mi vida, aunque no puedo decir que haya sido tolerable. La administración celular se había interesado especialmente por que los religiosos fueran asignados para desempeñar los trabajos más humillantes y rudos. Por ejemplo, la administración tuvo necesidad de un zwonary. *Zwonary significa "campanero"; sólo que en el campamento no se llamaba con campanas, sino con cubos de estiércol batidos por cadenas. También a mí me fué encomendado el quehacer de zwonary, y en compañía del devoto arzobispo de Rostov, Arseni Smoleniec, limpié letrinas y lavabos, vacié pozos negros y llevé a cabo toda clase de otros trabajos nada limpios. Los chequistas de la guardia nos abrumaban con burlas e insultos. "¡Mirad, popes!—gritaban—. Antes alzabais el cáliz, ahora podéis levantar un cubo de basura; antes fuisteis venerados por el pueblo idiota, ahora os tratamos como merecéis."*

En julio de 1925 alcancé mi libertad. Me trasladé a Moscú, donde busqué refugio en la compañía de mis religiosos amigos. Entre mis amigos y benefactores se contaban el arzobispo Joasaf, inspector de la Academia moscovita; el obispo Pawlin de Kaluga y el archimandrit *(arcipreste) Isichi de Donsko-Monastir. El último fué capellán del patriarca Tichon. Isichi me contó un acto ignominioso de los bolcheviques. En marzo del año 1925 notificaron que el patriarca Tichon había muerto de un acceso cardíaco en un hospital de Moscú. Pero nadie pudo ver el cadáver del extinto príncipe de la Iglesia. Solamente Isichi fué autorizado; pero fué obligado a firmar un escrito con el compromiso formal de no pronunciar palabra de lo visto. Isichi lavó el cadáver según el ritual litúrgico, y al hacerlo comprobó que el patriarca había sido asesinado. Le habían seccionado ambas yugulares.*

El arzobispo Joasaf me nombró archimandrit, *y como tal fuí confirmado por el patriarca de Moscú. Mi especial misión consistiría sobre todo en hacer obra de misión. La propaganda ateísta había causado grave daño. Pero, por otra parte, también pude comprobar cuán viva estaba aún la religión en el pueblo. En Sierpochov yo mismo fuí testigo de cómo los fieles se pronunciaban contra los* oblnowience *(renovadores). A un obispo de la* oblnowience *lo revolcaron por la nieve luego de haberlo sacado a rastras de la iglesia.*

Hasta 1931 actué en Moscú, en Kaluga y en Sierpuchov. En estas ciudades se agudizó la persecución llevada a cabo por la GPU (la primitiva checa). Se me hizo entrega de una citación y fuí reclamado para colaborar con la GPU. Se exigía a los religiosos que fueran espías al servicio de los bolcheviques. Todas las semanas debían presentarse en el "departamento de cuestiones eclesiásticas" de la GPU, con objeto de informar sobre lo que contaban y murmuraban los fieles. Al rehusar tal colaboración, fuí apresado inmediatamente y conducido a la prisión de Butyrki, de triste memoria. Un tribunal de jueces de la GPU me condenó, sin interrogatorio ni causa, a siete años de trabajos forzados en un campo de concentración (KZ.—Lager).

Así comenzó para mí una nueva época de horribles experiencias. Con otros muchos presos fuí trasladado a Kasachstan. Eran los tiempos en que Stalin intentaba exterminar en Rusia a todos los creyentes, utilizando como instrumento a su verdugo, Jeschov. En Kasachstan se nos internó en un desierto de arena. No se divisaba un árbol, ni una mata, ni un solo edificio; solamente el cielo y la arena. El campo de concentración tuvo que construirse de nueva planta. De noche tiritábamos de frío, pues nadie poseía una manta

bajo la cual cobijarse; durante el largo día nos torturaba el calor. Para aumentar nuestro tormento, la guardia campamental nos daba por toda comida un pescado en fuerte salazón (2). *Pero no había posibilidad de apagar aquella sed, porque en el desierto no existía el agua. Era preciso acarrearla de muy lejos, y se repartía en pequeñas cantidades. Las monjas fueron especialmente maltratadas, con refinamiento maligno. Sus guardianes desahogaron en ellas sus bestiales instintos. Los instintos más bajos del hombre se hicieron más brutales que los propios de las fieras.*

En las postrimerías de 1937 fuí licenciado del KZ.—Lager. Y comenzó una nueva vida; no obstante, siguió inalterada una vida de asechanzas, de miserias y de persecuciones sin fin. Al ser preso se me privó de toda mi documentación personal; me robaron cuanto poseía en trajes y objetos, y fuí despedido del campo de concentración vistiendo el uniforme de forzado. Unicamente me dieron en el Lager un certificado, en el que se avisaba mi calidad de presidiario y mi condición de enemigo del Estado, así como la prohibición de permanencia en doce ciudades rusas. Con ello bastaba para ser declarado prácticamente caza libre. Nadie me quería admitir, nadie cobijarme bajo su techo. No hubo policía que me recibiera en la presentación reglamentaria. Y si un hombre caritativo pretendía darme cobijo, lo hacía temerosamente. Porque al momento tendría que habérselas con la GPU, recibiendo el correspondiente correctivo. Sin cartilla de racionamiento, sin permiso de permanencia, me veía obligado a huir errabundo de lugar en lugar. En bosques y cuevas celebré los oficios divinos, prediqué y administré los santos sacramentos.

En 1938, de los 1.600 templos moscovitas, sólo diez o doce seguían abiertos al culto. Los restantes fueron arrasados, destruídos, saqueados o convertidos en almacenes, tiendas, cinematógrafos y teatros. Stalin conservaba aún abiertas algunas iglesias por razones de solapada política. Sobre todo quería dar la impresión a los extranjeros de que él toleraba las iglesias. Los dos templos protestantes de Moscú son no más que puro reclamo, y se muestran a los candorosos huéspedes del exterior. Realmente, en Rusia no existe

---

(2) Este ha sido el alimento preferido por la administración de los campos de concentración soviéticos de todas las épocas; desde los pioneros de la aplicación sistemática de toda crueldad, en los años de la aurora roja, hasta la más reciente actualidad, pasando por estos lager de 1931, que relata monseñor Melitojew. Esa especie de arenque en salazón, que los rusos dan a sus prisioneros, fué el único alimento que durante los largos años de cautiverio sufrieron los españoles prisioneros de la División Azul entre 1942 y 1953 hasta su repatriación desde Odesa, en abril de 1954, a bordo del yate griego *Semíramis. (Nota del traductor.)*

libertad religiosa. La actual Iglesia staliniana es una Iglesia estatal, un instrumento de la política comunista.

En comparación con cuanto ha sucedido en Rusia, las llamadas "atrocidades medievales" son simples pasatiempos. Es curioso, no obstante, que Europa y el resto del mundo sepan tan poco de tales crueldades. Hubo hasta hace poco organizaciones militares que paliaban estos crímenes o si éstos no podían silenciarse los minimizaban. ¿Cómo explicar, por ejemplo, el estricto silencio de la conocida Liga de la Defensa de los Derechos del Hombre, dirigida entonces por Víctor Basch? ¡Cuántas veces se escuchaban protestas contra España, Italia, Polonia o Argentina...! Toda la prensa mundial se conmovió cuando dos terroristas italianos, Sacco y Vanzetti, fueron condenados a la silla eléctrica en los Estados Unidos. Pero cuando se asesinaba a millones de creyentes en Rusia y en Méjico, la prensa mundial calló, junto con la Liga de los Derechos del Hombre.

Cuando las tropas alemanas ocuparon el oeste de Rusia, en el año 1941, amaneció para mí el día de la libertad. La administración castrense autorizó la apertura de los templos y permitió el culto religioso. Los iconos e imágenes santas fueron sacados de sus escondites bajo el suelo y desenterrados de la arena por los fieles. Comenzó a pulsar una ferviente vida religiosa. Millares de personas se hicieron bautizar, se convirtieron y recibieron los sacramentos. Mis superiores eclesiásticos me asignaron la circunscripción de Briansk-Smolensko-Mogilov-Lida. En la festividad de San Pedro y San Pablo de 1943 fuí consagrado obispo en la catedral de Minsk. Con enorme celo me apliqué al trabajo asignado de roturar para Cristo tanto campo yermo.

Al retirarse los alemanes tuve que abandonar nuevamente mi feligresía, huyendo ante los bolcheviques, pues me hubieran liquidado sin dilación. Con mis colaboradores me dirigí a Praga, si bien no pude permanecer en aquella capital. Los checos me expulsaron a Viena. En Franzensbad la policía vienesa me procuró una vivienda, y allí hube de permanecer hasta el fin de la guerra. Cuando hubo capitulado Alemania y Franzensbad fué ocupada por los rusos, ya no quise continuar allí. Un predicador castrense norteamericano vino en mi auxilio y me llevó a Regensburg, en compañía de mi hermana. Más tarde fuí destinado a Straubing, desde donde ejercí mi diócesis en el exilio. Mis feligreses viven dispersos en las tres zonas. Para mi gran satisfacción, puedo afirmar que aquellos ortodoxos, que no están influídos por el fanatismo, ansian y piden la reconciliación de la Iglesia oriental con Roma.

No puedo cerrar estas notas autobiográficas sin agradecer a Michael Buchberger, obispo de Regensburg, la gran ayuda que me ha prestado aquí.

* * *

Y ahora mi respuesta concreta a la pregunta: ¿Por qué habéis ingresado en la santa Iglesia católica? La caída de la Iglesia oficial rusa me ha hecho ver claramente la verdad. La Iglesia de Cristo debe tener una jerarquía independiente de todo poder temporal. Ninguna Iglesia—incluso la más ideal—es libre, sino simplemente sierva del gobernante, si ella tiene sobre sí a un dueño temporal. Antes fué la Iglesia oficial del Zar, hoy es la sierva de Stalin. Una Iglesia tal ha de considerar siempre los intereses del poderoso; pero estos intereses no están siempre en consonancia con los mandamientos de Cristo.

La jerarquía de la Iglesia cristiana ha de ser un sacerdote. Esta condición se cumple solamente en la Iglesia católica romana, en la que el Papa, continuador del príncipe de los apóstoles, Pedro, posee jerarquía superior ilimitada como cabeza de todos los obispos.

Otra característica de la verdadera Iglesia de Cristo es su unidad *y su* universalidad. *Universal quiere decir "católico"; en ruso, "sobornaje"; en eslavo,* wsielenskie. *No se trata, empero, de un juego de palabras con las cuales se combaten ambas Iglesias. Ciertamente, tanto la Iglesia católica como la Iglesia "sobornaje" quieren ser "universales". No obstante, este concepto cristaliza solamente en la Iglesia católica romana; sólo ella es realmente universal. La Iglesia rusa es una nueva Iglesia nacional. Por lo demás, Cristo ha fundado sólo* una *Iglesia: "Tú eres, Pedro, la piedra. Sobre esta piedra edificaré* mi *Iglesia, y las fuerzas del infierno nada podrán contra ella" (San Mateo, 16, 18). Así hablan los impetuosos orígenes creadores de la Iglesia cristiana. La unidad de la Iglesia profundizó a Cristo muy en el corazón. En la creación pontifical de la Santa Cena rogó al Padre por esta unidad: "Pero no sólo pido por ellos, sino también por quienes por vuestra palabra crean en mí. Haced que todos sean unos" (San Juan, 17, 20). Esta unidad de la Iglesia está tan arraigada que el apóstol de los pueblos escribía a los efesios sobre el mismo tema estas palabras conmovedoras: "Como cautivo en el Señor, yo os exhorto... a preservar la unidad espiritual por el vínculo de la paz. Vuestro destino os ha dado también una esperanza, además de un cuerpo y de un alma. Un señor, una fe, un salvador, un Dios y Padre de todo cuanto existe sobre todo y*

en todo" (Ef., 4, 1-6). Siempre he tomado en consideración estas palabras de las Santas Escrituras. También la promesa de "Será un pastor y una grey" produjo en mi corazón el íntimo convencimiento de que la Iglesia de Cristo tiene que ser una. Desde mucho tiempo atrás he venido considerándome siempre como miembro del cuerpo místico de Cristo, y todavía hoy tengo la convicción de que el pueblo creyente de la Iglesia oriental pertenece a la verdadera Iglesia de Cristo, de igual forma que el cuerpo sacerdotal de la Iglesia ortodoxa retorna a los padres de la Iglesia y, a su través, a los apóstoles.

La pregunta: ¿Cómo llegasteis a la Santa Iglesia?, no está formulada correctamente. Porque la Iglesia católica abarca no sólo aquellos fieles signados por el bautismo, y no solamente aquellos que son miembros seguros de la Iglesia, sino también los creyentes que, siéndolo, pertenecen a otra Iglesia o a ninguna; pero que, sin embargo, son católicos espirituales por obra y gracia del santo bautismo que han recibido legítimamente o que lo han deseado de buena voluntad, bautismo que se constituye en antesala para la unión espiritual en Cristo. Considerada así la cuestión, se comprende también el dogma católico de la "Santa Iglesia Católica", que encierra a todos los hombres de buena voluntad. Por la fe y el espíritu pertenezco desde antiguo a la Iglesia católica, y siempre he rogado por la conciliación de ambas Iglesias. He ofrecido a Dios todos mis sufrimientos por que me haga vivir el día en el que sean "un pastor y una grey". Como lema episcopal escojo del acervo de mi memoria cordial esta sentencia: Da wsi jedino budut, *es decir,* ut omnes sint unum.

Personalmente he alcanzado la reconciliación con la Iglesia católica, porque he comprendido que ya no existe razón alguna para mantener una separación objetiva. Cuantos motivos de no integración puedan aducirse todavía son antiguos prejuicios, argumentos de orden político y malas mentiras, que sólo pueden proceder del espíritu maligno, origen de toda discordia y de toda enemistad. Cuanto quiso ser válido en 1054 para segregar a Bizancio de Roma ha sido superado hoy ampliamente.

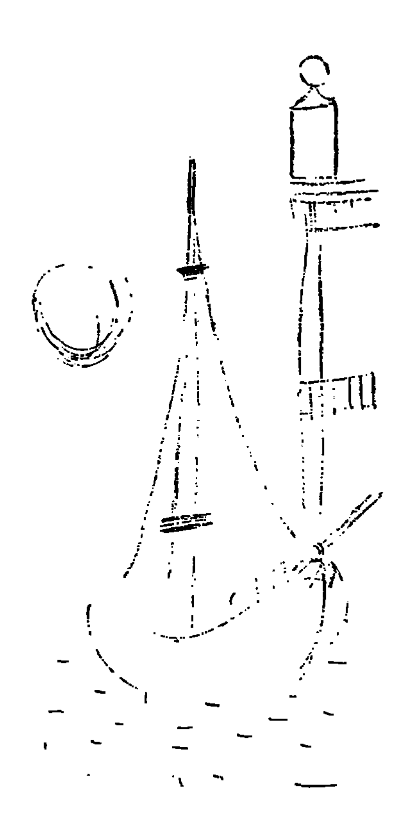
En la liturgia ortodoxa creada por los santos padres de la Iglesia San Juan Crisóstomo, San Basilio y San Gregorio, se ruega continuamente por la unidad en la fe y por la reconciliación de todos los cristianos de la tierra. Pero quien reza por esta reconciliación ha de hacer cuanto le sea posible por conseguirla. Quien reza por la unidad, pero fomenta la separación, es un fariseo y un embaucador.

La nueva Iglesia oficial de Rusia es mucho peor que la de los

tiempos del Zar. Porque hoy el Estado es ateo. Los propios obispos que nunca quisieron llegar a una conciliación con el obispo de Roma se han unido muy diligentemente con el máximo enemigo de la cristiandad. Se han hecho uncir al carro del comunismo y sirven lacayunos a los cómplices del Anticristo. Con ello la actual Iglesia rusa ha perdido mucho, hasta el punto de no ser ya una Iglesia cristiana. Una Iglesia que ha vendido los bienes de la fe a los enemigos declarados de Dios por un plato de lentejas. Está claro que bajo circunstancias tan escandalosas ya no quisiera continuar siendo obispo ortodoxo.

Sí; he permanecido fiel a la Iglesia militante de Rusia, y como obispo de Neraclea he conservado el rito oriental. La Iglesia militante de Tichon vive hoy en las catacumbas y ofrece los sacrificios más valiosos en el altar de Cristo: el sacrificio de los mártires. Si la sangre de los primeros mártires cristianos fué entonces semilla de nuevos militantes, la sangre de no menos de treinta millones de fieles que han sido asesinados cruelmente en treinta años de bolchevismo se constituirá también en semilla nobilísima de una nueva primavera cristiana en Rusia. Esa primavera viene, de ello estoy seguro. El amor de la Madre de Dios habló en Fátima a la pequeña Lucía: "Rusia será al fin convertida y triunfará mi corazón inmaculado." Igualmente reconozco de todo corazón que al amor de la Madre de Dios debo la felicidad que hoy siento de pertenecer a la santa Iglesia católica romana. En algunos cristianos se suele advertir una actitud negativa ante la Virgen. Injusta actitud... Si algún hombre amó a su madre niñamente, éste fué de seguro el Salvador, el Dios hecho hombre. No disponemos del menor argumento para no participar de este su amor a la Madre. María es la debeladora de la serpiente, y no constituye secreto que toda significación hostil contra la Virgen María tiene su origen en el maligno. Sí, el amor a María guió mis pasos también al seno de la santa Iglesia.

Cierro mi confesión con las confortadoras palabras que pude escuchar del Santo Padre durante la audiencia que siguió a mi entrada en el seno de la Iglesia católica: "Obispo Pablo, ahora sois verdaderamente ortodoxo, católico. Wladyko! Tiperwy istinno prawoslawny."



AGRADECEMOS A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ EL ENVÍO DE LAS INTERESANTES CARTAS DE SU ARCHIVO PARTICULAR QUE PUBLICAMOS A CONTINUACIÓN.

EPISTOLARIO DE JUAN RAMON JIMENEZ

Sr D Juan Ramon Jimenez

Mi querido Juán Ramon: Acaban de traerme las versiones de Tagore. Ya no me espero más y le escribo. Yo me esperaba a mi mismo para complacerme escribiéndole mucho de usted y de mí. No era posible. Me despertaban a las 6½ de la mañana para llegar a la oficina con tiempo de firmar en la lista <u>discisplinaria</u>. - vivo en las afueras -. Y estaba en la oficina hasta las 7 de la tarde. De verdad principiaba el dia mio por la noche. Pero la noche casi no rebullía su alma en la mía por la amenaza de mi madrugar. Ya no voy, ya no voy a la oficina, que es como no ir a la escuela. Esto también es malo, porque tendré q aprender y buscar oficio. Si esto ocurriese, me decidiría a trasladarme a Madrid. No sé si ya es hora, o si ya es

tarde. Se me han desvertido los años en una soledad sin provecho para mi nombre. Muchas gentes me culpan de abandono. Pues, basta. Tengo hijas ya grandes. Además, r[illegible]o con mis editores de Barcelona, que son los más cananeos de este mundo semita. Ahora editaré en Madrid. Otra razón que me convida a salir de aquí. Cuatro libros preparo. Uno de ellos, que se titulará "Estampas" o "Viñetas" estará presidido por el nombre de usted.

Le pido "Platero y yo". Lo tenía, y se lo llevaron. Quizá no conviene prestar libros, pero es una tacañería no dejarlos. De seguro que el que se quedó con el suyo, ya le quiere a usted.

Todavía tengo cerca de mí los últimos que me envió. No me decido a acomodarlos en la biblioteca. Me he encontrado muchas veces en sus páginas. A nosotros, los prosistas, no nos es dado sorprender y perpetuar tan cristalizada, tan prismatizada en su desnudez y en su plenitud la emoción de las cosas y de nuestro pensamiento.

He leído recientemente "La Cosecha": ¡Qué simplicidad, qué pureza y qué fervor líricos, y, de cuando en cuando —y ~~por~~ sin que lo crea lo solo graduado por el iris de Oriente— qué sutil parentesco con el corazón del salmista!

Las traducciones me parecen un prodigio de impregnación y de luminosidad del espíritu y de la palabra de origen; una talla dulce y exacta.

Gracias mil veces. Quiera nos veamos pronto. Dios lo quiera. Juan Ramón: perdóneme el largo silencio de antes y el poco escribir de ahora.

Un abrazo fraternal de su devoto

Gabriela Mistral

Barcelona - 21 - X - 19.

Le envié unos libros míos. - Me dijeron que los anteriores los dirigieron a la Residencia de Estudiantes

Señor don Juan Ramón Jiménez.

Mi querido Juan Ramón: Acaban de traerme las versiones de Tagore. Ya no me espero más y le escribo. Yo me esperaba a mí mismo para complacerme escribiéndole mucho de usted y de mí. No era posible. Me despertaban a las seis y media de la mañana para llegar a la oficina con tiempo de firmar en la lista disciplinaria *(vivo en las afueras). Y estaba en la oficina hasta las dos de la tarde. De verdad principiaba el día mío por la noche. Pero la noche casi no rebullía su alma en la mía por la amenaza de mi madrugar. Ya no voy, ya no voy a la oficina, que es como no ir a la escuela. Esto también es malo, porque tendré que aprender y buscar oficio. Si esto ocurriese, me decidiría a trasladarme a Madrid. No sé si ya es hora o si ya es tarde. Se me han derretido los años en una soledad sin provecho para mi nombre. Muchas gentes me culpan de abandonado. Pues basta. Tengo hijas ya grandes. Además rompí con mis editores de Barcelona, que son los más cananeos de este mundo semita. Ahora editaré en Madrid. Otra razón que me convida a salir de aquí. Cuatro libros preparo. Uno de ellos, que se titulará* Estampas *o* Viñetas*, estará presidido por el nombre de usted.*

Le pido Platero y yo. *Lo tenía y se lo llevaron. Quizá no conviene prestar libros, pero es una tacañería no dejarlos. De seguro que el que se quedó con el suyo ya le quiere a usted.*

Todavía no tengo cerca de mí los últimos que me envió. No me decido a acomodarlos en la biblioteca. Me he encontrado muchas veces en sus páginas. A nosotros los prosistas no nos es dado sorprender y perpetuar tan cristalizada, tan prismatizada en su desnudez y en su plenitud, la emoción de las cosas y de nuestro pensamiento.

He leído recientemente La cosecha. *¡Qué simplicidad, qué pureza y qué fervor líricos! Y de cuando en cuando (y sin que lo crea sólo grabado por el iris de Oriente), ¡qué sutil parentesco con el corazón del salmista!*

Las traducciones me parecen un prodigio de impregnación y de

luminosidad del espíritu y de la palabra de origen; una talla dulce y exacta.

Gracias mil veces. Quizá nos veamos pronto. Dios lo quiera. Juan Ramón, perdóneme el largo silencio de antes y el poco escribir de ahora.

Un abrazo fraternal de su devoto

GABRIEL MIRÓ

Barcelona, 21-X-19.

Le envié unos libros míos. Me dijeron que los anteriores los dirigieron a la Residencia de Estudiantes.



X

VALLE-INCLÁN
S. FRANCISCO DE ROJAS, 5
MADRID 4 - Agosto - 1919

Muy querido amigo: Mi mujer me envia desde La Merced una carta de usted, que le agradezco inmensamente.

No me envia en cambio los libros, que según usted me dice acompañaba a la carta. Re-

ro los libros de usted, de me-
ditación y de silencio, son me-
jor para gustados en la quie-
tud del campo, y sobre to-
do lejos de este horrible y
vano Madrid. Me prometo
este regalo apenas regrese a mi
predio, que será dentro de muy
pocos días. Adiós, caro amigo. Gracias,

gracias por todo. Ya sabe cuán afecto es a usted y a sus versos
Valle-Inclán



Valle-Inclán.
San Francisco de Rojas, 5.
MADRID, 4 agosto 1919.

Muy querido amigo: Mi mujer me envía desde "La Merced" una carta de usted, que le agradezco inmensamente.

No me envía, en cambio, los libros que, según usted me dice, acompañaban a la carta. Pero los libros de usted, de meditación, de silencio, son mejor para dictados en la quietud del campo, y sobre todo lejos de este horrible y vano Madrid. Me prometo este regalo apenas regrese a mi predio, que será dentro de muy pocos días. Adiós, caro amigo. Gracias, gracias por todo. Ya sabe cuán afecto es a usted y a sus versos

VALLE-INCLÁN

Al maestro Rubén Darío.

"Con motivo de la próxima publicación de Sus Cantos de Vida y Esperanza"

Este noble poeta que ha escuchado
los ecos de la tarde y los violines
del Otoño en Verlaine, y que ha cortado
las rosas de Ronsard en los jardines
de Francia, hoy, peregrino
de un Ultramar de Sol, nos trae el oro
de su verbo divino.
¡Salterios del loor vibran en coro!
Yo, nuevo juglar de mi tristeza,
desde el hondo rincón de mi amargura. (1)
canto a esta belleza
que es dulzura de una mañana pura.

~~Pronta a arribar~~ La nave bien guarnida,
con fuerte casco y acerada proa,
de viento y luz la blanca vela henchida
surca, ~~[illegible]~~ pronta a arribar, la mar sonora
Y yo le grito: ¡Salve! a la bandera
flamígera que tiene
esta hermosa galera
que de una nueva España a España viene.

A. Machado

(M. aj.)

AL MAESTRO RUBEN DARIO

Con motivo de la próxima publicación de sus **Cantos de vida y esperanza:**

Este, noble poeta que ha escuchado
los ecos de la tarde y los violines
del otoño en Verlaine y que ha cortado
las rosas de Ronsard en los jardines
de Francia, hoy peregrino
de un ultramar de sol nos trae el oro
de su verso divino.

¡Salterios del loor vibran en coro!

Yo muriera juglar de mi tristeza,
desde el hondo rincón de mi amargura;
saludo a esta belleza,
que es claridad de una mañana pura.

La nave bien guarnida,
con fuerte casa y acerada proa,
de viento y luz la blanca vela henchida,
surca, pronto a arribar, la mar sonora.

Y yo le grito "¡Salve!" a la bandera
flamígera que tiene
esta hermosa galera
que de una nueva España a España viene.

A. MACHADO

¡Cuánto hace que le debo carta, mi muy querido amigo! Pero como ya
[illegible] muy larga. Ni sé si le he acusado recibo de sus últimos
versos del Tagore y los suyos. Hoy lo [illegible] para anunciarle
que [illegible] un ejemplar de un libro de Juana de Ibarbourou (cuya es una
[illegible] ya ha [illegible], el suyo [illegible] Morales) poetisa [illegible]
[illegible] poetisa y no poeta hembra [illegible].
[illegible] por su [illegible] y sus descuidos. Jamás ha
hablado en español, que yo sepa, [illegible] la pasión desnuda y [illegible]
[illegible] Safo, pero [illegible] de verdad, [illegible]
[illegible]. Aquí, como [illegible] no hay [illegible] versos así a su [illegible]
Si los hay [illegible] sin publicarlos y [illegible]
aquel [illegible] único [illegible]
no habla de la muerte. Es una niña [illegible] animada.
Yo apenas hago ya poesía fuera de mi Cancionero. Va todo
en [illegible] trabajo. A ver si [illegible] todo esto y publico [illegible]
[illegible] posteriores el tomo [illegible] instante. [illegible]
a lo menos [illegible]. La vejez [illegible] me anuncia me susurra
muchas cosas al oído del corazón.
Mis más afectuosos saludos a su mujer.
y reciba un abrazo de

Miguel de Unamuno

Salamanca
22 XII 19

¡Cuánto ha que le debo carta, mi querido amigo! Pero como quiero hacerla muy larga... No sé si le he acusado recibo de sus últimos libros, del Tagore y lo suyo. Hoy le pongo ésta para anunciarle que le va un ejemplar de un libro de Juana Ibarbourou (éste es el apellido de su marido; el suyo, Fernández Morales), poetisa *uruguaya. Poetisa y no poeta hembra. ¡Léalo, léalo, léalo! Y sin desanimarse por su endeblez técnica y sus descuidos. Jamás ha hablado en español, que yo sepa, así la pasión desnuda y ardiente. Me recuerda a trechos a Safo, pero a la de verdad, no a la legendaria. Aquí una mujer no haría versos así a su novio; si los hacía los rompería sin publicarlos, y menos después que aquél fuese ya su marido. Lo único que suena a hueco es cuando habla de la muerte. Es una niña mimada.*

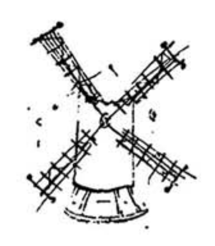
Yo apenas hago ya poesía fuera de mi Cristo de Velázquez, *en que aún trabajo. A ver si pasa todo esto y publico mis poesías posteriores al tomo que di antaño, y haré algo cuando menos lo piense. La vejez que se me anuncia me susurra muchas cosas al oído del corazón.*

Mi más afectuoso saludo a su mujer.

Y reciba un abrazo de

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 22-XII-19.



DE LA EXPERIENCIA DEL PENSAR

(POEMA)

POR

MARTIN HEIDEGGER

Camino y balanza,
vereda y leyenda

se encuentran en una andadura.

Marcha y sobrelleva
ausencia y pregunta
siguiéndote por un sendero.

Cuando la temprana luz mañanera crece callada sobre los montes...

El oscurecimiento del mundo jamás alcanza a la luz del ser.
Llegamos muy tarde para los dioses y muy pronto para el ser.
Cuyo poema comenzado es el hombre.
Sólo esto: avanzar en una estrella.
Pensar es limitarse a un pensamiento, que, como una estrella, queda una vez en el cielo del mundo.

Cuando la veleta ante la ventana de la cabaña canta con la tempestad que se alza...

Si el temple del pensar brota de la exigencia del ser, crece el lenguaje del destino.
Apenas tenemos una cosa ante los ojos, y en el corazón la escucho vuelta hacia la palabra, se cumple felizmente el pensar.
Pocos hay expertos en diferenciar objeto aprendido y cosa pensada.
Si en el pensar hubiera antagonistas y no simples enemigos, mejor le iría al pensar.

Cuando entre cielos de lluvia, desgarrados, un repentino rayo de sol se desliza sobre las sombras de los prados...

Nunca llegamos a pensamientos. Llegan ellos a nosotros.
Tal es la hora propicia al diálogo.

Se alegra en la meditación común. Que no enfrenta encontrados sentires, ni tolera acuerdos renunciatorios.
El pensar sigue alzándose duro entre el viento de las cosas.
Quizá de tal comunidad algunos saldrán camaradas en el taller del pensar.
Para que uno de ellos, sin sospecharlo, se torne maestro.

Cuando en primavera florecen aislados narcisos, ocultos en el prado, y la eglantina brilla bajo el arce...

El esplendor de lo sencillo.
Sólo la forma conserva fisonomía.
Pero la forma descansa en poema.
¿A quién puede traspasar el entusiasmo como un soplo, si quiere evitar la tristeza?
El dolor regala su fuerza salvadora donde no sospechamos.

Cuando el viento, saltando brusco, gruñe entre la armazón de la cabaña, ya el día se pone ceñudo...

Tres peligros rondan al pensar.
El peligro bueno, es decir, salvador, es la vecindad del poeta cantor.
El peligro perverso, es decir, más agudo, es el propio pensar.
El peligro malo, es decir, confusionario, es el filosofar.

Cuando en día de verano la mariposa descansa en la flor y, con las alas juntas, se columpia en la brisa del prado...

Toda situación de ánimo es eco del ánimo del ser, que nuestro pensar reúne en el juego del mundo.
En el pensar, cada cosa se torna solitaria y lenta.
En la paciencia, crece la magnanimidad.
Quien piensa en grande, en grande debe errar.

Cuando el arroyo montesino en la calma nocturna narra de sus caídas por los canchales...

Lo más antiguo de lo antiguo llega desde atrás a nuestro pensar, y, sin embargo, se nos adelanta.
Por eso el pensar se detiene en la aparición de lo que fué, y es recuerdo.
Antiguo significa: pararse a tiempo donde el pensamiento solitario de un camino de pensar se enreda en sus recodos.

Arriesgamos el salto de la filosofía al pensar cuando hemos llegado a estar en casa en el origen del pensar.

Cuando en las noches de invierno tempestades de nieve sacuden la cabaña, y una mañana el paisaje ha enmudecido en lo blanco...

El decirse del pensar reposaría sólo en su esencia si se hiciera impotente para decir lo que debe quedar callado.
Tal impotencia pondría al pensamiento ante la cosa.
Nunca, en ninguna lengua, lo pronunciado es lo dicho.
Que a cada vez y de repente haya un pensamiento, ¿qué asombro querría sondearlo?

Cuando baja un repicar de campanas por las laderas del valle, donde suben despacio los rebaños...

El carácter poético del pensamiento aún está velado.
Cuando se muestra, largo tiempo semeja la utopía de un entendimiento semipoético.
Pero el poetizar pensante es de veras la topología del ser:
Le dice el sitio de su esencia.

Cuando la luz del ocaso, cayendo en el bosque de no sé dónde, dora los troncos...

Cantar y pensar son los troncos cercanos del poetizar.
Crecen del ser y se alzan hasta tocar su verdad.
Su unión hace pensar lo que de los árboles del bosque dijera Hölderlin:
"Mutuamente desconocidos permanecen,
alzándose erguidos, los vecinos troncos."

Los bosques acampan.
Los arroyos caen.
Los canchales duran.
La lluvia fluye.
Las mieses esperan.
Las fuentes manan.
Los vientos moran.
La bendición medita.

(Escrito en 1947. Publicado en 1954 por la Editorial Günter Necke, Pfullingen. Traducción de José M.ª Valverde.)

EL PROBLEMA DEL OCCIDENTE EN ASIA

(LA INSUFICIENCIA DE UNA POLÍTICA DE FUERZA)

POR

E. P. DE LAS HERAS

I

Los periodistas suelen producir un género de literatura muy eficaz para atraer la atención de los lectores que siguen sólo episódicamente las relaciones internacionales. La Conferencia de Ginebra—ejemplo de "asunto" periodísticamente difícil, en cuanto ha significado un retorno parcial a los procedimientos diplomáticos clásicos—ha servido para que los periódicos cubriesen la ausencia de información sobre las interioridades del forcejeo entre los negociadores con un derroche de frases hechas en torno al "desafío de Asia a Europa", las "batallas perdidas por el hombre blanco en Asia" y—¡tardíos ecos spenglerianos!—la "siniestra alianza entre las razas de color y la revolución comunista mundial". Apenas encontramos órgano popular de prensa que, en las semanas posteriores al 26 de abril, no haya acogido alguna de esas frases, demasiado simples para ser verídicas, y, al par, demasiado verdaderas para su aterradora simplicidad.

Los que no somos periodistas solemos tratar las cuestiones internacionales con una prosa y con una perspectiva muy distintas. Lo episódico y cercano—es decir, los detalles diarios que traen las agencias de prensa—pierde su importancia cuando se considera el cuadro de conjunto y sus líneas maestras. Del "peligro amarillo" solía hablar mucho el kaiser Guillermo II cuando se hallaba todavía en su juventud, y, sin embargo, entre 1898 y 1939 la eficacia de la presencia europea en Asia tuvo su climax más alto. ¿Estaremos ahora frente a una exageración periodística del fenómeno asiático? ¿No cometeremos tal vez un error hablando de "Asia" como de un conjunto unitario y haciendo generalizaciones para toda Asia con hechos que pueden localizarse en áreas muy concretas y que obedecen a problemas regionales? ¿O bien, por el contrario, la poco rigurosa literatura periodística presenta esta vez una anticipación

real de un proceso gigantesco en sus dimensiones e irreversible para el hombre blanco?

Las notas que siguen no pretenden contestar a todas estas preguntas. Quieren ser sólo una iluminación sobre aspectos del gran problema asiático, desde puntos de vista distintos a los de la prensa informativa popular.

LA DIVERSIDAD DEL MUNDO ASIÁTICO

Solamente una pequeña parte de la *élite* intelectual asiática, que a su vez es una minoría ínfima en comparación con la población del gran continente, posee una conciencia unitaria que responda al término "Asia". La expresión "nosotros los asiáticos" se da sobre todo en hombres muy influídos por la cultura europea o que pronuncian esa frase hallándose de visita en Europa o América. Pero, dentro de Asia, la realidad permite escasas veces una generalización tan amplia. No hay, de hecho, un Asia, sino varias. Entre las tribus nómadas curdas, que llevan su ganado de territorio turco a territorio persa, saltando la divisoria montañosa, y los chinos empleados en las plantaciones de caucho en Malaca, no existe ninguna característica unitaria. Entre los campos petrolíferos de Indonesia, rodeados de vegetación ecuatorial, y las serranías que separan a Mogolia de Manchuria, batidas por un viento helado y habitadas por algunos de los grupos más antiguos del Noreste asiático, existe un abismo tan grande como el que puede separar a un paisaje europeo de un poblado papua de Nueva Guinea. Tales diferencias no tienen sólo un carácter ecológico y antropológico: son también desemejanzas culturales e históricas. La mente y la cultura de China son distintas de la cultura de la India, como, a su vez, ésta lo es de la cultura islámica. En rigor deben citarse al menos seis Asias distintas. En primer lugar, China; segundo, la India; en tercero, el Japón; en cuarto lugar, el Asia islámica, que comprende sobre todo el Paquistán y el Medio Oriente; en quinto, el Asia rusa o "rusificada", y, por último, desde un punto de vista prevalentemente antropológico, hay que añadir a Indonesia como otra Asia de caracteres propios. Esta clasificación es la menos diversificada que puede formularse; pero, aun así, hay que tener en cuenta que cada uno de esos mundos—el hindú, el islámico, el indonesio—es también prodigiosamente complejo. Los 80 millones de indonesios hablan cerca de doscientas lenguas y dialectos distintos, y una gran parte de la población ha de aprender la lengua oficial—el

malayo—como si fuera un idioma extranjero. Otro tanto sucede en la India, donde se hablan cerca de cien lenguas diferentes y donde la enseñanza del idioma federal—el hindú—se realiza en la actualidad de una manera progresiva, como una lengua impuesta a la nativa de cada comunidad. Clásica se ha hecho la anécdota del encuentro de dos estudiantes chinos, hacia 1925, en una Universidad americana: uno era del Ho-pei y el otro del Kwangtung; no pudieron entenderse, y tuvieron que escoger como idioma coloquial el inglés. Correlativamente a tales desemejanzas existe una gran ignorancia mutua entre cada uno de esos mundos. Es ocioso citar la tremenda barrera cultural y humana que representaba el régimen de castas en la India. Dentro de un mismo Estado hay súbditos que lo ignoran todo de los demás: tal es el caso, para citar un solo ejemplo, de las tribus del extremo norte de Sumatra respecto de los habitantes de las Molucas.

El término "Asia" responde, pues, a una realidad demasiado vasta y compleja para poder ser usado con rigor. Las expresiones "Asia piensa", "la revolución en Asia", "el peligro de Asia" o "el hombre asiático", son totalmente vagas, y pertenecen a un género de literatura inadecuado para una mínima comprensión de la situación y problemas que presenta el gran continente. Sin duda, hay algunos de estos problemas que son comunes a todos los pueblos asiáticos—el nacionalismo, la cuestión agraria, etc.—; pero, aun dentro de este carácter común, es preciso hacer importantes distingos: en la India, en Birmania, Ceilán o Indonesia triunfaba el nacionalismo precisamente en los mismos años en que estaba inmediata en China la victoria de las fuerzas opuestas al partido oligárquico "nacional" (y, en cierto sentido, la victoria comunista en China fué "internacional", y tenía poco que ver con la efervescencia "nacionalista" y burguesa contemporánea en el resto de Asia); el problema agrario ofrece características divergentes en India y en China (en la India, Gandhi, y luego su discípulo Vinoba Bhave, han multiplicado sus esfuerzos para conseguir que los terratenientes repartieran voluntariamente una parte de sus tierras entre los pobres, mientras en China los comunistas proceden a unificar las parcelas para obtener un incremento en la producción). No debe hablarse, pues, de una sola clase de nacionalismo asiático, como no puede hablarse de una sola cuestión agraria.

Los caracteres comunes entre los múltiples pueblos de Asia se encuentran en dos planos: 1) En el nivel enteramente material de la existencia (la escasa industrialización, el ínfimo *standard* de vida, el hambre, las condiciones paupérrimas). 2) En el campo objetivo

de la superestructura cultural, en forma de abstracciones: semejanzas en el Derecho político y constitucional de varios países, constantes en determinados datos estadísticos y sociológicos, formas de vida comunitarias e indiferenciadas desde el punto de vista de la estructura social. Hay también, claro está, la comunidad de la técnica importada del mundo europeo (una estadística y un motor se manejan lo mismo en el semiteocrático Afganistán que en la República Popular China). Pero, entre ambos niveles, el estrato ínfimo de la existencia y la capa unificadora de la civilización, que son los únicos que autorizan generalizaciones, Asia presenta una complejidad cultural y unas diferencias étnicas y políticas que no permiten hablar de una sola Asia, sino de varias.

EL EXTREMO ORIENTE

Desde el último tercio del siglo XIX, los problemas del Lejano Oriente empiezan a cobrar una importancia cada día mayor en las relaciones internacionales, y llegan a afectar, de una manera decisiva, la balanza de poderes en el curso del siglo XX. Esta vasta zona del mundo ha visto transformada su fisonomía política en un breve período de apenas sesenta años, a través de una serie de seis guerras, la chinojaponesa de 1894-1895, la rusojaponesa de 1904-1905, la primera guerra mundial, la chinojaponesa de 1937-1945, la segunda guerra mundial (1941-1945) y la guerra de Corea, de 1950-1953. A estas seis guerras hay que añadir la sucesión de luchas civiles en el interior de China, que, con cortos intervalos pacíficos, se prolongan desde 1911 a 1949. En ese mismo período de sesenta años han tenido lugar grandes transformaciones económicas e ideológicas, que han convertido a países con organización feudal y con economías autárquicas de base agrícola en países afectados por el capitalismo occidental y por sus más extremadas consecuencias, tanto de tipo capitalista—la explotación colonial—como de tipo anticapitalista—el marxismo.

La denominación "Extremo Oriente", muy expresiva desde el punto de vista geográfico, resulta poco concreta cuando se pretenden fijar con rigor sus límites desde el punto de vista político. El Sudeste asiático y el área occidental y septentrional del Pacífico deben ser incluídos en un tratamiento general de los problemas del Lejano Oriente, por lo menos en determinados períodos, en que las vicisitudes políticas en la península indochina y en el Pacífico aparecen íntimamente vinculadas a los acontecimientos en China o en

el Japón. Podría decirse que mientras el contenido geográfico del término "Extremo Oriente" es susceptible de ser acotado con facilidad—los territorios rusos al este del río Ob, China, Mogolia, Corea y Japón—, en cambio el contenido político varía con los avatares históricos, según el grado de dependencia de la península indochina y del área del Pacífico respecto al poder político de los grandes núcleos nacionales contiguos. Cuando China defiende por la fuerza sus derechos en Tonquín, en 1884, o cuando interviene en la misma comarca desde 1950 y también contra el mismo enemigo —los franceses—, evidentemente esta región del Sudeste asiático queda englobada en el conjunto de problemas políticos extremo-orientales. En cambio, una cuestión palaciega en Siam en 1946, o el nacionalismo annamita (no comunista) en el Vietnam, y sus relaciones con la Administración francesa, son asuntos localizables estrictamente en el Sudeste asiático. Esta variabilidad es comprensible teniendo en cuenta que los países de la península indochina constituyen un área-límite respecto al Lejano Oriente, donde se entrecruzan diversos factores: una base autóctona (pueblos aborígenes, a los que se han superpuesto pueblos inmigrados: thai, annamitas, etc.); una influencia cultural y religiosa china, que ha llevado, por ejemplo, el confucianismo a amplias zonas del actual Vietnam; una inmigración china, notable en toda Indochina y en la península de Malaca; una influencia hindú y budista (predominante en lo religioso en Thailandia, Laos y Cambodge); una frecuentación de malayos e indonesios en muchos lugares de la costa, y, por último, la presencia europea, con su huella profunda tanto en lo político como en la explotación económica y en la difusión de usos culturales y técnicos. Indochina es, en suma, un área de interrelación de cinco mundos distintos: el autóctono, el chino, el hindúbudista, el malayo y el europeo. Excepcionalmente, hubo además en ese área la presencia del Japón en 1941-1945. Un conflicto malayo-europeo o annamita-europeo puede no tener ninguna relación con el resto de problemas del Extremo Oriente; pero si en esa misma zona indochina el conflicto es chino-europeo o japonés-europeo, entonces es obvio que el área-límite se integra dentro de un cuadro político mucho más vasto y más grave. Las alternativas de poder en China y su capacidad para hacer sentir ese poder son el factor político que determina el alcance y la gravedad de los problemas indochinos desde una perspectiva internacional.

La gran área de fricción propiamente extremo-oriental no está, empero, en Indochina, sino en Corea, Manchuria y sus aguas adyacentes: el mar Amarillo y el golfo de Liao-tung. Este área ha sido

testigo de las alternativas de poder no sólo de los Estados territorialmente extremo-orientales (China, Japón, Rusia), sino también de Estados no asiáticos (Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos). En 1894, en 1904, en 1914, en 1932 y en 1937, el Japón inició acciones armadas para conquistar el control de ese área, de un interés estratégico inigualado en Asia. En 1945, la potencia predominante pasó a ser la Unión Soviética (Acuerdos de Yalta de 11 de febrero de 1945, ocupación militar en agosto-septiembre de 1945), y en 1950, la potencia que temporalmente sustituía al Japón—es decir, los Estados Unidos—se vió obligada a intervenir en Corea para evitar una nueva expansión comunista y el control total de la zona, punto tradicional del conflicto.

Los objetivos políticos y los principios por los que se ha regido la acción de las grandes potencias en el área coreano-manchú-china septentrional, no pueden reducirse a una esquematización somera, que traicionaría una realidad sumamente compleja. Puede afirmarse sin error, empero, que la política británica se atenía al principio de "mínimas ocupaciones territoriales, máxima libertad para el comercio, igualdad de oportunidades y equilibrio de poderes"; la política japonesa tendió, por el contrario, desde el inicio de su expansión imperialista, a realizar un máximo de ocupaciones territoriales bajo pretextos no económicos, sino políticos (poner orden en la "anarquía" china, evitar la expansión del comunismo, etcétera. La tesis de que el Japón buscaba en el norte de China una salida para su presión demográfica es falsa, pues varias de las provincias de China septentrional tienen una densidad igual o superior a la nipona). La política de los Estados Unidos siguió en su origen una inspiración británica: en la formulación (1899-1900) de la doctrina de la *Open door policy* (doctrina de la puerta abierta) intervinieron consejeros británicos más o menos oficiosos, y su matiz inicial fué más bien frenar la expansión rusa que la expansión japonesa; solamente a partir de las "21 demandas" presentadas por el Japón a China, en 18 de enero de 1915, los Estados Unidos empezaron a considerar al Japón como un peligro para la integridad territorial china, y únicamente desde 1945, cuando las responsabilidades norteamericanas y sus intereses incrementáronse como consecuencia de la ocupación del territorio metropolitano japonés, los Estados Unidos se hallaron enfrentados allí al bloque ruso-soviético, simplificándose las tensiones en el campo extremo-oriental a sólo dos poderes, ambos con motivaciones de orden político, militar e ideológico más bien que de orden económico. El número de poderes en tensión, que era muy alto hacia principios

de siglo (Alemania, Rusia, Japón, China, Gran Bretaña, Estados Unidos), decrece, pues, hasta alcanzar un mínimo en 1950.

Para trazar un cuadro de la evolución política en los últimos sesenta años en Extremo Oriente, hay que tener en cuenta una gran diversidad de factores. De las seis guerras antes enumeradas, hay tres—la chinojaponesa de 1894-1895, la rusojaponesa de 1904-1905 y la chinojaponesa de 1937-1945—que no sólo las inició siempre la misma potencia asiática, sino que se libraron por motivos predominantemente extremo-orientales, es decir, con escasa o ninguna incitación de potencias no asiáticas. En la primera guerra mundial, las operaciones en el Lejano Oriente fueron limitadas, pero las consecuencias políticas tuvieron largo alcance: el Japón quedó como el máximo poder en Extremo Oriente gracias a la simultánea debilidad de China, a la revolución rusa y al hecho de que la atención de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña hallábase concentrada en Europa. En la segunda guerra mundial, el grupo militarista japonés tenía unos objetivos que rebasaban el Extremo Oriente en sentido estricto: se trataba de la ordenación de más de la mitad de Asia y de la expulsión de las potencias anglosajonas. Exceptuando, pues, la guerra de Corea (1950-1953), las otras cinco guerras han sido, en una amplia medida, "guerras japonesas". En ese largo período, la diplomacia japonesa consiguió evitar coaliciones que frenasen por la fuerza la expansión de su país: en 1904, tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos, en especial la primera, eran sumamente hostiles a Rusia; en 1914, el Japón actuó como aliado de Gran Bretaña, de Francia y de Rusia; en 1932, los Estados Unidos condenaron la acción japonesa en Manchuria (declaración Stimson), pero Gran Bretaña siguió una política menos clara—o, si se prefiere, más dubitativa—; en 1939, fuerzas japonesas y soviéticas tuvieron varios encuentros (una pequeña guerra no declarada) en la frontera manchú; pero en ese mismo año, varios Gabinetes japoneses mantenían conversaciones con el Gobierno británico, por una parte, y con el alemán, por otra; éstas para transformar el Pacto Antikomintern, de 25 de noviembre de 1936, en una alianza militar; en 1941, por último, el Japón y la U. R. S. S. firmaron un Pacto de neutralidad (Moscú, 13 de abril de 1941), que fué mantenido a pesar de que ambas partes quedaron envueltas en hostilidades pocos meses después y los aliados respectivos estaban en guerra entre sí; dicho Pacto sólo perdió su valor en 1945, cuando la Unión Soviética necesitaba aducir la condición de beligerante para tener derecho a las concesiones de Yalta y participar en la victoria en el Extremo Oriente. Sólo en 1945,

pues, el Japón se vió aislado por entero y enfrentado con una coalición general. En todas sus anteriores acciones armadas siempre hubo una o más potencias europeas que mantuvieron una neutralidad benévola. La diplomacia nipona trabajó bien.

Los acontecimientos posteriores a la segunda guerra mundial han venido a favorecer la posición política del Japón. En 1945, las perspectivas del Extremo Oriente, desde un punto de vista norteamericano, eran: una China amiga y victoriosa, regida por una *élite*—el Kuomintang—, cuyos miembros habían sido educados, en su gran mayoría, a través de métodos o en ambientes americanos; un vasto espacio territorial y humano en el que invertir dinero y crear un amplio mercado para la industria norteamericana; un Japón vencido, y que ya no era fuente de peligros; una Corea a la que se devolvía su independencia, y que iba a caminar hacia la democracia... En cuanto a la política de la U. R. S. S. en el Lejano Oriente, constituía una incógnita; con sólo unos días de guerra había obtenido importantes beneficios territoriales (la mitad norte de Sajalin, las islas Kuriles) y derechos en los ferrocarriles de Manchuria y bases en el golfo de Liao-tung. En todo caso, se suponía que la presencia de una China amiga, regida por una oligarquía americanizada, serviría para establecer un equilibrio de poderes y contrarrestar cualquier presión soviética. Este cuadro vióse completamente modificado por la victoria de la revolución comunista en China, que alteró por entero el equilibrio previsto en 1945. La exclusión de los anglosajones de China y la presión del bloque soviético (guerra de Corea) fueron factores que permitieron que el Tratado de Paz con el Japón (San Francisco, 8 de septiembre de 1951) fuera un Tratado con escasos términos punitivos, y se viese acompañado por un Pacto de Seguridad (San Francisco, 8 de septiembre de 1951), que de hecho representa una alianza entre Japón y Estados Unidos, en la cual la responsabilidad por la defensa del Japón incumbe a estos últimos. Hay una obvia relación mutua entre el grado de hostilidad de China hacia los Estados Unidos y el fortalecimiento o rearme japonés. La perspectiva de 1945—una China fuerte y amiga, un Japón débil y bajo riguroso control—se ha cambiado en una China hostil, un Japón fuerte.

Sin embargo, esta fórmula, que aspira a constituir uno de los modos de realización del *Let the Asians fight the Asians* (dejemos que los asiáticos luchen contra los asiáticos), se revelaría tan poco duradera como la de 1945, si la realidad política japonesa se desenvolviera por caminos propios. El desiderátum americano de un Japón sirviendo de avanzadilla contra el bloque rusochino, puede

ser un programa que no convenza a los políticos ni a los diplomáticos japoneses, que hallen que esta situación encierra demasiados riesgos. Hay numerosos factores tanto en pro como en contra de esa ardua función asignada por los Estados Unidos a los japoneses. Es cierto que la intervención en China ha sido una de las constantes de la política japonesa desde antes de 1894 hasta 1945; pero la última guerra demostró también que a una China principalmente agrícola y campesina se le podían quitar todas sus grandes ciudades y sus puertos, sin que estas pérdidas implicasen la derrota. A lo largo de ese período de medio siglo, el Japón ha intentado hallar en China un complemento económico: un suministrador de carbón a bajo precio y con transporte barato, de hierro y de productos oleaginosos, y un amplio mercado para la industria japonesa. El cierre del mercado chino puede ser en parte sustituído por el de la India y el Paquistán, y el carbón puede obtenerse en la India o en los Estados Unidos (a precios superiores en dos a diez dólares, respectivamente, por tonelada, sobre el precio del carbón del norte de China); es decir: una vez más, la economía se subordinaría a las exigencias de la política. Pero, desde supuestos propiamente políticos, no parece tampoco deseable para ningún gobernante japonés mantener de modo permanente un estado de tensión con los dos vecinos más próximos y poderosos. Si bien es cierto que existe una tradición japonesa de intervención en China, también lo es, empero, que esas intervenciones tienen lugar cuando había en China regímenes débiles: en la época de decadencia de la dinastía manchú y contemporáneamente a una situación de casi continua guerra civil en el interior de China. Si la victoria de la coalición de fuerzas obrerocampesinas bajo liderazgo comunista, acontecida en China en 1949, significa el cierre de todo un período de luchas internas y la apertura de una nueva época de paz interior y consolidación de un Estado "democráticamente centralizado" *(sic)*, entonces es obvio que la política japonesa respecto a China tendrá que adaptarse a unos datos por entero distintos a los que predominaron en el período 1894-1945.

Por lo que atañe a la función japonesa de avanzadilla antirrusa, también hay factores históricos muy diversos que considerar. Es cierto que, en 1904 y en 1945, ambos países combatieron entre sí; pero de estas dos breves guerras no se desprende una tradición de necesaria hostilidad entre Rusia y el Japón. Poco después del Tratado de Paz de Portsmouth, N. H. (5 septiembre 1905), cuando un grupo financiero norteamericano intentó intervenir en el ferrocarril sudmanchú, hubo una comunidad de acción rusojaponesa (Acuerdo

de 4 de julio de 1911) para impedir la intromisión de intereses estadounidenses en Manchuria. Pocos años más tarde, en vista de la reacción que en los Estados Unidos y Gran Bretaña habían producido las 21 demandas japonesas a China (18 enero 1915), la diplomacia nipona negoció un pacto secreto con Rusia (3 julio 1916), que implicaba un reparto de zonas de influencia en Extremo Oriente. En 1941, el grupo militarista japonés consideró que los verdaderos amigos del Japón eran las potencias anglosajonas, y se abstuvo de atacar a Rusia cuando ésta sufría la invasión alemana del verano y otoño de 1941. Dentro del Ejército japonés, profundamente influído por tendencias antiburguesas y anticapitalistas (de modo que muchos de los folletos publicados por militares japoneses entre 1931 y 1941 contienen frases de evidente inspiración nacionalsocialista o marxista), prevaleció, en 1941, la opinión de que se debía mantener la paz con Rusia. Aquel Ejército ha sido disuelto, y en la posguerra han pasado a gobernar políticos burgueses que, en parte, fueron prisioneros políticos del grupo militarista; pero es obvio que, en todo caso, el fortalecimiento del Japón irá acompañado de una mayor independencia en su política exterior. El desiderátum americano se basa en la simplificación de poderes acaecida en Extremo Oriente en torno a 1950; es probable, no obstante, que la situación en lo futuro se haga mucho más compleja. Por una parte, existirán las propias exigencias de la seguridad japonesa, interpretadas desde el punto de vista de los políticos y los diplomáticos nipones; por otra parte, el Japón constituye para los Estados Unidos—una vez perdida la gran apuesta china, en la que se enterraron grandes esfuerzos y una cantidad impresionante de centenares de millones de dólares—la "prueba" o *test* capital de su política asiática, y, por consiguiente, en el manejo de la política americana con el Japón entrarán en alto grado factores subjetivos. La apuesta japonesa no debe perderse como se perdió el peón chino.

Debe tenerse como totalmente improbable la bolchevización del Japón, a diferencia de lo ocurrido en China. Apenas es posible diseñar dos cuadros más opuestos de condiciones objetivas: un profundo sentido cívico en el Japón y una gran reverencia por la jerarquía social, mientras en China había un ubicuo individualismo, una falta casi completa de cohesión social y de conciencia de los intereses colectivos (siendo la familia la única entidad social con un valor operante), de modo que, por una parte, el individualismo y la carencia de solidaridad social hicieron fracasar y corrompieron la revolución socialburguesa, mientras, por otro lado, las promesas económicas de los comunistas excitaron vivamente la imagi-

nación de los campesinos y de los prófugos y "fuera-de-la-ley", que formaban en las filas de los ejércitos mandados por comunistas; un territorio pequeño en el Japón, y sobre el que es posible ejercer un control policíaco unificado, y, en cambio, un territorio inmenso en China, donde, entre 1911 y 1949, siempre hubo provincias fuera del control del Gobierno central; una antipatía casi innata entre los japoneses hacia el uso de la violencia dentro de la sociedad por obra de las clases inferiores—en el Japón, todas las "revoluciones", desde la abolición del feudalismo inclusive (1868), se han hecho "desde arriba"—, mientras en China el hábito de la violencia no hizo perder popularidad a los comunistas, siendo la composición prevalentemente proletaria y campesina de sus ejércitos un factor de atracción sobre el pueblo; un partido comunista débil y dividido en el Japón, con escasa experiencia, con pocos seguidores y sin tradición revolucionaria; un partido comunista fuerte en China, con consejeros rusos en los primeros años de vida, con el camino desbrozado en sus comienzos por una revolución social-burguesa y por una amplísima propaganda xenófoba, con la oportunidad—ofrecida indirectamente por los propios japoneses con la agresión de 1931-1932 en Manchuria—de erigirse en máximo defensor de la independencia patria, con un programa antiimperialista, con la retaguardia cubierta (desde la "larga marcha" de 1934-35) por la frontera de un país sovietizado y con jefes militares y políticos de alta talla intelectual...

El momento más favorable para la difusión del comunismo en el Japón lo constituyen los meses posteriores a la derrota de agosto de 1945. Pero el proselitismo comunista no hizo mella profunda en unas masas que, como muestran los *films* y la literatura popular japonesas del período 1946-1948, se habían refugiado en tendencias "escapistas". Las incitaciones a huelgas revolucionarias (1947) tuvieron un resultado contraproducente; después, el partido ha sido puesto fuera de la Ley. Faltan en el Japón las condiciones objetivas para que el país pueda bolchevizarse. Mientras en China el tránsito del mundo feudal al mundo moderno ha requerido toda una dramática época de convulsiones internas y de experiencias frustradas, en el Japón la guerra civil de 1877 fué el único episodio sangriento en el camino de la modernización. Mientras en China fué la dinastía manchú, casi hasta la hora undécima, el principal factor reaccionario, en el Japón fué, en cambio, la dinastía quien dirigió al país por la vía de las reformas. Incluso la religión ha ejercido funciones distintas en cada uno de ambos países: confucianismo y budismo (en especial, las formas populares del primero)

fueron un obstáculo para la labor de los reformadores; el sintoísmo representó, por el contrario, una gran ayuda cívica en el proceso de transformación del Japón. Por último, la xenofobia, común a los dos pueblos, tenía sólo base real en China, donde durante más de tres décadas se esperó estérilmente la abolición de los "Tratados desiguales" impuestos por las potencias extranjeras.

Con el caso de la comunistización de China se ha repetido en Asia el ejemplo de la revolución marxista, triunfando en un país poco industrializado y donde había una mayoría campesina. Pero, como en el caso de Rusia, también el marxismo ha vencido allí donde la presión sobre el pueblo y la explotación de las clases pobres habían alcanzado una intensidad relativamente mayor.

La consolidación del comunismo en China presenta un desafío a la política asiática de los Estados Unidos: o se admite ese hecho sólo a título temporal (es decir, como una situación que será alterada de raíz en cuanto haya oportunidades interiores o exteriores para ello), o se acepta como un acontecimiento consumado e irreversible para un largo período de tiempo. En el primer caso, una política de fuerza frente a China puede ser explotada por la propaganda comunista entre el resto de las masas de Asia, como la agresión de un país rico contra un país pobre. Toda política de fuerza de los Estados Unidos en Asia corre este riesgo. El método más inteligente parece consistir en operar sobre las condiciones internas de China, confiando en que la evolución del régimen comunista chino será—por una serie de factores—distinta a la del régimen bolchevique en Rusia. (Por ejemplo, la avanzada edad a que han tomado el Poder los líderes comunistas chinos presentará, a breve plazo, el problema de la "soldadura" con generaciones nuevas, en este momento tal vez no preparadas aún políticamente.) Si se acepta la consolidación del comunismo en China como un acontecimiento "definitivo"—en la medida en que son "definitivos" los hechos políticos—, entonces la política asiática de los Estados Unidos ha de inclinarse a la formación de un cinturón defensivo periférico que impida ulteriores expansiones.

Ahora bien: este último medio nos encamina a todo un problema más vasto y difícil: ¿con qué países, con qué clases sociales, con qué ideología y con qué fundamentos objetivos se va a crear ese cinturón antirruso y antichino?

La respuesta a estas preguntas significa plantear en toda su extensión el dilema del Occidente en Asia.

II

DEL RÉGIMEN COLONIAL AL ANTIOCCIDENTALISMO

La historia de Asia en los dos últimos siglos nos presenta caras muy distintas, según la consideremos en su aspecto interno—la evolución de sus pueblos—o en el aspecto exclusivamente político, que atiende sobre todo a las tensiones de poder (tensiones en las que, naturalmente, las potencias europeas han desempeñado un papel fundamental). El primer aspecto tiene en sus comienzos escasa relación con el segundo. La evolución interior de los pueblos asiáticos, el derrumbamiento de algunas de sus viejas instituciones, la permanencia de condiciones económicas y de vida casi inalterables y el ritmo material de la existencia, se hallan, a lo largo de buena parte del siglo XIX, desvinculados de los problemas de política exterior y de modificación de la balanza de poderes, que son temas idóneos sólo para las Cancillerías de los Estados europeos. Se trata de dos mundos distintos. Las enormes masas asiáticas permanecen al margen de una política que les es ajena y que apenas las tiene en cuenta, pues la modificación de las oportunidades de poder, desde el punto de vista internacional, suele ser considerada siempre en relación con otra potencia europea y no en relación con potencias asiáticas. Por añadidura, durante dos siglos y medio los europeos habían tratado a Asia como un campo de explotación económica, de donde se podían importar materias primas o mercancías valiosas, y donde podía modernizarse la técnica de extracción sin interferir correlativamente en el género de vida de las masas asiáticas. Hasta entrado el siglo XX pudieron modernizarse las funciones extractivas de riqueza, manteniéndose simultáneamente instituciones sociales apenas evolucionadas respecto a dos siglos atrás. Pero esta situación vióse totalmente alterada en cuanto hubo que contar, además de con las rivalidades intereuropeas trasladadas a campo asiático, con los propios hombres asiáticos. Asia oriental vivió durante nuestra Edad Media encerrada en sí misma, con escasa relación con Europa. Luego, del siglo XVI al XIX fué un terreno apto para la expansión del capitalismo europeo. Desde mediados del siglo XIX, la técnica europea—en el más amplio sentido de este término—despierta a los asiáticos y les conduce apresuradamente a una situación de madurez y a un grado de control de sus propios destinos, que en manera alguna podía preverse setenta años atrás, por ejemplo, cuando Disraeli hizo a su reina el ofrecimiento del título de emperatriz de la India. El hecho capital en Asia en los últimos

doscientos años es, pues, el tránsito completo desde una etapa de colonialismo capitalista a una emancipación de tipo anticapitalista y, en muchos puntos, antieuropea, *guardando, sin embargo, las enseñanzas recibidas de la técnica occidental.* En este proceso emancipatorio, la guerra finalizada en 1945 introdujo cambios inesperados e importantes: en primer lugar, lo aceleró con una rapidez manifiesta; en segundo lugar, quebró la marcha ascendente del Japón hacia el liderazgo asiático y, con su derrota en 1945, permitió que el proyecto de un gran espacio unitario extremo-oriental, regido por el Japón y explotado por él, quedase pospuesto, fragmentándose ese gran espacio del sur y del este de Asia con súbitas oportunidades para países mucho menos modernizados (como la India).

Ya hemos dicho que la historia interna de los pueblos de Asia tiene poco que ver, al menos hasta la primera mitad del siglo XIX, con la historia política, que atiende especialmente a las conquistas, los Tratados y las tensiones de poder entre potencias europeas en su labor de expansión asiática. En general, las condiciones de vida se desarrollaban bien bajo un régimen feudal, como en Japón, China e India, bien bajo el régimen de tribus, como en Siberia, varias zonas de China meridional, Indochina, Indonesia, Persia y Arabia. Pero la presencia europea en diversos lugares del Asia monzónica y del Asia insular es la condición previa para que la historia interna de los pueblos asiáticos altere su ritmo. La transformación del Japón resulta una especie de impacto sobre una diana enorme, procedente de un arma que, en principio, era mínima: la visita del comodoro Matthew C. Perry el 14 de julio de 1853. Las dramáticas jornadas de las rebeliones de los tai'ping y de los bóers son derivaciones de la conducta de los europeos en la China marítima meridional. La evolución de la mentalidad de la *élite* hindú, e incluso la formación de una nueva *élite*, son consecuencia de la nueva política y del nuevo trato a la India, que los ingleses pusieron en práctica después que el motín de 1857 les demostró la necesidad de contar con las masas hindúes y con su nivel de vida. Y, como último ejemplo, los intentos de revolución nacional en China, al principio dentro del cuadro dinástico manchú, luego bajo forma republicana, no hubieran sido posibles sin la existencia de una China emigrada, cuyos miembros estaban en contacto con la cultura anglosajona, y que, operando desde el exterior sobre su propia patria, postularon la necesidad de reformas radicales.

Cada gran pueblo asiático ha seguido este proceso con su peculiaridad propia. En el Japón fué la dinastía quien, contra los pode-

res feudales, emprendió enérgicamente la occidentalización técnica del país, no encontrando reparos en buscar inspiración en Prusia para las formas constitucionales; en Francia, para la organización administrativa; en Gran Bretaña, para la creación y manejo de una flota moderna, y en el mundo anglosajón, en general, para la industrialización. Y todo esto fué realizado con escasísimas—de hecho nulas—alteraciones en el cuerpo de creencias que sostenía a la sociedad. En China, por el contrario, fué la dinastía el principal enemigo de toda reforma, en gran parte de pleno acuerdo con los poderes feudales y tradicionales, y los intentos modernizadores corrieron a cargo de una clase intelectual mal preparada para el ejercicio del Poder. Esta clase intelectual halló la interesada y episódica ayuda de un militar que derrocó a la dinastía, instauró luego la forma republicana y dió paso a un período de anarquía y de luchas civiles. De estas luchas quedó vencedora una clase intelectual-burguesa, profundamente americanizada, con un programa teórico de revolución nacional. A su vez, esta clase se convirtió en una oligarquía, cuyos miembros adoptaron una actitud egoísta en defensa de sus intereses personales; entonces, la guerra civil dió el triunfo a un partido comunista que, contra las previsiones históricas marxista-stalinistas, no contaba con un proletariado urbano; recibió su apoyo de áreas campesinas sumamente atrasadas y que no habían conocido la etapa de revolución burguesa, y en su lucha por el Poder tuvo muy poca ayuda de la Rusia soviética ni del proletariado mundial.

No menos maravillosa ha sido la evolución política de la India, donde unos pocos miembros procedentes de clases altas (brahmanes y comerciantes) pudieron guiar al país desde una situación colonial a la plena independencia, siendo sólo una minoría ínfima frente a las masas ignorantes y fanáticas divididas en castas. Esta minoría, formada por el genio pedagógico y político británico, influída por el nacionalismo y por tendencias socialistas, y al mismo tiempo con raíces espirituales en el remoto pasado hindú, ha recorrido un camino asaz largo, pero no más ancho que el filo de una navaja. Bajo sus pies había—y hay todavía—unas condiciones sociales angustiosas, con un problema campesino, un problema religioso, una estratificación social absurda y una presión continua de la miseria, que remotamente podían constituir un *substratum* idóneo para una evolución política pacífica. Dentro del mundo político hindú, la minoría nacional y progresista veíase flanqueada y combatida: a la derecha, por intereses feudales vigentes en los Estados de los príncipes, por intereses económicos de un carácter muy concreto

(los de las clases terratenientes, de los usureros y explotadores del campesino, etc.) y por grupos religiosos que, bajo el pretexto de la fidelidad a la ortodoxia hindú o bajo la pretensión de enlazar con una historia idealizada y remota, actuaban simultáneamente como predicadores religiosos, como demagogos y como agitadores xenófobos; a la izquierda, la minoría nacional y progresista estaba amenazada por los radicales y por la presencia de un partido comunista; por último, esta minoría tenía como guía moral a un hombre que, poseyendo una talla espiritual impresionante y siendo capaz de inspirar a las masas hindúes en determinados momentos no-revolucionarios, era, sin embargo, una personalidad solitaria y llena de ideas ingenuas, con un gran desprecio por la ciencia moderna y con soluciones—por ejemplo, la defensa de la artesanía, los ataques a la gran industria—que, en caso de haberse llevado a la práctica, no hubieran podido resolver el problema social hindú. Frente a todas estas fuerzas, reaccionarias y extremistas, y frente al utopismo de Gandhi, la pequeña minoría de líderes progresistas del Congreso, ayudada en una postrera y última etapa por las dotes políticas británicas, pudo realizar la independencia nacional y empezar su labor de reforma.

El caso del Paquistán está aún asaz reciente para extraer conclusiones de algún rigor. Se trata de un Estado cuyos motivos básicos de constitución los dió la unidad religiosa. También allí, la clase burguesa, que ha tomado el Poder, se halla en medio de tensiones de tipo religioso-ortodoxo, a la derecha, y de tipo intelectual-social, a la izquierda. Pero la clase dirigente parece decidida a lograr una modernización y tecnificación del país dentro de un clima religioso moderado. La modernización ya no implica—ni en el Paquistán ni en el resto de Asia—"westernización". Los líderes musulmanes están convencidos de que la estructura tradicional de su pensamiento y el cuerpo de creencias pueden ser mantenidos en armonía con las nuevas exigencias de la vida económico-social. Pues, como escribía hace años un gran pensador europeo, "el mundo musulmán parece que, en su religión revelada mágico-racional, posee una especie de estuche ideal, en el que caben todas las nuevas formaciones de la estructura social y de la civilización, en el que caben todas las formas, tanto del pasado como del porvenir". (Alfred Weber: *Historia de la cultura como sociología de la cultura,* capítulo VII.)

Para iluminar algunos otros aspectos de interés en la evolución de los pueblos asiáticos, dentro de las breves páginas que aquí nos están permitidas, es preciso referirse al problema del nacionalismo

y a las respuestas que la clase dirigente de cada país ha dado a las nuevas situaciones políticas. Ya se dijo antes que Asia es muy diversa y que no puede hablarse de una sola clase de nacionalismo. Un "nacionalismo burgués" (bajo retórica socialista) fué el del Kuomintang en China; burgués es asimismo el nacionalismo de los partidos dominantes en India y Paquistán. El nacionalismo del Japón era, en cambio, imperialista, y constituía sólo una base subjetiva para el desarrollo de más ambiciosos proyectos. Tanto en el Vietnam como en China, las coaliciones revolucionarias, dirigidas por el partido comunista, han explotado el nacionalismo xenófobo, reuniendo en su lucha por el Poder tres motivaciones distintas: la guerra por la "liberación nacional". la reforma social y el internacionalismo procedente de las fuentes marxista-leninistas. En la revolución china se dan al mismo tiempo un aspecto nacionalista y otro internacionalista. El primero no fué únicamente antieuropeo; también fué antinipón, pues en un período en que la China "nacional" mantenía un estéril forcejeo político con el Japón (1931-37), sufriendo simultáneamente importantes mutilaciones de territorio, el partido comunista se declaró abiertamente por la lucha contra los invasores. El aspecto internacionalista viene dado por dos factores: primero, la propia autoconciencia de la *élite* revolucionaria china de constituir una parte del movimiento proletario comunista mundial; segundo, el hecho de que los escritos de Mao Tse Tung representan una elaboración personal del marxismo-leninismo, ofreciendo una doctrina revolucionaria para todos los países campesinos recién salidos de la etapa "colonial", y, por consiguiente, para otros pueblos asiáticos. Es difícil disminuir en este sentido lo que la revolución comunista china y su triunfo de 1949 significan, como ejemplo, a ojos del resto de los partidos comunistas asiáticos. La combinación de la lucha anticolonial por la liberación nacional, con la reforma social, es asimismo uno de los factores del poder de proselitismo del Vietminh entre los annamitas de la Indochina.

En los países de la Commonwealth británica, donde la independencia ha sido conseguida de una forma gradual y relativamente pacífica, el nacionalismo burgués ha cumplido ya su mayor objetivo, y debe orientarse ahora hacia las realizaciones prácticas en el terreno social, industrialización, organización administrativa, incremento de la producción, etc. Las tendencias conservadoras parecen estar imponiéndose cada día más en los antiguos líderes nacionalistas, tanto en la India como en Paquistán y Ceilán. En estos países hay establecida, de hecho, una carrera contra el tiempo entre los partidos burgueses, por un lado, y las condiciones de vida y los

partidos extremistas, por otro. De la eficacia que muestren los partidos burgueses en cuanto a la reforma de las condiciones de vida depende que el mundo hindú siga o no el camino de China, haciéndose realidad la célebre frase de Lenin: "La ruta para la revolución mundial desde Moscú a París pasa por Pequín y por Calcuta."

La "cuestión" asiática—el gran interrogante de su futuro político—tiene hoy también, por tanto, una dimensión que afecta a la balanza mundial de poderes. Desde el siglo XVII hasta las dos primeras décadas del siglo XX se habían ventilado en Asia rivalidades intereuropeas como correlato de los conflictos que simultáneamente enfrentaban a dos o más potencias en Europa. Los europeos estaban en Asia, al principio, como comerciantes; luego, como comerciantes y administradores, apoyados por fuerzas militares. Frente a los asiáticos aparecían con frecuencia formando un conjunto solidario (*strafexpeditionen* aliadas como represalia después de la rebelión de los bóers, etc.). En la actualidad, no sólo una gran parte de Asia se ha cerrado para el hombre occidental, sino que, además, el antioccidentalismo asiático se ha visto estimulado por una potencia que en gran parte es europea. Para contrarrestar este embate antioccidentalista, estimulado por el comunismo, no es posible hacer apelación al reconocimiento de los indudables valores del hombre occidental, pues los asiáticos no sólo están en un período de antiwesternización, sino que del hombre europeo han solido obtener una experiencia más bien peyorativa. Parece que el único antídoto en Asia contra el internacionalismo comunista sea el nacionalismo. Ahora bien: el nacionalismo—con la excepción de la minoría del Kuomintang en China, muy americanizada—es antiblanco en las masas asiáticas, y, por lo menos, neutralista en la *élite* dirigente. Para que esta situación, desfavorable para el Occidente, se transformara en una situación de lucha interna efectiva entre asiáticos, sería preciso que en los países asiáticos no comunistas hubiera Gobiernos de tipo muy burgués, conservador e incluso reaccionario. Sólo entonces podría hacerse realidad el *Let the Asians fight the Asians*, formulado en 1952 como una solución procedente de un sector conservador norteamericano. Pero esta solución—históricamente lícita desde el punto de vista de la balanza de poderes mundiales—sería moralmente un retorno a las peores épocas del colonialismo blanco, pues tales Gobiernos burgueses o reaccionarios serían mantenidos descaradamente con el dinero y las armas de Occidente, con desprecio para los pueblos respectivos.

El dilema de Occidente en Asia consiste, pues, fundamentalmen-

te, en cómo hacer compatible una política de poder—históricamente lícita—con un *fair deal* respecto a los pueblos asiáticos.

El general Marshall, durante su misión mediadora en China (1946-47), intentó hallar una base para esta conducta en los llamados "terceros partidos" (la Liga Democrática, la Joven China, etcétera), que reunían a pequeñas minorías políticamente distantes de la oligarquía dirigente y del partido comunista. Pero el excesivo optimismo que entonces se puso sobre las hipotéticas posibilidades de aquellos "terceros partidos" ha conducido ahora a la creencia de que sólo la política de fuerza es eficaz. Sin duda, hay aquí un callejón cuya salida es preciso encontrar. Pues una política de fuerza sin un apoyo ideológico, con amplia capacidad humana de adhesión, es una política destinada no a fragmentar el vasto sentimiento antioccidental, sino a unificarlo y exacerbarlo.

E. P. de las Heras.
Valencia, 231.
BARCELONA.



LA VUELTA AL CUARTO EN OCHENTA MINUTOS

POR

JOSE MARIA SOUVIRON

(FRAGMENTOS)

LOS CUADROS.—*Los veo todos los días, y tantas horas durante cada día, y no me cansan, antes me distraen y entretienen más cuanto más tiempo los miro. Son inagotables. Son pocos, aunque quizá demasiados para lo que ahora se estila. Son chicos. Algunos tienen tamaño de postal. Ninguno vale nada, sino para mí. Puesto a venderlos, no sacaría por ellos tres perras gordas. Los he ido colocando después de una selección muy minuciosa, de sucesivas eliminaciones. Este primero, una doble fotografía, compuesta de tal modo que parece sacada de una sola vez, cuando los dos personajes se miraban, es un arreglo, un delicioso arreglo. Nefertiti, la bellísima cabeza de Nefertiti, la del museo de Berlín, la hermosísima Nefertiti, está aquí frente al hombre que la adoraba, Amenofis IV, el rey revolucionario. El, delgado, prognato, de alargados ojos, domina la debilidad de su rostro enfermizo, pero dotado de una misteriosa hermosura, con una expresión a la vez enérgica y tierna. Energía que se muestra en las cejas; la frente huidiza, pero firme; la mirada intensa; la nariz, que parece oler innumerables flores. Pero en este momento se diría que esa mirada se ha dulcificado, como atenuado y conmovido por una suave, hondísima tristeza, al contemplar a la bella. El la mira con un asomo de sonrisa, y ella se deja mirar. Ella está con los ojos un poco vagos, sabiéndose amada y admirada, dispuesta a amar y admirar, pero femeninamente ausente. ¿Ausente? No. Está presente ante los ojos y la boca del joven faraón apasionado, pero sin volver hacia él la vista. El fotógrafo que llevó a cabo esta admirable composición no pudo evitar esto, porque la mirada de la reina no podía encontrarse con la del rey, como no puede encontrarse con la de nadie. Ese busto de Nefertiti nos conmueve por eso, porque no nos mira; pero parece que sabe que la miramos. Sus ojos están diciendo: "Ya sé que estás ahí", pero no nos miran. Podemos cansarnos dando vueltas, en el museo, a la gentil cabeza adorable, que no nos mirará; aunque estaremos seguros, desde muy poco después de contemplarla, de que ella sabe que la miramos, que*

estamos cuidándola, vigilándola, admirándola, lo mismo que está Amenofis en esta fotografía de su estatua en piedra: enamorado. Este cuadro lo tengo porque encierra y condensa una enseñanza de humana poesía, de drama de amor, de ternura y pasión indiscutibles: el drama de un rey poeta, prendado de la divinidad, prendado también de la mujer que amaba, la mujer que colabora con él, lo ama, le ayuda y anima; pero no lo mira, no, aunque le demuestra que sabe que él la está mirando.

Cerca de este cuadro, otra reproducción, ésta en colores, de una pintura de Botticelli. Un mancebo con un gorro colorado sostiene entre sus manos una gran medalla con el retrato de un Médicis. Al fondo, tras el contorno que deja la cabeza del muchacho, un paisaje tenue, de árboles esbeltos, delgados, elegantes, sobre una pradera, bajo un cielo de un azul ligero con dos o tres nubecillas también delgadas, esbeltas, elegantes. El mozo sostiene la medalla para lucir las manos, quizá. Unas manos algo sarmentosas, pero cargadas de significación. Manos finas aunque no alargadas, un poco huesudas, fuertes, con sabiduría de caricia. Porque la caricia verdadera es un golpe contenido a mitad del camino, suavizado cuando va por el aire.

Las manos de este mancebo deben de haber sabido acariciar, y tal vez por eso se advierte esta tenue melancolía en sus ojos, en la ligera contracción de los labios. Aquí no hay ley de frontalidad, ni equilibrio clasicista adrede; hay alma, pena, conocimiento. Uno de los ojos está apenas más alto que el otro; la ceja, algo más arqueada. Mira el muchacho antiguo como pudiera mirar cualquier persona de cualquier tiempo, como si ya supiera él aquellos versos de Garcilaso: "No me podrán quitar el dolorido sentir..." Ni romanticismo teatral, ni sentimentalismo, ni nada barato. Todo lo contrario: verdad humana, sin aspavientos, como si ya hubiese conocido —también—aquellos otros versos de Baudelaire, los de la invitación al viaje, y ya sintiese la aspiración, el anhelo de llegar a ese país, al que invitaba el poeta a su amada:

Là, tout n'est qu'ordre et beauté,
luxe, calme et volupté.

La serena, dominada tristeza (mejor, melancolía; o, mejor aún, como se decía por aquellos años en que fué pintado este cuadro, malenconía), *no le impide colocar sus manos para que sostengan la medalla con una bella postura. Ningún desharrapamiento, ningún desmelenamiento, ninguna histeria: una profunda comprensión de las cosas, una vuelta de espaldas al paisaje—por un rato—y la pa-*

ciencia necesaria para dejarse retratar, para dejarse perpetuar como un joven que sostiene una medalla, pero que dentro del pecho lleva una porción de agonías que ha sabido disimular con elegancia, con dominio, sin necesidad de evitar ese gesto de los labios, tan encubiertamente dolorido. Sin embargo, la vida es bella. Lo dice el cielo sobre el que se recorta esta cabeza, y los árboles del prado, y esas dos o tres nubecillas finas y pasajeras que andan navegando por el azul.

En el otro testero hay una serie de "aleluyas" enmarcadas. Cada una de ellas tiene cerca de cincuenta cuadrillos minúsculos, con sus correspondientes pareados al pie. El papel de diversos colores en que están impresas no se ha desteñido, a pesar de que la menos antigua de ellas lleva fecha de 1864. Estas aleluyas o "vidas de estampas" se encontraban todavía, en mi niñez, en algunas librerías de provincia. Recuerdo haber tenido una colección numerosa, de la que hoy sólo me restan estas pocas. Debieron de desaparecer de la venta con la otra guerra mundial. Recuerdo haber comprado algunas cuando yo tenía diez años, y justamente el día en que el librero comentaba con otro señor que en Sarajevo (Bosnia, yo estaba empollado en Geografía) acababan de asesinar al príncipe heredero de Austria. Estas que tengo en mi cuarto son las Desdichas de un hombre flaco, *la* Historia de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, *las* Aventuras del enano don Crispín, *la* Vida del estudiante bueno y la del malo, *y otras ocho más. Las que se limitan a contar un disparate tienen una gracia inocente; pero las inefables son las que se proponen cierta ejemplaridad moral, como la del estudiante bueno y la del malo. Me sigue sucediendo con estas aleluyas lo que me pasaba con las* fábulas *morales que me leían o hacían leer en mis años infantiles: que toda mi admiración iba hacia los malos. No por postura ni por dármelas de pillo, líbreme Dios de tal desatino, sino porque siempre los engañados eran imbéciles, o porque no sabían lo que yo sabía ya, entonces, de la hermosura de vivir. Entre la cigarra y la hormiga, me quedaba, naturalmente, con la cigarra. La hormiga me parecía una repugnante acumuladora de riquezas, metida en un agujero hediondo, en una despensa sin luz, en tanto que la otra cantaba a todo meter de sus élitros, al sol, al aire blanco del estío, sobre los almendros. (La equivocación de la cigarra estuvo en ir a pedirle ayuda a la hormiga. Antes debió haber reventado a solas.) Volviendo a las* aleluyas, *es lastimoso ver al buen estudiante aburrirse espantosamente, y al malo..., muchísimo más, aburrirse muchísimo más que el bueno. (A ratos piensa uno que al siglo XIX*

no había por dónde cogerlo.) Las reacciones del estudiante malo son espantosas:

Vuelve a ser examinado
y otra vez es reprobado.

Furioso por tal revés,
da a los libros puntapiés.

A pesar de todo, la ingenuidad de los grabadillos es deliciosa, y los ripios de las versainas, más deliciosos aún. Algunas noches sin mucho sueño, me paseo lentamente por delante de ese testero, con detención de visitante de museo romántico, y me voy leyendo todos estos dislates y aventuras, que me amplían las paredes y me hacen viajar sin necesidad de salir de la habitación.

LAS CAJAS MISTERIOSAS.—*Sobre una misma mesa hay dos cajas, dos objetos casi cúbicos, ambos de lisas superficies, de tamaño aproximadamente igual. Son dos cajoncillos mágicos que me acompañan mucho, y que me acompañan cuando quiero, es decir, realizando el máximo agrado de la compañía, que viene de la voluntad. Una de esas cajas se ilumina suavemente cuando se le da media vuelta a un botón. Mediante otro botón, se busca en el aire. En muchas ocasiones no se puede oír nada, porque todo lo que allí suena es horroroso, desde la musiquilla infame hasta la voz del gracioso a la fuerza, del charlatán presentador de estrellas abominables y recién nacidas, de las que se burla cruelmente; desde la ópera graznada por un famoso divo, hasta la insoportable conferencia. Pero en otras ocasiones se halla lo que se apetece: ahí, de pronto, surgen unos compases. Por escasos instantes, la memoria se concentra. ¿Beethoven? No, no falta pasión; falta tristeza. ¿Bach? Tampoco. ¿Mozart? Tal vez. El hombre está siendo cantado en estas notas sin palabras; el hombre en su grandeza, sin pasar más allá, pero con todo su drama majestuoso. Sí, es Mozart. Júpiter por los aires, entra por la ventana, se guarece en esta caja misteriosa y se exalta prodigiosamente. Ya tengo compañía grata; ya puede ir viniendo el sueño despaciosamente, sin prisa y sin descanso, para irme transportando a zonas espléndidas, humanamente espléndidas. Mozart nos da la medida del hombre, está a punto de ensoberbecernos, de hacernos creer en la voz de "seréis como dioses"; pero se contiene a tiempo. No está aquí el dolor que exalta y redime y maravilla, el de Beethoven; ni el vuelo grandioso, de águila en equilibrio de alas quietas, de Bach. ¿Cómo he podido sospechar, desviarme por un momento, dudando de quién era? La caja misteriosa vierte su magia por la habitación, la llena, la va levantando en no sé qué*

aires, y me hace bogar por regiones espléndidas... De pronto se calla. Ha terminado la delicia, y surge la voz, la espantosa voz, la desagradable voz que anuncia el programa del día siguiente. Una vuelta al botón, y la magia se desvanece.

Al lado, cerrada, está la otra caja misteriosa. Es como un abecedario colocado en redondas pastillas negras y brillantes. Abro esta maleta y me pongo a escribir lo que acabo de sentir; a máquina, dispuesto a corregir después, pero a máquina, para que la idea no se me apresure más que las manos, para que las palabras no se me queden atrás por causa de la pluma. A veces, de noche, despierto y miro estas dos cajas, silenciosas, mágicas, que duermen mientras yo me desvelo pasajeramente. No llego a comprender cómo he manejado ambas cosas para deleitarme en la música y para guardar el recuerdo de ese deleite en palabras escritas por mí. Como ahora escribo esto que os voy contando.

LOS RETRATOS.—*Son dos o tres, nada más. Uno de ellos está sobre la librería, entre un vaso con rosas y una bandera de España que se mantiene abrazada a un pequeño mástil. Es el retrato de una mujer sentada en una butaca de jardín. El fondo, difuso, deja entrever un tronco de árbol y unas matas. La mujer no mira hacia quien la retrató, sino al jardín, y tiene los ojos un poco entornados, a causa del sol que brilla en sus cabellos. La mujer tiene en la mano un disco. No sé qué música ignorada contendrá ese disco, ni si ella lo sabrá hoy, tampoco. Sus manos son largas, delicadas, suaves, y si se tratara de buscar una discóbola en el arte universal, para oponerla al famoso atleta de Mirón, se elegiría este retrato, donde el disco apenas está sostenido, donde no es fuerza lo que se advierte, ni tensión muscular, sino abandono dulce bajo un sol meridional y suave. El disco no es de metal ni de piedra, sino de música. La mujer es bella. No sé nada más, ahora. No sé dónde estará en este momento, ni en quién estará pensando, ni si ese jardín es como era, ni si ese disco ya no existe, ni si esa música ha sido olvidada, ni si esos párpados, un poco cerrados por el sol, volverán a levantarse—no del todo—para volver a mirarme alguna vez. Lo único que sé es que, frente a la melancolía del doncel de Botticelli, puro documento imaginario para mí, el sol que da sobre los cabellos de esta mujer es un sol que yo conozco, y que me produce una extraña pena constante y preciosa.*

El sol de esta fotografía, la luz de esta cabellera, brillan—creo yo—de noche con esa claridad que tienen las ventanas por las que penetra, atravesando los visillos, una tenue blancura de alborada. En las tardes de invierno, ese sol del retrato calienta la habitación,

como esos rayos que en los ocasos fríos del invierno pasan por entre dos nubes y nos entibian por un momento la cara. Y en la soledad de muchas horas, la figura de la mujer en el jardín hace que no me sienta solo, y es como si hubiese una ventana más en mi cuarto, una mínima ventana abierta al recuerdo, por la que entrasen la música desconocida del disco ignorado y la voz inolvidable de la mujer.

EL CRUCIFIJO.—*Sobre el tablero de la breve biblioteca que tengo a la cabecera, entre el reloj y la lámpara, está el Crucifijo de madera, tendido en la mesa, como en esos cuadros del Viacrucis en que la cruz aún no ha sido levantada y fijada en el suelo. Es un Crucifijo tallado en madera de la selva brasileña. Está al alcance de mi mano, sin pedestal, sin garfio para ser colgado. Está ahí cerca de mi cabeza, que sueña o se pierde en la vaciedad de lo dormido. La madera donde ha sido tallado este cuerpo fué hace poco tiempo un árbol perdido en la espesura medrosa de aquellos bosques interminables. Sobre esta madera han caído lluvias insistentes, soles implacables, tempestades tropicales, nieblas cerradas. Cuando brotó el primer tallo del árbol, su destino era ser una imagen de Cristo que iba a estar a la cabecera de un poeta español en una habitación española. Sobre las primeras ramas se posaron extraños pájaros de plumajes rarísimos. Un día fué desgajada la rama de donde iba a salir esta figura, y unas manos seguramente oscuras y ásperas trabajaron hasta dar forma a este Dios clavado en cruz que me guarda, ahí, al alcance de mi mano, que todas las noches pido poder alargar hasta traer al Cristo sobre mi pecho, si la agonía llegara a cerrármelo en una ausencia de aire, en un borbotón de sangre detenida. Cada mañana, al levantarme y verlo de nuevo, le agradezco el sol naciente, y, al besarle los pies, me parece que beso todo el prodigio vegetal de un inmenso mundo, toda la permanencia de las cosas creadas en la gloria de la redención. Afuera, en otros árboles aún vivos, cantan los pájaros de España.*

José María Souvirón.
Colegio Mayor Cisneros.
Ciudad Universitaria.
MADRID.

ORIGEN DEL SISTEMA PLANETARIO

POR

ELISEO ORTEGA RODRIGO

¿Os arrodilláis, millones de seres?
Mundo, ¿presientes al Creador?
Buscadle más allá de la bóveda celeste.
¡Sobre las estrellas está su morada!
(Oda de SCHILLER.)

Cuando se mira despacio y con algún detalle la manera como está constituído el sistema solar, con su décuple cinturón de brillantes planetas, satélites y cometas, nos invade una descarga de asombro intelectual. Y este asombro germina, más pronto o más tarde, pero inevitablemente, dando nacimiento a uno de los problemas más acuciantes de la Cosmogonía moderna: ¿Cuál es el origen del sistema planetario? Esa dorada secuencia de mundos en perpetua cabalgata alrededor del hermano Sol, ¿de dónde viene? ¿Con qué material se ha construído? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Recordemos un poco: El Sol, con su imponente masa, 744 veces mayor que la de todos los planetas, satélites y cometas juntos, ocupa el centro del sistema. Muy lejos de su ígnea esfera, a la distancia media de 57 millones de kilómetros, voltea raudo Mercurio, el planeta más próximo al centro del sistema, dibujando una órbita elíptica bastante excéntrica. A 108 millones de kilómetros circula Venus. A 150 millones, la Tierra, con su única luna. A 228 millones, Marte, con dos lunas. A un promedio de 400 millones, el enjambre de los asteroides, con sus casi 60.000 individuos, escombros seguramente de alguna catástrofe planetaria. A 782 millones, el gigante de los planetas, Júpiter, con doce lunas. A 1.425 millones, Saturno, con tres espectaculares anillos y diez lunas. A 3.080 millones, Urano, alumbrado por cinco lunas. A 4.500 millones, en órbita casi circular y con dos lunas, Neptuno, el planeta que fué calculado exactamente varias veces antes de ser visto. Por fin, mucho más allá, en los últimos confines del sistema, a 5.925 millones, Plutón, tal vez sin luna. La duración de sus respectivas revoluciones va aumentando progresivamente desde Mercurio, que da la vuelta al Sol en ochenta y ocho días, hasta Plutón, que tarda doscientos cuarenta y ocho años, noventa mil cuatrocientos veinte días.

Una de las circunstancias que más llaman la atención en la estructura general del conjunto es el hecho de que todos estos planetas giran casi en el mismo plano de la eclíptica o camino que recorre la Tierra alrededor del Sol. Por lo que los rayos de luz que desde el Sol llegan hasta el plano orbital de Neptuno pasan casi rasando con las órbitas de todos los demás planetas intermedios.

Otra nota no menos chocante es la siguiente: La circulación de los planetas en torno del Sol se efectúa para todos ellos según el mismo sentido: dextrogiro, si colocamos el sistema de referencia en el Polo Norte de la esfera celeste; levogiro, si lo colocamos en el Polo Sur.

Otra: El movimiento rotacional sobre sus ejes tiene lugar en el mismo sentido que el movimiento de revolución orbital, aunque, según parece, Urano y Neptuno giran en sentido contrario a los restantes.

Además: Las 32 lunas del sistema circulan alrededor de sus respectivos planetas, como éstos circulan alrededor del Sol, con la particularidad de que todos ellos, menos tres—VIII y IX de Júpiter y IX de Saturno—, lo hacen en el mismo sentido que los planetas.

También: Todas las citadas lunas giran sobre sus propios ejes, igual que sus astros centrales y, tal vez, en el mismo sentido que éstos, como sucede en el caso de nuestra Luna, único que se conoce perfectamente.

Por fin: El propio Sol gira sobre su eje una vez cada veinticinco días y cuarto; dicho giro tiene también igual sentido que el movimiento general de los planetas. De donde resulta que si colocamos unos observadores imaginarios en todos los cuerpos celestes del sistema—Sol, planetas, satélites—, situados de modo que cada cual dirija su mirada de frente a la estrella Polar Norte, sucede que para todos ellos los astros salen por la derecha y se ocultan por la izquierda. Y si se supone colgado un reloj en dicho Polo, se verifica para todos los observadores que tanto el movimiento de circulación como el de rotación coinciden con el que llevan las manecillas del imaginario reloj.

Este cuadro de hechos pone de manifiesto una coincidencia fundamental. Tal coincidencia—maravillosa—induce a excogitar una explicación adecuada del caso. Ahora bien: el expediente más obvio y resolutivo—a primera vista—es el de suponer que el conjunto de planetas y satélites proceden, bien de la nebulosa presolar, bien del mismo Sol, ya enteramente configurado por un proceso de marea o desprendimiento de anillos sucesivos, etc.: Kant, Laplace, Faye, Lockyer, Ligondes, Lafouge, Belot, Jeans, Veronet, Dauvillier, Peek,

Whipple. En todo caso, tendríamos que *el material planetario era hijo o hermano del material solar,* con arreglo a un mecanismo más o menos complicado.

En un principio, pudo parecer que la hipótesis del geómetra Laplace lo iba a explicar todo a satisfacción. Más tarde empezó a verse que no se hallaba de acuerdo con el principio de las áreas, tan importante en mecánica racional y aplicable por necesidad al presente caso. Con todo, como observó su compatriota H. Poincaré, acaso bastaría introducir un par de correcciones en los supuestos iniciales de Laplace para que todo estuviera en perfecta concordancia con la citada ley. Pero Jeans descubrió en la teoría del sabio francés un defecto que no toleraba componendas. Vió y demostró que el Sol, por sí solo, no podía dar lugar al nacimiento de planetas. Y entonces imaginó el mecanismo de *la marea solar,* provocada por la presencia de una estrella advenediza y fugitiva. Espléndida teoría, que explica muchas cosas. Pero resulta que, tanto ésta como, en general, todas las demás, dejan sin explicar, por lo menos, un punto que, dentro del marco de la física nuclear actual, tiene una importancia realmente decisiva. Punto que invalida de golpe casi todas las teorías cosmogónicas ideadas para dar razón de la configuración del sistema planetario.

El joven astrónomo inglés Fred Hoyle ha tenido el gran acierto inicial de hacer hincapié en un hecho que parece bien conocido: Las estrellas en general, y más concretamente las de tipo solar —aquellas que figuran en la secuencia principal del célebre diagrama de Russell—, no contienen más que dos elementos en gran abundancia: hidrógeno y helio. En un principio, al nacer la estrella, es decir, al pasar la esfera de gas oscuro y frío—protoestrella—al estado de astro efectivo incandescente y radiante, por transformación de la fuerza gravitacional en energía calórica y luminosa, entonces apenas contiene otra cosa que hidrógeno, el menos pesado de los elementos. Prácticamente, la totalidad de su masa es hidrógeno. Más tarde, a través de cientos, miles y millones de años, y cientos de millones y miles de millones, el material de ese ligero cuerpo se va transmutando en elementos más pesados: deuterio, tritium, helio, con enorme desprendimiento de energía radiante, en general la suficiente para compensar las pérdidas del astro por irradiación y mantenerlo a grandes etapas en posición de equilibrio radioactivo. Y, así, en una estrella como nuestro Sol, el 91 ó 92 por 100 de su masa total actual es hidrógeno; un 6 ó 7 por 100 es helio; todos los demás elementos suman aproximadamente el 1 por 100.

Pero la situación es radicalmente distinta en la Tierra y en los

restantes planetas. Aquí, el hidrógeno y helio se encuentran en una proporción incomparablemente más pequeña que los elementos más complejos y pesados, tales como aluminio, silicio, calcio, hierro, níquel, etc. La proporción de éstos en la Tierra representa más del 99 por 100, y, por tanto, la de hidrógeno y helio no alcanza el 1 por 100. En resumen: elementos ligeros en el Sol, 99 por 100; elementos pesados, 1 por 100 escaso; elementos ligeros en la Tierra, 1 por 100 muy escaso; elementos pesados, 99 por 100 con exceso.

Esto quiere decir, en primer lugar, que la constitución química de la Tierra y de los planetas es algo poco corriente, algo anormal. Pues el gas de la primitiva nebulosa galáctica, el gas de las nebulosas amorfas interiores, el de los espacios interastrales y la sustancia de las estrellas que, como el Sol, se halla en los primeros estadios de su evolución—todas las que integran la serie principal del citado diagrama—, es enteramente análoga a la de nuestra estrella-Sol. Es cierto que en ningún planeta, satélite ni aerolito ha podido descubrirse un solo elemento que no se encuentre también en el Sol; pero, evidentemente, la diferencia de porcentaje es abrumadora. Dado lo cual podía sospecharse que tamaña desproporción denuncia en el remoto pasado astronómico un proceso físico peculiar a gran escala.

Estos cuerpos pesados no se han formado en la Tierra misma ni en los demás planetas respectivamente, sino que ya venían enteramente formados en el material con que fueron construídos. Ninguno de los astros que componen el sistema planetario, a excepción del Sol, tiene capacidad ni condiciones para producir un solo elemento. Esto es verdad, aun a sabiendas de que los cuerpos radiactivos, por ejemplo, el torio, el radio, el uranio, dan origen, al desintegrarse espontáneamente, a elementos menos pesados, tales como helio, cripton, xenon, estroncio, etc. Pero lo que en este caso tenemos no es propiamente la construcción de elementos nuevos, sino formas cadavéricas de un elemento muy complejo *en quiebra;* es la marcha regresiva de un gran edificio que no se puede mantener en pie y se convierte en montón de ruinas.

Pocas dudas pueden caber hoy de que todos los cuerpos simples conocidos, desde el helio hasta el centurio, pasando por los de número atómico intermedio, proceden del hidrógeno. Todo átomo que hay en el Cosmos o es hidrógeno o es un agrupamiento de átomos de hidrógeno en mayor o menor número, *empaquetados* dentro de un espacio increíblemente reducido y ligados entre sí por unas misteriosas fuerzas "interaccionales", con arreglo a leyes no conocidas.

Cualquier elemento es síntesis nuclear de hidrógeno. ¿Cómo puede haber sucedido esto?

Esto sólo ha podido suceder a fuerza de cantidades colosales de energía térmica, es decir, a costa de las ingentes velocidades que en algún tiempo hubieron de animar a las partículas elementales de los átomos: electrones y nucleones. El Laboratorio, naturalmente, donde se ha ido transmutando el material hidrógeno en átomos más complejos y pesados—helio, litio, berilio, boro, carbono, etcétera—, no ha podido ser otro que el interior de las estrellas, donde reinan temperaturas que van desde el medio millón de grados, para las más frías, hasta cientos de millones, para las más calientes. Como se sabe, la temperatura central de nuestro Sol y de las estrellas pertenecientes a su clase es de 20 millones C. Dentro de esos hornos infernales, los átomos de hidrógeno, despojados violentamente de su electrón planetario, quedan convertidos en meros nucleones: protones y neutrones (estos últimos parecen no ser otra cosa que protones neutralizados por la asociación de un electrón negativo). Como las moléculas de un gas, se mueven caóticamente, de una parte para otra y en todas direcciones, a velocidades fantásticas.

En virtud de esta velocidad llevan consigo una energía cinética de tal magnitud que les permite saltar por encima de la barrera de potencial repulsivo que rodea a cada núcleo, es decir, en este caso a cada protón. El protón atacante puede caer entonces dentro del pozo nuclear. Hay probabilidades de que quede convertido en prisionero. En tal caso, ambos nucleones forman un átomo de hidrógeno pesado, llamado por los físicos deuterio. Si más tarde penetran en el pozo de este nuevo núcleo otros dos nucleones más, tenemos el átomo de helio. Así, sucesivamente, van empaquetándose y comprimiéndose de manera inverosímil multitud de protones y neutrones para formar núcleos cada vez más pesados—nuevos elementos—, hasta agotarse la totalidad del hidrógeno almacenado en la estrella. Decimos así sucesivamente... con una restricción: a condición de que la temperatura del astro alcance la altura proporcionalmente necesaria. En el Sol, incluso antes de llegar a su actual estado térmico, se han debido producir otros elementos ligeros más pesados que el helio; pero, según las conclusiones del astrofísico Bethe, tales elementos, en lugar de seguir evolucionando, dan un salto atrás, desintegrándose en átomos de helio, con la consiguiente liberación de energía radiante.

Resulta que este elemento, el helio, a la temperatura de 20, 30, 40, 50 y aun más millones de grados, es algo así como las cenizas

de la combustión estelar; algo inerte e incombustible, que no sirve ya para nada. Tal es, seguramente, el fatal destino que le está reservado al Sol y a las estrellas de su serie. Cuando estábamos a punto de pensar que los materiales terrestres y planetarios han debido fraguarse en los hornos del Sol, nos encontramos de súbito con la puerta cerrada. El astro del día no puede haber sido progenitor de los cuerpos donde nuestras almas se hallan encarceladas. Nuestros huesos no son hijos del Sol. ¿De quién entonces?

El físico británico Aston, resumiendo los resultados de la observación, ha trazado un diagrama interesantísimo, donde podemos ver cómodamente cómo varía la curva que representa la energía de formación de los diferentes átomos, desde el deuterio hasta los elementos radiactivos. Dicha curva acusa una rapidísima subida a medida que se va pasando de un elemento a otro más pesado, hasta llegar a los de peso atómico A 50, donde registra el máximo, manteniéndose aplanada hasta cubrir los puntos correspondientes a la posición del hierro, cobre y níquel, desde donde principia a caer en suave pendiente, acercándose a los radiactivos. Aquí se ve que la energía de formación, correspondiente a los cuerpos elementales predominantes en la Tierra y en los planetas, es elevadísima. Por consiguiente, la cantidad de trabajo necesario para construirlos ha sido excepcionalmente grande. Mas, como hemos indicado antes, dicho trabajo se realiza a expensas del calor, o, lo que es lo mismo, de la energía cinética de los nucleones y partículas, que forman el gas estelar.

Parece, pues, que la temperatura central del Sol, aun suponiéndola multiplicada por *diez*, no puede imprimir a los protones solares la velocidad necesaria para empaquetar a gran escala núcleos pesados: aluminio, silicio, calcio, hierro, níquel, etc. Luego es necesario concluir, con el astrónomo Hoyle, que estos átomos se han forjado en las fraguas supertórridas de alguna estrella 40 ó 50 veces más caliente que el Sol.

Inmediatamente nos sale al paso la siguiente pregunta: ¿Qué estrella es capaz de alcanzar este nivel térmico tan colosal? ¿Puede haber estrellas que toleren una temperatura de 1.000 millones de grados C.? Respuesta: Una cualquiera de las que llaman los astrónomos estrellas *superpesadas.*

Un examen estadístico de todas las estrellas intragalácticas, cuya paralaje está bien determinada, ha permitido saber que, a pesar de la colosal diferencia de volúmenes que hay entre unas y otras, sin embargo la mayoría de ellas contiene con gran aproximación "la misma cantidad de masa". Tal masa está representada por un nú-

mero entero, que tiene un 2 seguido de 27 ceros. O sea, dos mil cuatrillones de toneladas métricas. Es el peso perteneciente a la generalidad de las estrellas, tanto intra como extragalácticas. La Naturaleza, dice Eddington, no aguanta en general, y por mucho tiempo, la existencia de astros mucho más pesados. Dentro de esa generalidad se encuentra nuestro Sol. Hay, sin embargo, algunas estrellas que se salen de esa regla general. Algunas llegan a tener un cero o dos más que el Sol. Ellas solas almacenan material suficiente para fabricar 10, 50 y hasta 100 soles tan masivos como el nuestro. Pues bien: ésas son las estrellas superpesadas. Y precisamente ellas son las que llegan a alcanzar temperaturas que sobrepasan con mucho los 500 millones de grados. ¿Cómo es posible?

En virtud de una ley muy importante en Astrofísica—relación masa-luminosidad—, sucede que cuando una estrella es, por ejemplo, diez veces más pesada que el Sol, su luminosidad es mil veces mayor. Es decir, que uno de esos astros superpesados brilla, él solo, como mil soles. Es así porque mientras en nuestro astro se empaquetan cuatro átomos de hidrógeno para formar una partícula alfa o núcleo de helio, en ese mismo tiempo, dentro de la estrella hiperpesada, se agrupan 4.000 nucleones para formar mil partículas alfa. Y, como es natural, la energía radiante producida es mil veces mayor, pues el defecto másico del helio se multiplica por mil. De donde resulta que las masas gigantes de estos astros se queman, por decirlo así, transmutándose en helio—ceniza solar—mucho antes que las estrellas pertenecientes al tipo Sol. Por eso, en tanto que nuestro Sol tiene combustible para más de 50.000 millones de años, cada una de esas estrellas superpesadas no tiene para más de 500 millones.

Cuando un astro como el Sol ha consumido todo su hidrógeno, transformándolo en helio, se detiene para siempre la reacción termonuclear. Deja, pues, de producir energía radiante a expensas de la materia. Entra inmediatamente en un proceso de rápida contracción—con aumento transitorio de luminosidad—, hasta que todos los átomos llegan al estrecho contacto permanente, sin espacio para moverse. El astro, entonces, ha muerto silenciosamente, anónimamente, por interna inmovilidad. Más tarde será una esfera apagada, oscura, de extraordinaria densidad. Negro cadáver de un astro que fué rutilante faro en los espacios inmensos.

Muy distinta es la suerte de una estrella superpesada cuando ha devorado todo su hidrógeno. También aquí se detiene el torrente de las reacciones termonucleares. Se detiene, pero no definitiva-

mente. Es un compás de espera, al final del cual se desencadenará un furioso proceso de transmutación atómica.

Efectivamente. Al cesar la producción de energía termonuclear por agotamiento del hidrógeno, disminuye automáticamente en el interior el poder expansivo del gas estelar y la presión de radiación, que tan importante papel desempeña en la dinámica de los astros radiantes. Entonces, este par de fuerzas, que actúan desde dentro hacia fuera, oponiéndose a la fuerza gravitante ejercida en sentido contrario por las capas materiales del astro, ya no puede mantener a éste en posición de equilibrio. Roto éste entra la estrella en una loca carrera de contracción. Las capas de materia se hunden velozmente sobre el centro. Su diámetro, que antes era mucho mayor que el del Sol, se reduce en un tiempo relativamente corto a la mitad, a la cuarta parte, a la octava parte, encogiéndose simétricamente como un globo esférico que se desinfla. Hasta que, transcurrido el tiempo necesario, llega a ser más pequeña que la Tierra. Pero si su peso era diez o doce veces mayor que el solar, como la fuerza de gravitación—proporcional a la masa—se transforma en calor, la temperatura central sube hasta una altura inconcebible. Según los resultados de Baade y Minkowski, la mencionada temperatura llega, en su máximo, al orden de los 2.000 millones de grados.

Ya estamos ante la temperatura que se necesita para construir rápidamente, y en gran abundancia, los elementos pesados. Un astro así tiene que ser el progenitor del material constituyente de los planetas, satélites y aerolitos.

Ahora bien: ¿Cómo es posible que el material elaborado por esa estrella haya salido al exterior e invadido los dominios del campo solar para formar los astros que componen el sistema?

Se sabe muy bien que la estrella más próxima a nosotros es una de las pertenecientes a la constelación del Centauro, designada en los catálogos del Cielo con la primera letra del alfabeto griego: alfa. Se la llama, pues, la "alfa del Centauro". Tiene paralaje de 0,759" de arco, y, por tanto, dista del Sol bastante más de un *parsec:* 4,3 años-luz. En kilómetros, más de 10 billones. La distancia de la Tierra al Sol multiplicada por 273.000. Con estos datos se comprende inmediatamente que la estrella madre del material planetario no pudo hallarse a semejante distancia cuando nos hizo su donación. De lo cual se deduce que la supuesta estrella madre debió de voltear bastante cerca del campo gravitatorio solar.

Pero es, desde luego, sumamente improbable que un astro de "fuera", lejano y errante, penetrara un día en los dominios del Sol.

Y más improbable aún es que se hubiera agregado, quedándose dentro. Un caso así es tan inverosímil como dibujar, por ejemplo, el retrato de Arquímedes arrojando al azar un puñado de limaduras sobre una superficie enteramente lisa. Por otra parte, de no ser la supuesta estrella una de las pertenecientes al tipo superpesado, ningún resultado positivo para la explicación que se busca habría derivado de la supuesta agregación. Pues en un caso como éste, lo que debe suceder es: primero, que uno de los dos astros, el invasor, comienza a girar en torno del otro, el Sol; éste, a su vez, gira en torno del primero, y ambos alrededor del baricentro o centro común de gravedad de los dos. Resultado: formarán un sistema astral *doble*. Segundo, que se produce, en determinadas condiciones y circunstancias, el fenómeno de marea que imaginó el astrónomo Jeans. Entonces, del jirón gaseoso desprendido de la estrella menor pueden formarse con el tiempo un grupo de planetas circulantes en torno de la mayor. Pero adviértase que si las dos estrellas son del mismo tipo aproximado, tales planetas deben tener, por las razones ya expuestas, una composición de porcentajes muy distinta de la que caracteriza a los nuestros.

La solución al problema últimamente planteado hay que buscarla por otro camino. Por un camino al que, sin darnos cuenta clara, nos vamos acercando poco a poco. Hace un instante hablábamos de un imaginario sistema doble de estrellas. En nuestra Galaxia—y seguramente en todas las demás, sobre todo en las espirales—hay un número muy crecido de sistemas físicos formados por una pareja de estrellas asociadas dinámicamente. Llámanse sistemas o grupos binarios. El astrónomo americano Kuiper ha hecho un estudio especial de todas las estrellas que se hallan comprendidas en un espacio esférico que tiene por centro el Sol, y con un radio de 10 *parsecs*, igual a 32,6 años-luz. Dentro de esa esfera ha contado en total 254 estrellas. Pues bien: está perfectamente comprobado que de esos 254 astros, 45 por lo menos son dobles, siete son triples y uno es cuádruple. Más allá de la citada distancia se han descubierto asociaciones físicas de mayor complejidad. Conócense bastantes de cinco y seis estrellas. La Polar del Norte tiene cinco. Y las hay hasta de ocho. Son espléndidos sistemas cuasisolares, donde las estrellas hacen la vez de planetas. Y ha demostrado el astrónomo holandés Van de Kamp que algunas de ellas están, a su vez, provistas de astros opacos girantes, es decir, de verdaderos planetas, como los nuestros.

Todo esto pone en potencia un hecho muy notable: la existencia de sistemas físicos múltiples y especialmente binarios no constituye,

con mucho, una excepción en el Cosmos. Antes bien, tiende a ser un fenómeno general. Eddington creía que el 60 por 100 de las estrellas son múltiples. Opinión que tiende a confirmarse cada día que pasa. Por lo que ya no constituye una hipótesis fantástica el supuesto hecho por Lyttleton y Hoyle, según el cual el Sol formaría en otro tiempo un sistema físico doble en compañía de una estrella superpesada.

Admitamos, por consiguiente, el postulado de que hace unos tres mil millones de años—edad máxima que se puede asignar a la Tierra—existió más allá de las órbitas de Neptuno y Plutón una estrella diez o doce veces más pesada que el Sol y asociada dinámicamente a éste en forma de agrupación binaria. Como en todo sistema del mismo orden, ambas se movían simultáneamente, de modo que el movimiento de cada una era envolvente respecto de la compañera, y las dos giraban en torno del baricentro. Al mismo tiempo, una y otra tenían un movimiento axial o de rotación sobre sus respectivos ejes. Este, precisamente, es de la mayor importancia para la explicación que nos preocupa.

A partir del momento en que la esfera gaseosa, inmensa y oscura, que más tarde se convertirá en astro incandescente por el trabajo de contracción, ha adquirido una determinada velocidad de rotación grande o pequeña, queda para siempre sometida a una propiedad físicomatemática muy importante: *a la célebre ley de las áreas.* Esta ley, en una de sus aplicaciones, dice así: "Cuando una masa esférica, en movimiento de rotación, se dilata o contrae simétricamente, la suma de las áreas descritas por el radio vector permanece rigurosamente invariable." Dicho de otra manera: El producto "masa por radio por velocidad angular" es constante. De donde resulta que al disminuir el radio de una esfera girante tiene que aumentar proporcionalmente su velocidad rotacional. Un sencillo cálculo permite determinar que cuando la estrella compañera del Sol se contrajo, hasta adquirir el tamaño de la Tierra o algo inferior, tuvo que girar a la espantosa velocidad de 47.000 kilómetros por segundo en el Ecuador. Si nuestra Tierra girase a esa velocidad, daríamos más de una vuelta completa cada segundo. Al instante se ve que a esta marcha algo grave tenía que suceder.

Desde niños sabemos cuán grande es la fuerza centrífuga desarrollada por un cuerpo que gira rápidamente. Al voltear en el aire la pelota sujeta a la mano por una tira de goma, veíamos con regocijo y asombro cómo se distanciaba más y más de nosotros a medida que la obligábamos a girar con mayor velocidad, ya angular, ya lineal. En ocasiones, el poder elástico de la goma llegaba a

su límite máximo, y en seguida la pelota salía disparada por la tangente, tal vez contra el cristal de una ventana o escaparate. Una corta fórmula permite determinar con la exactitud deseable el valor cuantitativo de dicha fuerza centrífuga: es igual al producto de la masa por el cuadrado de su velocidad, dividido por la magnitud del radio. Si aplicamos esta ley a la estrella que nos ocupa, y no perdemos de vista el principio de las áreas ya citado, nos daremos cuenta de la cantidad ultrafantástica de fuerza centrífuga que hubo de producir cuando el valor de su radio fué aproximándose al de la Tierra. Evidentemente, llegaría a ser muchas veces mayor que la misma fuerza de gravitación.

En tal situación las cosas, falta poco para que la suma de fuerzas endoastrales—gravitación, adherencia, cohesión—sean vencidas, aplastadas por la inconcebible tensión que pugna por proyectar excéntricamente las capas superiores a la inmensidad del espacio. La suerte del astro está echada. Una gran catástrofe está encima.

Podemos hacernos una idea pálida de ella si aplicamos a la descripción del caso que nos ocupa los fenómenos calculados a base de la observación de algunas estrellas supernovas, aparecidas de tarde en tarde allá en las profundidades de la Galaxia y también en algunas nebulosas espirales remotas.

El fenómeno que se tiene que producir con inexorable fatalidad—dado que la primera causa no introduzca modificación alguna en el cuadro de las leyes naturales—es una explosión ultracolosal, que arroja a los cielos, convertida en gas, polvo y fragmentos moleculares, buena parte de la estrella. Sordo estallido de Apocalipsis ha debido conmover las espacios de nuestro sistema local, proyectando sobre ellos sumas ingentes de ondas radioeléctricas, luz, calor, rayos X, rayos beta, rayos cósmicos primarios. Sobre un radio superior a los 10.000 millones de kilómetros, los cielos se han encendido con claridad vivísima, fulgurante. Desde cualquiera de las constelaciones visibles habría podido intuirse un fenómeno que también desde la Tierra—por rara fortuna—han podido percibir muy contados hombres a través de gigantes telescopios: cómo desde el centro de la explosión. en un radio de miles de millones de kilómetros, se van iluminando sucesivamente a paso lento—al parecer, claro está, debido a la gran distancia—regiones del espacio pobladas al fondo por nubes de gases y polvo oscuro. En este caso, lo que se ve no es la fuga de los gases expulsados violentamente por la estrella—estos gases no pueden alejarse tanto—, sino la misma marcha de los rayos luminosos, el viajar de la luz misma, con su espantable velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. Espectáculo cósmico

sublime, casi divino, de corta duración. Inefablemente sobrecogedor. Comparado con él, el trágico resplandor y potencia diabólica de todas las bombas termonucleares que pueda producir el hombre no es más que la raíz enésima de la luz que da una luciérnaga comparada con el resplandor del Sol. A estas gigantescas explosiones llaman los astrónomos supernovas. Son, desde luego, muy poco frecuentes. Calcúlase que, dentro de nuestra Galaxia, se da un caso, por término medio, cada trescientos o cuatrocientos años. De todos modos, puesto que cada nebulosa espiral debe contener aproximadamente unos 100.000 millones de estrellas, en el espacio de cinco mil millones de años que lleva existiendo la Galaxia se han producido ya más de 12 millones de supernovas.

El número total de Galaxias, ya espirales, ya elípticas, existentes en el Universo físico, es, según estimación de Eddington, del orden de los 100.000 millones. Ahora bien: si a las nebulosas espirales en general se les debe asignar la edad de la nuestra—cinco o seis mil millones de años—, entonces debe atribuirse a las nebulosas elípticas por lo menos la misma edad, ya que, según resulta de estudios recentísimos, éstas representan una etapa bastante avanzada de la evolución de las espirales. Por consiguiente, colocando el momento CERO del Universo—es decir, el instante en que principia de súbito el orden cósmico—a la distancia cronológica de unos seis o siete mil millones de años, han debido producirse a través de ese tiempo, en el conjunto del Universo, más de un trillón de explosiones estelares o supernovas. Siendo así, encontraría explicación un hecho sumamente extraño: En la fotosfera y atmósfera de las estrellas, en las oscuras nubes intragalácticas, que impiden la clara y completa visión de la Vía Láctea y de las demás nebulosas espirales, y también en los espacios intergalácticos, el análisis espectral descubre la existencia de un pequeño porcentaje de elementos pesados: titanio, cromo, hierro, níquel, proporción muy inferior al 1 por 10. Si, como se explicó más arriba, la temperatura de las estrellas de tipo solar no es apta para producir elementos pesados, debe pensarse que tales cuerpos proceden de las estrellas supernovas, que han dispersado en forma de gas y polvo gran parte de sus masas por los espacios cósmicos, de donde las estrellas normales han podido tomarlos por atracción, quedando el resto ampliamente diseminado o asociado en nubes irregulares.

La presencia de elementos pesados en la nube cósmica, en las nebulosas espirales y en las amorfas, en las atmósferas estelares y, especialmente, en los planetas satélites y aerolitos, no tiene por

ahora razonable explicación fuera de la hipótesis de las estrellas explosivas por exceso de masa.

Dada la ingente cantidad de materia del astro que fué compañero del Sol y la potencia de la explosión, es lógico pensar que el volumen de polvo y gas expulsados al estallar transportaban material suficiente para construir miles de planetas como el nuestro. Pero gran parte de ella hubo de perderse en los espacios interestelares distantes del campo gravitatorio solar. Otra parte, la menor, casi insignificante, quedó aprisionada por éste entre sus potentes, aunque invisibles, tentáculos de atracción. Y, llegados a este punto, es relativamente fácil suponer las escenas finales de este grandioso drama astronómico. Después de transcurrir el tiempo necesario, los gases expulsados por la estrella, y que han quedado capturados por el campo gravitacional del Sol, han debido de formar una especie de atmósfera densa en torno de éstè. Es decir, se ha formado una esfera gaseosa globular, en cuyo centro se encontraba el Sol, y girando con él según el mismo sentido. En virtud de tal movimiento, se transforma en un disco casi plano y circular.

Los procesos restantes, hasta la formación de los planetas y satélites como unidades individuales, han podido suceder con arreglo a los supuestos fundamentales del mecanismo imaginado por Laplace previas algunas modificaciones, aunque Hoyle no se declara partidario de pareja teoría.

Eliseo Ortega Rodrigo.
Catedrático del Instituto de Enseñanza Media.
CÁCERES (España).



DEL DIARIO DE UN JOVEN LITERATO

POR

JOSE M.ª VALVERDE

(Es difícil librarse de la tentación de salvar algunas hojas del montón de papeles tirados al cesto; así, con poca molestia para todos, se tranquiliza uno de la vanidosa inquietud de haber podido privar al mundo de algo estimable.)

(Junio 1950.)

¿Cuántos libros puede leer un hombre en su vida? Ayer tarde nos lo preguntábamos L. R. y yo. Hicimos el cálculo: no más de cuatro mil. ¿Y qué son cuatro mil libros para estar, por ejemplo, al tanto de la literatura mundial y poder escribir una recensión? Una verdadera porquería, sobre todo si se descuentan los libros infantiles y demás: el Ulysses, *de Joyce, o* Guerra y paz, *de Tolstoi, consumen seis u ocho turnos de libro normal. ¿Y si se trata de leer un libro alemán? Conclusión: que vivimos en la hipocresía usando ese estilo de "como ustedes saben", suponiendo que todo el mundo con quien hablamos* a tout lu.

(Octubre 1950.)

Apuntes para el concepto hispano de la personalidad.—*El tranvía iba rebosante, tanto que el guardia urbano nos paró para hacer desalojar los estribos, conforme a las ordenanzas. Hubo protestas, remoloneos, pero el guardia insistía, firme, a pesar de su aspecto pacato y sus tristes gafas cóncavas que le daban un aire de burócrata, incongruente con el "salakof" blanco de cazador de leones. Por fin se obedeció, y el tranvía pudo seguir. Entonces, un "botones" que, expulsado del estribo, se había incrustrado en la plataforma, gritó: "¡Ole ahí! ¡Así me gustan a mí los guardias:* con personalidad!

(Octubre 1951.)

Psychologie de l'art, *de André Malraux. Con estas ilustraciones, ya podrá.*

(Noviembre 1951.)

(Apunte de clase.) Calderón. El otro día, al terminar la lección, dejé lanzada la especie, pero sin saber exactamente la cronología. Controlo y, en efecto, La vida es sueño *es dos años anterior al* Discours de la Mèthode. *Antes que Cartesio, al lado de la estufa, Segismundo plantea el "problema crítico" por antonomasia de la Filosofía. Pero en el último acto ya da la solución, que sólo quedará bien expresada por Kant en la* "Crítica de la razón práctica"*; la salvación por la conducta, la renuncia al desacreditado conocimiento para asirse al imperativo categórico: el "firmamento estrellado".*

Obrar bien es lo que importa
por si llega el despertar.

(Idem.)

(Entre paréntesis. Mientras que Segismundo afirma que el bien no se pierde ni aun hecho en sueños, la casuística jesuítica nos tranquila: en sueños no pecamos, porque no tenemos "advertencia plena", ni "consentimiento pleno".)

(Idem.)

Entonces Calderón puede ser considerado lo mismo como el resumen final de un largo proceso de literatura ortodoxa, "medievo-más-Siglo-de-Oro (o, visto desde fuera, "Dark Ages"), que, como profeta de toda la primera parte de la "modernidad", de la aventura del llamado pensamiento libre.

(Idem.)

Algo análogo tuve que decir el otro día hablando de Velázquez; por una parte, el mejor de los pintores italianos—la frase es de Ridruejo—, y, por otra, el primero—y, por supuesto, el mejor—de los pintores impresionistas. Ante esta doble perspectiva, conviene un poco de modestia, entre otras cosas, para que los extranjeros no se sientan ofendidos. Lo que uno quiere decir no es que Velázquez o Calderón sean "mejores" que todos los demás, sino, simplemente, que las categorías históricas sirven para muy poco en el estudio de la cultura española, aun suponiendo que sirvan para algo ante pintores y poetas de otros países.

(Días después.)

Volviendo a la casuística, he pensado, leyendo a Aranguren, que habría que empezar a hablar bien de ella sin ningún retintín. Nos da la sospecha de que no es tan fácil estar en pecado como parece, y, sobre todo, ayuda a la gran coartada, la coartada indispensable para las masas, si no hemos de perecer de horror pensando condenados a casi todos—"el ochenta por ciento", decía el otro día un joven curita amigo—. Muchos pecados se cometen, pero ¿quiénes están en condiciones de que se les endose plenamente su responsabilidad?

(Diciembre 1951.)

(Más apuntes de clase). "Cuéntase, pues, que apenas hubo partido, Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad... Conoció la duquesa su melancolía, preguntóle que de qué estaba triste." (Capítulo XLIV, p. II.)

(Navidades 1951.)

...De todas maneras, el problema no está en "el español y su complejo de inferioridad", sino en "el español y su complejo de españolidad". Ningún español, al hacer un gesto importante, deja de pensar que es español. ¿Nos lo agradecerá España? Sospecho que no siempre.

(Más sobre España.) Gracias, entre otros, a Ortega, ahora hemos aprendido a problematizar como los más pintados germanos; pero no hemos aprendidos de ellos el arte de problematizar sin quemarnos la sangre. Nuestra tarea de "metafísica nacional" nos deja sabor de bilis en la boca.

(30 enero 1952.)

En una tanda de ejercicios espirituales, especialmente destinados a las "fuerzas vivas" de una capital de provincia, se presenta un señor oscuro que advierte: "Yo vengo a hacer los ejercicios en representación del señor gobernador."

(Idem.)

Cualquier tiempo pasado.—*Mi amigo, el joven erudito, me suministra la preciosa información: "En tiempo de Sagasta, por esca-*

sez de credenciales con que recompensar una victoria electoral, se llegó a echar mano de las plazas de amas de crías de hospitales municipales. Barbudos ex cesantes ponían su firma en la nómina a primeros de mes, eclipsándose luego para eludir la comprobación de su incapacidad láctea. También había los "barrenderos de levita", pero esto asusta menos.

(20 marzo 1952.)

Una mano alevosa me envía anónimo este soneto, que, antes que se me pierda, copio en las guardas de mi reciente libro de crítica, más o menos estilista:

AN DEN JUNGEN SPANISCHEN LITERATURWISSENSCHAFTLERN

"No pase quien no sepa geometría
analítica y cálculo integral."
Así reza un letrero en el umbral
de la nueva y más sabia poësía.

No escribas sin saber la teoría
de la imagen inversa y suprarreal,
y canta bajo un régimen verbal
que albergue el logaritmo en su armonía.

Después de tu suspiro, con paciencia
analiza las comas, clasifica
los glóbulos exactos de tu anemia.

Haz autopsia al estilo con la ciencia
a cuya fina luz todo se explica:
un día yacerás en la Academia.

(27 marzo 1952.)

Con la primavera, recuerdo todos los años aquella lección de filosofía del ocio que me deparó el azar: En una mañana estupenda de abril, dos soldados ganduleaban frente al estanque del Retiro, contemplando el bello mundo desde un banco de piedra. Al pasar a su lado, oí que uno estaba diciendo: "... Es que no tienen ideas prácticas sobre lo que es el reposo." *¡La praxis del* far niente! *¡La filosofía práctica de la inactividad! ¡Qué maravilla!*

(4 de mayo 1952.)

Leopoldo Panero ha sido el primero en España que ha tomado debidamente en cuenta el ejemplo de los grandes poemas narrati-

vos ingleses del período románticovictoriano. Así se puede ver en los fragmentos publicados de La estancia vacía. *En España, y, por qué no decirlo, en todo el "continente"; ni los poemas de Eliot, con su hábil yuxtaposición de chatarra poética; ni las* Duineser Elegien, *de Rilke, tienen esa síntesis de narrativo y lírico, de argumento e interioridad, que caracteriza ese tipo de poema largo byroniano o wordsworthiano. (Lo más parecido en Francia, en la línea claudeliana, que podría ser la* Sodome, *de Pierre Emmanuel, tampoco admite tanta tensión de subjetividad personal.) El esfuerzo de Espronceda, con su* Estudiante de Salamanca *y su* Diablo mundo, *está olvidado. Unamuno conoció ese mundo poético inglés; pero la forma del poema largo fué la que menos se le pegó, como se ve en* El Cristo de Velázquez, *totalmente especulativo, exento de acción y de transcurso argumental. Y, sin embargo, él había llamado la atención, en* Abel Sánchez, *sobre el espléndido* Caín, *de Byron. Siempre recuerdo el pasaje en que la mujer de Caín pide al demonio que deje en paz a su marido, ofreciéndole en recompensa su compasión (la recompensa que más rabia podía dar al diablo):*

Thou seemst unhappy: do not make us so,
and I will weep for thee.

(Roma, mayo 1952.)

Viene G. de Florencia y cuenta: La condesa R. le hablaba del general americano C., que le había salvado la villa, instalando en ella su cuartel general. Sí; Mussolini muy bien, si no hubiera sido por la tontería de meterse en la guerra. El día que se declaró, la tristeza era visible por las calles. Alguien decía, expresando el sentir general: "Qui, se non si fa presto a perdere, succede una catastrofe!" *("Aquí, si no nos damos prisa en perder, va a ocurrir una catástrofe".)*

(Mayo, 1952.)

Los V. me prestan el long-playing *de la* Misa, *de Strawinsky. Es un caso curioso de obra moderna revolucionaria, capaz no ya de* epatar *al burgués, sino de engañarle haciéndose pasar por clásica. La procesión va por dentro, encapuchada en arcaísmo. Como en el* Edipus Rex, *Strawinsky aquí persigue la sensación de una antigüedad casi bárbara, en este caso medieval. Tiene un doble quinteto de viento, que finge un rudimentario órgano de mano, y un redu-*

cido coro de hombres y niños. Es perfectamente práctica; dura apenas veinte minutos, y, para el oído inexperto, parecería hasta gregoriana. Se compuso espontáneamente, sin mediar ningún encargo. La primera gran música litúrgica que nuestra época ofrece a la Iglesia puede pasar casi inadvertida en su novedad. Federico Sopeña la podría hacer cantar en su misa del Buen Suceso sin ahuyentar a ninguna beata.

(Día siguiente.)

Evidentemente, esto de lo "moderno", como término de polémica y reprobación, parece que está perdiendo posibilidades de uso, aparte de su falta natural de sentido. En España, "poesía moderna" es la de 1925, y "poesía modernista", si se ha de precisar, la de 1900. Alguna cólera antimodernista, por ejemplo, he suscitado yo con mis discos de "King" Louis Armstrong, que, al menos los mejores, datan de la vieja jazz-age, de los años "veintes". Pero, al mismo tiempo, estaba pareciendo reaccionario a otros, por ese entusiasmo y porque el be-bop y el cool-jazz más recientes me dejan, literalmente, frío.

(Idem.)

El elogio de "King" Armstrong, de su trompeta y de su laringe aguardentosa, se podrá escribir dentro de cincuenta o cien años, obteniendo por ello honores académicos. Entonces, los filólogos de la música hablarán de él como de un "pionero", de un fundador de nuevos mundos. (Ya las casas de discos empiezan a hacer, como del Mío Cid, ediciones paleográficas y ediciones críticas de Lonesome Blues, de Sweet Little Papa y de Sunset Cafe Stomp.) Hoy por hoy, ¿cómo atrevernos a decir, sin haber ganado todavía unas oposiciones, que la hot music de la época de Armstrong es una de las muy pocas de este siglo que se pueden oír por gusto simplemente, y de todas ellas, quizá, la única con un porvenir de multitudes y nuevas creaciones? Porque ¿qué "clásico contemporáneo" hay cuya música nazca de la voz, de la canción—canción del pecho y los labios, es decir, de lo mismo que sustentaba a los "otros" clásicos?

(20 mayo 1952.)

Retórica de la Metafísica: "Im Leben der Hirten gibt es nichts Kleines, nichts Grosses. Es ist alles ungeheure Einheit des einen

Seins. Das Geringste ist vielleicht das Allerwichtigste", Heinrich Lhotzky. "En la vida de los pastores no hay nada pequeño, nada grande. Todo es gigantesca unidad del ser único. Lo más pequeño es quizá lo más importante de todo." Así, nada menos, sobre una tierna fotografía de ovejas y prados, reza el lema para la primera quincena de mayo del calendario vienés que tenemos rodando por una estantería. No sé quién será "Herr" Heinrich Lhotzky; algún teósofo, quizá. El mes pasado había una frase de la madre de Goethe, de rimbombancia no menor. Son conceptos bien gordos, pero sólo para pasar el rato—de calendario—; en vez de chascarrillos baturros, filosofismo idealista. Se pueden sacar las consecuencias que se quieran. Carlos Martínez Rivas resumía así la psicología de C. G. Jung: "En definitiva, resulta que todos los introvertidos, en el fondo, lo que pasa es que son extrovertidos; y todos los extrovertidos, si bien se mira, acaban resultando introvertidos exagerados."

(Al día siguiente.)

En el fondo, puestos a hacer exégesis spengleriana, no nos costaría demostrar que todo esto le pasa al alemán por tener mayúsculas en todos los sustantivos. Carlyle las adoptó en su inglés, pero en la salsa de su humour*; ahí está la caricatura de "Herr" Teufelsdroeck, el de* Sartor Resartus.

(Idem.)

Por qué Menéndez Pelayo podía admirar a Hegel y pitorrearse de él a la vez, se explica, aparte de porque era mucho más fino de lo que creen sus admiradores, porque, en el fondo, parece que se las arregló para no leerle en alemán. (A Kant lo leyó casi todo en latín.)

(Idem.)

Pero, volviendo a Goethe, pienso en el cementerio no-católico de Roma, al pie de la pirámide de Cayo Cestio, donde, no lejos de la tumba de Shelley, hay otra, monumental, con esta inscripción: "Goethe filius." ¡El hijo de Goethe! ¡El "hijo-de-padre-demasiado-conocido"! ¡Cruel anonimato de antropofagia saturnina!

(Julio, 1953.)

Cuando hay quien se queja de frialdad en la poesía italiana, se debe pensar en la herencia de la poesía latina, la más afectada, artificial y camarillera de toda la historia del mundo. Ya, para empezar, basta con el hipérbaton, monstruosa estupidez. Pensemos que Horacio u Ovidio se levantasen en una reunión con unas tablillas en la mano, y dijesen: "Les voy a leer un poemita que hice el otro día", y soltasen unos exámetros y pentámetros.

Naturalmente, nadie entendería una palabra, en medio del taa, ta, ta; taa, ta, ta; taa, ta, ta, del ritmo, y con las palabras por aquí y por allá. Claro que, para quienes lo podían oír, todo daría lo mismo: un Mecenas que les tuviera como pájaros raros, o unos cortesanos adormilados de bien comidos. Sólo en una civilización despótica, donde cuatro privilegiados viven a latigazos sobre las espaldas de cuatro millones de esclavos, puede haber una poesía en que los adjetivos vayan a tres metros de sus respectivos sustantivos.

(Noviembre, 1953.)

Ahora que enseño literatura, encontrando en ello más placer del que hubiera sospechado, me pregunto todos los días: ¿Cómo es posible que, por poco sueldo, se dedique tanta gente a ser profesores de algo que no les interesa absolutamente nada? ¿Qué misteriosa razón ha apartado a tantos hombres de ser peritos mercantiles o abogados para vivir mediocremente a la sombra de las palabras escritas por otros, si no les importa nada de lo que nadie pueda escribir?

(Idem.)

Habría que ir preguntando a todos: ¿A usted realmente le interesa lo que en cualquier momento puede alumbrarnos una pluma sobre una cuartilla? ¿Por qué le interesa, por la posible recensión o porque le ilumina más la vida? Al que contestase simplemente: "Hombre, no sé; porque me divierte", podríamos proponerle sin más para una cátedra universitaria.

José M.ª Valverde.
Vía Nicola Fabrizi, 1.
ROMA.

EL ARTE ITALIANO Y LA NUEVA CULTURA

POR

EUGENIO BATTISTI

Como en todos los países europeos, las nuevas tendencias artísticas han provocado también en Italia una intensa revisión del pasado, que ha reflejado aspectos muy dramáticos y evidentes, sobre todo en las artes figurativas. Una muestra arquitectónica, un monumento e incluso una pintura expuesta en una gran galería de arte se imponen al observador con una violencia mucho mayor que la de un libro, el cual debe ser leído, o de una obra musical, que ha de ser escuchada atentamente. La obra de arte figurativa puede ser evitada con dificultad, y exige el diálogo. El aspecto de nuestros monumentos después de su restauración y de las nuevas galerías de arte ha cambiado en sustancia; nuevos cuadros y nuevos artistas se han hecho populares, y maravilla la rapidez de esta transformación del gusto. Debe decirse también que muchos de sus puntos extremos han sido aceptados en gran parte por el público menos preparado, por ejemplo, en la arquitectura.

Esta aportación tan inmediata a la historia del arte y al gusto actual se debe ciertamente al empeño verdaderamente combativo de destacados estudiosos tanto de lo antiguo como de lo moderno y a una cultura filosófica riquísima de contenido. Este mérito se debe casi por completo al mayor maestro de la primera mitad de nuestro siglo, Benedetto Croce.

Todavía se siente en Italia la necesidad de adecuar al nuevo gusto, tan difuso, la teoría estética. Entre la historia del arte y la estética pura, aunque esta situación se silencie, existen relaciones estrechísimas. El filósofo que en virtud del ámbito riguroso de su sistema quiera individualizar las constantes y particulares características que diferencian el arte de otras actividades humanas, ha de basarse indudablemente en una experiencia artística. Es cierto que en la historia de la estética se continúan ignorando los supuestos del gusto al ejemplo de las teorías de Hegel o de Schiller, los cuales se ligaron íntimamente en su tiempo a un específico ambiente cultural y artístico. Se ha cometido un error análogo a propósito de la filosofía italiana del Renacimiento, en la que se ha querido prescindir de teóricos del arte como Alberti, mientras que el arte en aque-

lla época particularmente reveladora se adentra en problemas metafísicos y morales. Las relaciones entre la teoría del arte y el gusto son siempre estrechas, aunque con frecuencia puedan parecer imposibles e irreales.

Diremos también que la crítica (como expresión literaria de un gusto) y la estética (como sistema teórico trascendente a la experiencia de cada uno de los acontecimientos artísticos) están ligadas íntimamente. Pero si la una opta parcialmente entre los hechos contingentes, la otra se aleja de la vida concreta de las formas para acogerse a hechos eternos y esenciales. En resumen, se trata de dos extremos de un mismo interés "artístico", que los antiguos consideraban casi un instinto inalienable del hombre. Ambos se corresponden al dúplice atañimiento de la personalidad humana respecto del mundo exterior: la aceptación con todos sus peligros y riesgos o el repudio con vistas a una meditación puramente interior. Pero como ninguna accede completamente a aislarse, así también no existe teórico del arte que renuncie a un mínimo de agresividad y de polémica. Y con esto está ligado a su tiempo. Por lo demás, ningún crítico renunciaría a la posibilidad de que un día su "razón" pueda transformarse en pura teoría.

Pero ¿dónde puede encontrarse el teórico del arte conforme a sus meditaciones ideales? Dos son las exigencias programáticas de toda estética: que sus definiciones valgan para todas las formas artísticas, tanto para la música como para la poesía, para la arquitectura como para el teatro, y en segundo lugar que tengan validez para toda la Historia, tanto para el presente como para el pasado. Así podrán (o deberán) aplicarse también a formas todavía desconocidas: tanto mejor. Pero no hay duda que no podrán negarse a afrontar cualquier problema que la Historia les presente.

El problema es hoy más grave que el de la mera visión histórica. Cuando se leen las historias de la historiografía, y sobre todo se estudia nuestra cultura actual, se advierte entonces en qué gran medida nuestro siglo se ha desprendido del mundo precedente. En el ochocientos se abatió sobre Europa una violenta crisis, que ha acabado con todo optimismo de poder legislar para la eternidad. Se ha acordado que estamos cerrados en nuestro cerco de verdad como en una cáscara impermeable, y estamos alejados de toda ondulación que se produzca. Pero si miramos atrás nos horrorizamos ante el espectáculo de millones de "verdades" subvertidas e inmersas en un mar negro, borrascoso, del que nadie se salva. Sólo ciertos cuadros del Bosco, con los ejércitos de muertos que avanzan en filas cerradas, rinden este terror. Nos encontramos ante una

doble barrera, rosa por el lado exterior, y durante nuestra misma vida vemos que todos nuestros bienes no nos son devueltos y que nuestro cuerpo, bien lo sabemos, sucumbirá. Asentados sobre esta ribera, hemos de construir nuestro presente con ambigüedad; debemos decidir nuestra existencia, dar a nuestro "momento" el peso ideal de la eternidad, fecundándolo de futuro. Las destrucciones de la última guerra han impreso a esta imagen el crisma de la realidad. Vivimos las más de las veces literalmente entre ruinas, y las cosas que nos rodean han perdido gran parte de su concreción. Pero en verdad, ¿es propio que sólo nosotros tengamos conciencia de esta tragedia perenne? ¿No se ve quizá al íncubo en Miguel Angel, en Velázquez, en Goya?

Los antiguos poseían una relación idílica con su pasado, y no lo podían legar de no haberlo concretado. Por nuestra parte, nosotros, con la bibliografía, los archivos, la exploración sistemática de campos enteros, con grandes bibliotecas especializadas, hemos materializado realmente ante nosotros un espectro contra el cual hemos de combatir valerosamente. Esta lucha está presente también en las obras de los artistas en su retorno, en pocas décadas, al arte antiguo, a los prerrafaelistas, a los primitivos, al arte negro, a las pinturas de la caverna. El temor de la trascendencia, que el iluminismo enmascaraba en su sueño de poderse adecuar, en virtud de la armonía, a las leyes estructurales del universo, se ha transferido a la Historia. En el pasado ya no encontramos motivos ideales de continuidad y de inspiración, pero en él verificamos como en un espejo nuestras ideas, nuestra vida y nuestra presencia. Para nosotros lo eterno es depositario de la verdad, el oráculo completo de la divinidad. Es como las brujas de Macbeth, que inquietan y signan nuestro destino.

En realidad, la Humanidad posee hoy con el historicismo una nueva dimensión: la dimensión del tiempo. Además de un mundo regulado por leyes siempre mejor conocidas y de una sociedad regida por otras leyes jurídicas más perfeccionadas, el hombre tiene ante sí el espectáculo de una inmensa vía láctea de acontecimientos, en la que no acierta a reconocer organicidad alguna. Es ésta la razón del íncubo del pasado. Irracional e imprevisible, parece cernerse sobre un futuro, por otra parte, implacable y amenazador. La lectura de las novelas históricas ochocentistas demuestra hasta la evidencia que las "aventuras mentales" según la época en la que Berta hilaba, se diferencian crudamente de la realidad implacable de los archivos. Ellas no carecen de variedad o de eficacia, sino de imprevisto. La diferencia de una vuelta al mundo en poltrona y el

viaje en carroza está en que las fantasías cerebrales resultan siempre estériles y obvias de cara a la realidad. Para fortalecer, el hombre ha de combatir contra adversarios de carne y hueso y no contra molinos de viento. Lo imprevisto está en el mundo real, de todos los días, en el que todo amanecer y todo crepúsculo mueren y resucitan verdaderamente. Sólo lo imprevisto, hiriente y agresivo, trunca violentamente el sueño que, en suma, hace a los adultos. Y también el pasado que busca afrontarlo en campo abierto, de adecuarse también a la dimensión temporal, como nuestros abuelos, y con coraje se han adecuado al nuevo conocimiento del espacio.

Si retornamos a la estética vemos que también en ella el problema de la Historia puede ser razón de renovación y de crisis. En poquísimos decenios no sólo se han reincorporado siglos enteros de arte, sino que el gusto ha madurado lo suficiente para amar obras lejanísimas de la cultura antigua y muy diferentes de las de la actualidad. Una escultura mejicana o una pintura china se colocan hoy a nivel de una exquisita *madonna* de Rafael; los primitivos catalanes son considerados dignos de aquellas obras maestras de las cuales sólo se conservan copias de los perdidos originales griegos. Los vaciadores y los copistas permiten poseer no ya un museo "imaginario", sino uno real compuesto por inmejorables obras maestras. Y sobre todo, nuestro conocimiento científico es del todo diverso al del pasado. De este conocimiento ha de servirse suficientemente la estética para sus formulaciones teóricas, y la definición de arte propuesta por ella habrá de dar así la razón de tanta hermosura diversa y explicar el porqué de su nacimiento.

* * *

Son infinitas las sugerencias que pueden recabarse de la nueva cultura. Pero el lector me perdonará si me limito al examen de la historia del arte italiano. Esta historia ha sido cultivada admirablemente por estudiosos extranjeros, que la han fecundado con sus ideas y sus métodos; algunos de ellos, como Berenson, han hecho ciertamente de Italia su segunda patria. El arte italiano se constituyó en norma del gusto artístico durante varios siglos, y todavía hoy goza de extraordinario prestigio. Se piensa en ello como en un resultado mágico y extraordinario, como en la espontánea creación de un pueblo particularmente dotado de sensibilidad artística, así como el golfo de Nápoles es bañado por el sol. La realidad "histórica" es bastante diversa y más sugestiva. Ella demuestra, en primer lugar, que el arte no es una flor silvestre.

A cierta distancia, la evolución de la pintura italiana puede parecer coherente y sencilla. Instintivamente se tiene la tendencia de reagrupar y disponer en una sucesión cronológica ideal corrientes estilísticas que realmente son contemporáneas y contrastadas, e igualmente a absorber dentro de la visión general a elementos exóticos. El estudioso italiano de hoy es bastante menos propenso a hablar de unidad estilística, y prefiere acentuar los aspectos discordantes. Su panorama es así extremadamente complejo (tal vez uno de los más complejos de toda civilización) y dramático.

Es interesantísimo observar cómo el arte italiano se ha creado con fatigas y en límites históricos bastante determinados; con una vigorosa revolución formal, que debe a la tradición bizantina una inesperada tangibilidad, una corporeidad monumental y material tan imponente que Berenson la identifica con el propio principio estético. El Giotto, artífice principal de esta revolución pictórica, se aparece a los sucesores inmediatos como un héroe; hoy apreciamos la realidad de esta definición, y no sólo lo relacionamos con las búsquedas elementales análogas de Arnolfo o con similares inclinaciones de Dante, sino que encontramos en su fuerza una expresión paralela a la constitución de las comunidades, dando fuerza al movimiento religioso más importante de su tiempo: el franciscanismo. Si se leen con atención sus fuentes primitivas, el franciscanismo opera en sí mismo una improvisada transformación del misticismo humanitario de Francisco de Asís a la decidida actividad social de Frate Elia, quien se rebela en parte e interpreta la teoría del fundador para realizarla concretamente. Como San Francisco se transforma rápidamente en una figura casi mística, así el Giotto se convierte en el símbolo del arte nuevo por mérito especial de la historiografía florentina. El nacimiento del arte italiano se ve claramente en la evolución de la Iglesia superior de Asís, donde el Giotto compara por primera vez y más tarde triunfa con una extrema voluntad de potencia: del mismo modo como se produce en el franciscanismo por obra de Frate Elia. Los artistas, siguiendo las huellas de los santos, se empadronan en la vida concreta y terrena, y de este encuentro felicísimo de cultura nace uno de los elementos fundamentales de la tradición italiana. Y es ciertamente una fortuna conocer tan concretamente sus orígenes.

Florencia continúa programáticamente el nuevo estilo. Los antiguos cronistas afirmaron que se produjo una sucesión, y en la actualidad poseemos pruebas decisivas. Masaccio estudió, no cabe duda, al Giotto, y Miguel Angel estudió con detenimiento a Masaccio.

A la tradición monumental se la acompañó de una tradición técnica, que fué el fresco.

Durante siglos, a Florencia se la identificó con toda Italia. Pero Florencia fué sólo un gran centro artístico. Otros muchos, casi innumerables, existieron también. El Giotto trabajó en la Italia septentrional, donde dejó rastros muy diversos y donde su arte fué interpretado en sentido sobre todo colorístico. Pero en Asís mismo un encantador discípulo del Giotto, quizá Stefano, mientras ampliaba las proporciones de la composición hasta resultados casi renacentistas, daba al color del fresco una dulzura y delicadeza inimaginables. Y contemporáneamente, en Siena florecía una tradición gótica de carácter cortesano, dedicada a la pesquisa apasionada de ritmos y de elegancias formales, mientras Venecia, atenida a la tradición bizantina, daba al color una intensidad de esmalte.

Es cierto que el Renacimiento, de hecho toscano, se convierte en breve en una realidad italiana y europea. Pero en ello toman parte las tendencias más contradictorias. En la misma Florencia existen directrices independientes que tienden a destruir la solidez tradicional de la visión perspectivista: el último Filippo Lippi, Pollaiolo, Botticelli, Piero di Cosimo, Leonardo Stesso; todo el ambiente, en fin, de Lorenzo de Médicis, pesimista y reflexivo, nostálgico e inquieto. E Italia entera presenta en el *quattrocento* una imagen casi caótica. Mientras los artistas se disgregan, introduciendo los elementos más impensados en las tradiciones ciudadanas (los florentinos trabajan en Venecia, los septentrionales en Florencia y en Roma), el influjo de la civilización artística septentrional es intensísimo. Piero della Francesca, partiendo de Domenico Veneziano, un gótico septentrional, y Fra Angélico, con quien colaboró en las pinturas de Cortona, conoce detenidamente a Van Eyck y su luz diurna; las obras "crepusculares" eran buscadas y amadas en Toscana y Venecia. Nápoles era un feudo francoflamenco. Sicilia era artísticamente española. Uno de los más grandes artistas de las postrimerías del siglo, Antonello da Mesina, tuvo que educarse en Flandes o con algún pintor venido de aquellas latitudes. Y muy pronto se hace sentir fortísimamente el influjo del arte germano no sólo en Venecia, donde vivió Durero e incluso otros extranjeros y donde nace un pintor profundamente ultramontano como Jacobo de Barbari, sino también en Florencia, donde en la escuela de Ghirlandaio, de la que saldría Miguel Angel, se estudian las flores y las lucernas de Hugo van der Goes y los paisajes nórdicos. Incluso en las primeras obras de Rafael se encuentran recuerdos flamencos y septentrionales.

El fruto del Renacimiento es nada comparado con cuanto se produce en el medievo, cuando con la ayuda del latín las ideas penetraban más fácilmente y a lo largo de los caminos de peregrinación los artistas viajaban bastante más que en los tiempos modernos. En Italia había penetrado la arquitectura extranjera no sólo en las zonas fronterizas, sino también hasta las regiones más centrales. La actividad arquitectónica de los cluniacenses y de los cistercienses fué muy grande, y casi por todas partes se encuentran rastros de su labor (que beneficiaba zonas enteras incultas y desérticas), y los vestigios de la arquitectura francesa son igualmente grandes. Pero existían otras colonias militares propias y ajenas por obra del Imperio, en guerra perenne contra el Papado y contra las Comunidades religiosas. En el Lazio, por ejemplo, un abate de Magonza hizo construir en Montefiascone una iglesia de dos plantas del estilo renano apuntado en las "Saintes Chapelles". En la Italia meridional, la influencia árabe, fortísima, y los normandos determinaron un admirable florecimiento de la arquitectura religiosa, con obras espectaculares. Cada ciudad estaba en lucha con la vecina y tenía a gala el crear un gran desarrollo urbanístico; cuando cesaba el trabajo los artistas emigraban hacia tierras más pobres, y de este modo arquitectos y decoradores lombardos, sobre todo emilianos, emigraron al Sur, a las Puglias, donde construyeron basílicas similares, por ejemplo, el Duomo de Módena, y luego recalaron lentamente en la Italia central, difundiendo siempre, aunque más despacio, el estilo nórdico.

Y después, el Renacimiento, cuando Roma se convierte en una capital artística internacional y el Barroco nace de genios como Caravaggio, Bernini, Pietro da Cortona y Luca Giordano; si bien es cierto que a todos éstos se incorporaron de modo determinante artistas de las más diversas nacionalidades, holandeses, españoles, franceses. Como el manierismo en su fase extrema, el barroco y el rococó asumieron rápidamente una portada europea. La civilización occidental deviene en parte civilización italiana, pero la civilización italiana fué europea en igual época. Muchísimos artistas hoy ignorados trabajaron en el extranjero, asimilando así nuevas formas. También en este caso se trataba de un diálogo continuamente abierto.

Hoy, después de tantas guerras e invasiones, podemos decir que este diálogo fué la razón de la grandeza de nuestra civilización. Crisol de tendencias contradictorias e irreducibles, recorrida por los más varios ejércitos, dislacerada por las luchas intestinas, ocupada y liberada, en esta tragedia Italia encontró las razones de su

misión civil. Cuando en el ochocientos se constituía en nación soberana, su civilización se convierte con rapidez en un hecho provincial, casi insignificante. Los artistas se aplicaron a imitar servilmente a los clásicos antiguos; sólo unos pocos de ellos tuvieron el coraje de afrontar un viaje a París, entonces verdadero corazón de Europa, o sintieron la necesidad de informarse, al menos indirectamente, de cuanto allí se hacía, renunciando así a liberarse de la mediocridad artística; por ejemplo, Macchiaioli. Pero sus mejores obras disfrutaron de la felicidad de un instante y se realizaron en la exigua superficie de una tapa de cigarrera.

Pero se me dirá que en el perfil del arte italiano continúa identificable una nota común: el clasicismo. Pero necesita también un discurso bastante más largo. Clasicismo es un término tan vago que ha tenido diverso significado en todas las épocas. E incluso en sus orígenes fué de definición bastante difícil. El arte antiguo ha tenido en todas partes inflexiones regionales, algunas de las cuales se asemejan sorprendentemente a las obras medievales; como, por ejemplo, en Susa, en Como y Capua. En otros casi parecen precedentes directos del Renacimiento o del Barroco. La antigüedad clásica posee un venero inagotable y está interpretada también fabulosamente, absorbiendo en ella gran parte de los monumentos medievales, algunos como las basílicas paleocristianas o el Battistero de Florencia. En algunas regiones incluso existe una indudable continuidad de tradiciones, especialmente la escultórica. Pero en otros casos, los más importantes, se trata de reminiscencias programáticas, de razones culturales siempre personales y diversas. Viligelmo, en Módena; Nicola, en Pisa y en Siena, y Arnolfo, en Roma y en Florencia, imitaron las esculturas imperiales. Pero los resultados son completamente diversos y casi opuestos. Y en pintura, ¿qué precedente podía dar el arte antiguo, en la actualidad casi perdido del todo? E incluso en el caso en que el clasicismo conservara su imponente solemnidad, como en la arquitectura, ¿operó ésta verdaderamente de modo determinante? En Toscana y en el Lazio (como en el resto de la vasta zona meridional) el gótico presenta un aspecto formal bien distinto al norteño y al transalpino; pero ¿se debe a la inspiración clásica que varía o a la continuidad de un gusto románico y medieval? Las proporciones antiguas se transmitieron también por costumbre; todo edificio nuevamente construído utilizó algo del precedente, hasta incluso las inscripciones, como en el Battistero florentino. Pero basta un confronto, por ejemplo, con las basílicas medievales de Roma, donde ciertamente se efectuó una instintiva continuidad con la edad paleocristiana y las cons-

trucciones románicas de las otras regiones... para convencerse que allí donde exista una influencia clasicista ésta es voluntaria y programática.

Florencia se afirma heredera de Roma y modifica en tal sentido su crónica medieval para alcanzar una superioridad sobre la ciudad vecina. Sobre todo el Imperio, con sus manifestaciones italianas, quiere rodearse de una cultura clasicista. Hoy sabemos bien que Nicola Pisano no resurge con el estudio de un sarcófago antiguo casualmente encontrado en Pisa, sino en la fábrica del palacio imperial de Castel del Monte. Las construcciones eclesiásticas imperiales gozan de una solemnidad áulica, que se inspira en las basílicas paleocristianas, y casi siempre en su clasicismo presentan un sentido del gusto exquisitamente "septentrional", pareciendo un viaje "romano" por regiones ideales.

Además, este clasicismo presenta innumerables versiones. Se hace copiar la basílica de Roma, y con su diseño se construye el Duomo de Orvieto; se imita al San Vitale de Ravenna, y se construye un edificio lombardo; se va de la búsqueda expresiva a la grandiosidad monumental, a la bizarría decorativa de los *grottesche*. Brunelleschi, según las fuentes del arquitecto clásico por excelencia, utiliza las estructuras góticas e inserta en vinculación con proporciones románicas un encanto armónico y espacial que derivan de la teoría musical y geométrica neoplatónica. Todo esto se confirma también en la historia de la crítica. Miguel Angel debe su fama de escultor digno de los antiguos a su habilidad de hacer imitaciones, pero era amado y respetado por la intensidad moral de las expresiones de sus héroes. Ciertamente, sus obras "clásicas" son la parte caduca de su actividad. Porque el clasicismo, apenas constituído teóricamente como doctrina concreta, se convierte en anticuario y se transforma en un peso atroz para los artistas. Rafael muere inmerso en la arqueología; los manieristas se rebelan con exasperaciones expresionistas; otros que lo idealizaban a distancia, como Mantegna, cuando lo conocen directamente luego de haberlo deseado durante años, solicitan desesperadamente de su señor que los reclame a la patria. Y se dice que Canova lloró de desesperación cuando por primera vez en Londres conoció un "original" griego. Durante toda la vida había estudiado el arte helénico a través de copias.

Por otra parte, no es cierto que el clasicismo constituya la línea principal del arte italiano. La pintura veneciana, no menos grande que la florentina, es independiente casi por completo del clasicismo. Es bastante difícil precisar la importancia del viaje a Roma de Tiziano, y el Tintoretto, cuando utilizaba las copias de las esta-

tuas antiguas, lo hacía en función de una nueva visión lumínica. En el *quatrocento*, junto a Masaccio se yergue Donatello, altísimo sobre todo en sus últimas obras de carácter expresionista. Pero incluso la última pintura (quizá) de Masaccio, la crucifixión de Santa María Novella, tras su restauración, ha adquirido un valor dramático, basado en contrastes de color ásperos y violentos, crudamente anticlásico. El arte de Tura o de Tintoretto son muestras esenciales de nuestra civilización. E incluso en obras aparentemente serenas, como en Bellini o en Giorgione, opera soterrada una fuerza conceptual del todo moderna.

No es por razones apriorísticas por las que la historia del arte italiano se ha debido constituir del modo que aquí señalamos. Se trata de una creación continua, afanosa e inquieta. La vida de las naciones, al igual que la de los individuos, se realiza solamente en la Historia, basada en una continua selección, respondiendo a complejos y a varias solicitaciones exteriores.

Razones externas han creado la posibilidad de una unidad espiritual resultante de la voluntaria cohesión de personalidades diversas. El estudio del ambiente espiritual de los principales artistas permite comprender su vicisitud interior, el peso de sus decisiones y, en suma, el drama de su existencia. Una civilización artística, como una sociedad, es un producto complejo y armónico. De cara al mundo exterior, el hombre vive creativamente, aceptando algunas limitaciones para modificar otras condiciones. Se trata siempre de un trabajo de adaptación, y cuanto más dúctil y sensible sea el individuo tanta mayor validez tendrán sus resultados. La exigencia fundamental es la sinceridad moral, la adhesión completa y definitiva a la obra, el empeño transformado también en sacrificio. La materia contra la que lucha la voluntad del creador no es inerte, sino plena de vitalidad. La tensión puede hacerse violentísima. Miguel Angel destroza airado la última de sus obras y crea su suprema obra maestra. En la creación de la obra el artista ha de combatir contra todo, contra sus mismas ideas, que amenazan con trascender la posibilidad concreta; contra la tradición, que no puede identificarse con él; contra las exigencias mismas de la forma artística, gravísimas e inalienables. En esta lucha el artista constituye no sólo su obra, sino que se crea a sí mismo. El objeto artístico, cuando nace de un estado de absoluta sinceridad, porta el carisma de una individualidad irreducible, de un "hecho" único e irrepetible. La tarea del artista consiste en afirmarse en esta creación total, y es mérito que se apuntan los artistas contemporáneos el haber redescubierto la necesidad de una sinceridad absoluta. Re-

cuerdo una frase de Maurice Denis en 1890, un año crucial para la civilización: "Se rappeler qu'un tableau avant d'être un cheval de bataille, une femme nue ou une quelconque anecdote est essentiellement une surface plane, recouverte de couleur en un certain ordre assemblées." Las consecuencias de semejantes afirmaciones son múltiples, pero dos de ellas tienen particularmente un peso decisivo: el valor artístico de toda obra procede únicamente de la personalidad del artista que la ha creado y de la correlación íntegra de la creación; en segundo lugar, la obra de arte renuncia a vivir al lado de la Humanidad, en un museo, pero quiere ser símbolo vivo de la vida misma.

Por ello ya no es posible juzgar una pintura, una escultura o una obra arquitectónica por su aspecto exterior, utilizando esquemas tomados de una u otra civilización. Toda obra maestra realiza un "esquema" personal, si está adecuada para ello, y cuando lo realiza completamente es perfecta, por lo menos dentro de los límites de la perfección humana. Y toda civilización, cualquiera que sea su grado de cultura, se ha encontrado siempre en idénticas condiciones frente a la creación artística. No se puede condenar al Barroco por defender el Renacimiento o denigrar el arte maya en favor de la civilización occidental. Se puede escoger por preferencia, pero el juicio histórico debe buscar un plano de visión objetiva. Toda obra tiene su "verdad" si expresa el significado de su época. En toda época es aceptable. Igualmente, yo puedo y debo escoger; pero reconozco que mi elección es particular y parcial, y es un riesgo.

Ahora bien: todo en la vida es riesgo. La Humanidad es por sí misma descontenta e impaciente. Cree encontrar un apoyo en la tradición, y, en consecuencia, inventa continuamente una tradición, buscando enmascarar a la Historia. El hombre es irreduciblemente un constructor de mitos, no un animal histórico. Entre la idealización y el documento escogemos deliberadamente la primera; nuestro sueño es siempre la destrucción del segundo, que la paraliza. Por lo demás, el mito es la forma más evidente de interpretación de la Historia; es la adaptación de ésta a nuestras exigencias. Pero el mito debe ser creación continuamente espontánea y variante. Las estrellas cinematográficas y los héroes del fútbol han de tener vida brevísima, variar continuamente, hacer mutación, desaparecer. Malo es que el mito se convierta en ídolo; entonces asumirá una extrañeza rigurosa, y nunca jamás tendrá la inmensa multiformidad de la Historia.

Toda generación debe crearse sus mitos y debe destruir los de sus padres. Una historia vivacísima de este proceder humano se

refleja en la crónica de los juicios dados sucesivamente sobre la mayoría de las obras artísticas. El gusto cambia como las hojas de los árboles, o las palabras, y su historia es la de la Humanidad, en su intimidad más arcana.

El artista de hoy conoce los límites de su obra, pero también las razones de su validez. Igualmente, este artista es un creador de mitos. Y en el momento de mayor concentración mental sabe interpretar y realizar concretamente, dando un cambio figurativo, literario o musical a los "mitos" de la colectividad.

En las artes figurativas, con la posibilidad de poderse tocar casi cuanto sea grave, la separación entre fantasía y realidad exalta la inagotable invención del hombre. Pero, por otra parte, es absurdo, por ejemplo, la evolución histórica de la arquitectura, la necesidad irrefrenable de las poblaciones más míseras de alzar al cielo monumentos inmensos y grandiosos, el continuo vínculo de las exigencias económicas actuales por la creación de "formas" siempre abstractas y diversas. Y la evolución de las formas literarias, de la misma poesía, tan aparentemente "eterna", o en la vida religiosa, de las prácticas devotas, ¿no se deriva de este urgir desmedido de la fantasía en la vida del mundo? La Historia está llena de estos sueños, que se convierten rápidamente en colectivos, en universales. El pintor como el literato, el periodista como el sabio, en su propia obra interpretan y crean estos mitos y los adecuan siempre al nuevo urgir de la vida. En esta creatividad general, el arte asume una función necesaria e instintiva, y es tanto más grande cuanto más mítica, más audaz y sincera, porque sólo así sirve a las necesidades esenciales del hombre.

Eugenio Battisti.
Residencia "Relaciones Culturales".
La Granja, 4 (Parque Metropolitano).
MADRID.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

LA ESTRUCTURA INTERNACIONAL DEL FUTURO

Que nuestro tiempo tiene clara conciencia de su crisis es algo que se muestra ante todos como un hecho evidente. El desmoronamiento de las viejas estructuras y la caducidad de principios mantenidos hasta un ayer muy cercano todavía han sembrado de ruinas el presente y el inmediato futuro del hombre de la segunda mitad de este siglo. ¿Cómo no había de tenerse conciencia de la crisis? Si esto ha sido así en todos los órdenes, en el internacional quizá en mayor medida que en ningún otro. Porque es en el plano de la convivencia internacional donde el fracaso adquiere más sonoras resonancias y golpea con más violencia nuestra atención. Su desorden, cuando alcanza el alto grado que hoy nos es dado presenciar, traduce la enorme alteración sufrida por los supuestos que la determinan. Su quiebra significa inmediata amenaza de la seguridad colectiva.

Ya en 1941 Wilhelm Röpke, al final de su profundo análisis sobre la crisis social de nuestro tiempo, afirmó la necesidad de una nueva integración internacional. Después de la segunda guerra mundial han abundado los trabajos en que se estudiaban las fórmulas que podían ser aplicadas para salvar el mundo del caos a que se veía lanzado. Se ha hecho balance de lo fracasado y de lo aprovechable. Se han proclamado superados los nacionalismos y se ha hablado de confederaciones y regionalismos, de sistemas de seguridad colectiva de varia índole y del papel de los organismos internacionales en la consolidación de la paz. Frecuentemente, tanto en los instrumentos internacionales como en los discursos de los políticos, se han hecho apelaciones a principios de validez universal muy en la línea de las planificaciones racionalistas que inspiraron el esquema de la Sociedad de Naciones. Y mientras tanto el despliegue de la política internacional ha conducido cada vez más a la escisión del mundo en dos gigantescos bloques que luchan por extender su dominio sobre las vastas zonas de influencia que quedaron dibujadas al final de la última conflagración.

El examen de la realidad internacional orientado con una finalidad constructiva se ha hecho desde muy distintas posiciones; pero salvo alguna excepción pueden señalarse dos puntos de general coincidencia: la superación del marco nacionalista y la necesidad de una ordenación internacional institucionalizada.

El profesor argentino Mario Amadeo (1) está en esta misma línea. Ahora bien: su meditación sobre el futuro de la convivencia internacional está llena de matices de originalidad que le alejan por igual de una tendencia iconoclasta bastante corriente, según la cual es necesario hacer tabla rasa de todo lo anterior, y de una fácil proclamación de principios de general vigencia que han venido informando las construcciones del internacionalismo racionalista. Nos proponemos seguir aquí el pensamiento de este profesor argentino, pero antes será conveniente advertir que su libro es susceptible de ser dividido en dos partes estrechamente vinculadas, pero diferenciables. De un lado, la reflexión acerca de la crisis internacional y de las soluciones que se proponen; de otro, la reflexión de temas específicos de la vida internacional americana. La primera diríamos que es una aportación importante a la literatura universal sobre la convivencia internacional; la segunda, una aportación vigorosa al estudio de la problemática típica del continente desde el que escribe, América.

* * *

No interesa para nuestro propósito detenernos demasiado en el análisis histórico que el profesor Mario Amadeo traza de la crisis de una convivencia internacional que alcanzó su máximo apogeo en la primera Conferencia de La Haya de 1899. Estos primeros capítulos de la obra nos sitúan ante su parte más importante: las perspectivas del futuro y las soluciones. Sin embargo, allí y en la introducción están recogidas dos ideas que son los puntos de partida de toda su construcción posterior. En primer lugar, el reconocimiento de las hondas raíces de la crisis que acusan las relaciones internacionales. No se trata de un estado de transitorios antagonismos, sino de una desintegración cuyo volumen está determinado por la gravedad de la quiebra experimentada por los supuestos de la vida internacional. El racionalismo liberal, la primacía de la burguesía y el Estado nacional son los tres supuestos. filosófico, sociológico y político, sobre los que se hizo reposar todo el sistema de convivencia internacional, que ha conocido un lento proceso de maduración a lo largo de cuatrocientos años, y sobre todos ellos, mejor dicho, debajo, el supuesto fundamental, la vigencia social de los valores cristianos, la común afirmación de una *Pax christiana* secularizada, herencia de los valores espirituales consagrados por

---

(1) Mario Amadeo: *Por una convivencia internacional.* Editorial de Autores, S. L. Buenos Aires, 1954. 125 págs.

la integración medieval de la cristiandad. La crisis que se señala está en estos supuestos, no en meras fórmulas, cuyo restablecimiento por ello nada remedia.

En segundo lugar, la necesidad de no incurrir en una apresurada declaración de inutilidad de todo lo pasado. Que la crisis sea tan profunda no quiere decir que haya que desesperar de encontrar en la convivencia internacional clásica algo que sea todavía "vivo y actuante".

En efecto, el profesor Mario Amadeo se apresura a reconocer que "en materia de vida internacional ya no quedan, prácticamente hablando, esencias universales vigentes", y que la mentalidad del hombre contemporáneo se ve rodeada de confusión. Pero esto, lejos de ser para él un motivo de desesperanza, adquiere un valor positivo. Señala algo que es una verdad evidente en el orden de la inteligencia: "La adhesión a seudovalores ha sido un obstáculo insalvable para la afirmación de los valores verdaderos." Y esto es aplicable en cierto modo a la vida internacional. El estado de general indeterminación, el escepticismo hacia fórmulas que habían contado tantos adeptos, el derrumbamiento de los falsos ídolos son para Mario Amadeo un síntoma de feliz augurio por lo que tienen de repulsa de soluciones falsas y de anhelo de que la sinceridad sea la primera piedra del edificio a construir. Los esquemas racionalistas se alejaban de la realidad en la misma medida en que intentaban planificar toda realidad. Su fracaso ha enseñado el valor preeminente que hay que conceder a la *autenticidad* en la convivencia internacional.

También el Estado nacional, cuya crisis se ha apuntado en cuanto supuesto político de una construcción hoy en ruinas, cobra un nuevo sentido en la mente del profesor Mario Amadeo. Su falta de vigencia en la vida política de nuestros días no implica que sea incapaz de nuevas posibilidades. La idea de nación no está vigente en cuanto que ya no puede ser un fin en sí misma, la meta de la acción política del Estado. Pero el Estado nacional tiene un papel importante que desempeñar en la integración hacia la que el mundo tiende; ese papel es el de servir las aspiraciones de nuestro tiempo, porque precisamente al servirlas se trascenderá a sí mismo, poniendo su fin en algo superior a sus reducidos límites.

Creemos acertada la idea de que la nación no ha muerto. Con demasiada facilidad hemos visto afirmar esto, y hoy se encuentran generalmente dos posiciones opuestas: el Estado nacional no tiene vigencia ni opera en la estructuración política contemporánea o bien el Estado nacional, a la manera clásica que surgió con la teo-

ría de las nacionalidades, continúa intacto en nuestros días. Esto es falso. La nación es hoy un aglutinante muy fuerte entre los pueblos. Nada más fácil de comprobar. Pero el Estado nacional no puede ser ya entendido como lo fué durante los últimos cien años. El profesor Mario Amadeo tiene el acierto de haber visto esto.

La rápida progresión que el Estado nacional ha seguido hacia formas dictatoriales de extensión continental y aun mundial no son para él razón suficiente para destruir sus ideas. Porque esa dictadura mundial es imposible materialmente y porque las potencias que por su poderío parecen vocadas a realizarla carecen de ideología con vigencia ecuménica.

Por el contrario, comprueba el hecho de que "hasta los más cerrados nacionalismos universalizan su causa." Unas veces será la redención del proletariado, otras la defensa de la libertad y de los ideales democráticos; aquí se proclamarán los valores de la cultura tradicional, allí los biológicos. Pero en todo caso el Estado nacional ha dejado de ver en sí mismo un fin y se ha sentido impulsado a poner en más amplios horizontes su meta.

La causa que permitirá superarse a los Estados nacionalistas estará, sin duda, determinada por factores históricos y geográficos en cada caso. Apuntadas quedan algunas de las metas supranacionales que permiten comprobar la realidad de esta tendencia. Para Mario Amadeo la nación se concibe en la futura estructura como la célula primaria del orden internacional, a la manera que lo es la familia en el orden social. La primera forma de aglutinación sobre la que se han de levantar estructuras de más vastos contornos. Su valor está en ser apoyatura material de otras reagrupaciones políticas: los regionalismos.

No creo que pueda verse en esto la proyección sobre su ideología de la realidad regionalista americana, que por lo demás luego él mismo se encargará de someter a duro análisis para concluir negando su esencia de tal agrupación regional en la forma que ha plasmado. Creo que más bien es simplemente fiel a la comprobación de un hecho que se está mostrando ante el mundo de nuestros días cada vez con más acusado relieve.

Importa consignar aquí su definición del regionalismo internacional: "Agregados humanos dotados de caracteres espirituales, raciales y psicológicos comunes que tienden a congregarse en el plano político para la defensa de sus valores y de sus intereses." Ahí están contenidas todas las características que asigna a la agrupación regional, y que nos permiten reconocer cuándo estamos en presencia de una de ellas. Pero sobre esas características explícitamente señala-

das, una más que implícitamente las domina: la autenticidad. Esto es, fiel a una tendencia que antes ha recogido como reacción a la crisis que estas agrupaciones políticas vienen a superar, reclama la existencia de realidades vivas, no de meras fórmulas con etiqueta.

Cualquiera que siga de cerca las publicaciones referentes a política internacional puede comprobar la fuerte corriente hacia la creación de estructuras regionales y la atención con que se las estudia, se las intenta definir, se las somete a comparaciones que permitan destacar sus características. La comprobación del hecho es suficientemente elocuente.

Quiero, sin embargo, poner un reparo al profesor Mario Amadeo cuando señala las agrupaciones regionales existentes. Cita como formadas o en vías de plasmación las siguientes: el Asia oriental, la Liga Arabe, el bloque soviético, el bloque anglosajón y la comunidad hispanoamericana. De todas ellas la única que en realidad cuenta hoy como tal agrupación regional es la Liga Arabe, y quizá pueda señalarse como en formación la comunidad hispanoamericana. Las demás, no.

La tendencia a la creación de la Gran Asia Oriental fué, no es. La propugnó el Japón y produjo su impacto en los pueblos del continente asiático. Hoy se viven consecuencias que son atribuíbles a aquel intento imperialista. Pero concluyó con la derrota del Japón. Quizá se pueda ver en la China de Pekín un deseo de protagonismo asiático de igual significado, pero es dudoso su éxito si se piensa en el papel que la India juega en Asia.Por lo demás, el signo imperialista con que nace este intento le descalifica por definición al perder aquella autenticidad que Mario Amadeo reclama ante todo.

Esto mismo ocurre con el bloque soviético, nacido de una política dominadora que ha dado nombre al fenómeno del "satelitismo". Esto no es un regionalismo en el sentido que nos interesa.

El bloque anglosajón tampoco creo que pueda ser presentado como fenómeno regional integrando a los Estados Unidos y a los países de la Commonwealth. Cierta comunidad histórica y la unidad de lengua no son suficientes para producirlo. La Commonwealth sí es un fenómeno regional mundial, valga la paradoja. Esta paradoja ya traduce la especialísima fisonomía que posee, y sólo con reservas podría ejemplificar el fenómeno de integración política que examinamos. Pero los Estados Unidos no tienen posibilidad de ser considerados formando un bloque con la Gran Bretaña y la Commonwealth.

En cambio, dentro del bloque europeo sí es posible encontrar

agrupaciones regionales que nos sorprende no ver señaladas en el libro del profesor Mario Amadeo. Tales son la agrupación escandinava, el Benelux, la Unión Balcánica. Las integraciones económicas del tipo de la C. E. C. A. también tienen su importancia como manifestación de la tendencia supranacional a la que el fenómeno regional pertenece.

El profesor Mario Amadeo tiene fe en el porvenir de las agrupaciones regionales. Nosotros también, y con él creemos que los obstáculos que puedan significar un nacionalismo a la vieja usanza o los intereses de las grandes potencias no serán bastante para detener un movimiento que comienza ya a ser realidad y que tiene la fuerza de una evolución histórica. También que en un sistema regional no ha de desaparecer la natural diferencia entre las grandes y pequeñas potencias. Por lo demás, la feliz coexistencia de los regionalismos estará determinada por su autenticidad, y esto ha de ser así como una exigencia de su mismo nacimiento, que viene a romper los moldes que no respondían a las fuerzas vivas y operantes en la comunidad internacional.

Una cosa no queremos dejar de señalar: nuestra profunda complacencia al leer la profesión de fe en Europa y su destino que con tanta nobleza hace el profesor Mario Amadeo. Desde América, y en la hora presente, es fácil juzgar que Europa ha quedado rota, su vitalidad y la fuerza de su genio agotadas. Así se ha visto más de una vez desde allende el Atlántico. Por eso mismo las palabras del autor de este libro son tanto más valiosas por estar escritas bajo el cielo de una gran nación americana.

* * *

Lo que para los fines de este análisis hemos dado en llamar segunda parte del libro se refiere a América y a problemas específicos de ella. La integran los tres capítulos dedicados al panamericanismo, a las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos y a la comunidad hispanoamericana; luego, los textos de dos conferencias que sobre las doctrinas argentinas de Derecho internacional y los pactos de mayo pronunció el autor en el Instituto Latinoamericano de Derecho Comparado de la Facultad de Derecho de Buenos Aires y en el Instituto de Derecho Internacional de la misma Facultad, respectivamente, en 1949 y 1952, que aquí aparecen añadidos a la obra a manera de apéndices.

Era necesario que al considerar el profesor Amadeo en su ensayo el tema general de la convivencia internacional del futuro dejara

un espacio dedicado especialmente a examinar la organización de los Estados americanos como forma regional.

Nos encontramos aquí con un severo análisis del movimiento panamericano desde sus orígenes para llegar a la conclusión de que la organización de él nacida no puede ser considerada como una agrupación regional. Todo el aparato externo y el desarrollo alcanzado por su institucionalización no son bastante. En primer lugar se sale al paso de la consideración de todo el continente como una unidad, según la interpretación norteamericana. No quiere decirse con esto que sea imposible y aun necesaria una convivencia pacífica con la América anglosajona; pero ciertamente que la existencia de dos Américas, una al Norte y otra al Sur de Río Grande es un grueso hecho histórico que no cabe desconocer. Dos Américas de distinta índole y signo opuesto, en las que se hablan dos lenguas diferentes, se profesan distintas religiones y que poseen un pasado histórico distinto y también opuesto. ¿Es posible considerarlas como una unidad sin lesionar la realidad?

El mantenimiento de un aparato institucional como el de la O. E. A., nos dice, es debido a razones de orden político. El sistema panamericano es "el instrumento mediante el cual el Gobierno de los Estados Unidos conduce la política de la mayor parte de los países americanos en sus relaciones relativas al continente en un sentido acorde con sus propias necesidades e intereses". La prueba está en un inventario de lo que se ha hecho dentro del sistema, siempre que los intereses norteamericanos así lo han requerido, y en lo que no se ha hecho por no entrar en juego esos mismos intereses. Los principios que se han formulado como sostén de toda esta arquitectura no obedecen a un auténtico sentir americano. Para Mario Amadeo ahí está la razón de que la O. E. A. no sea más que una creación legal, sin vida, sin sinceridad.

Pero este capítulo está muy completado con otro en el que se nos dice lo que sí es la comunidad hispanoamericana. De estas páginas brotà toda la realidad cultural e histórica de la América hispana. Su unidad espiritual como la base más preciosa que ninguna estructura política pudiera encontrar para sentarse, y ante la cual todas las diferencias quedan relegadas a un plano secundario. De la mezcla existente entre la común tradición histórica y la realidad indígena, viva y poderosa, nace la presente y verdadera fisonomía de Hispanoamérica, igualmente distanciada de un indigenismo ciego y de la vuelta a otras corrientes culturales extrañas a su formación histórica. De las diferencias que hay en una tan vasta geografía, ¿quién puede olvidarse? Pero esto significa precisamen-

te que la unión de todos aquellos pueblos no es meramente ocasional, sino fruto de los lazos más fuertes que pueden vincular entre sí a las agrupaciones humanas. Y esa realidad puede tener una expresión jurídica como algo natural y no producto de una creación artificiosa. El profesor argentino Mario Amadeo no duda en proclamar la necesidad de crear un sistema distinto al ya existente con el nombre de la O. E. A. Y en ese nuevo sistema, informado por un sentido auténtico, las relaciones con España toman un significado especial que armoniza su vinculación histórica con el Nuevo Mundo y su condición europea.

* * *

Pero es largo ya el análisis que hemos hecho de este libro, y aún debiera serlo más si el espacio no nos obligara a prescindir, pese a su interés, de otros puntos del mismo. Para terminar diremos que el profesor Mario Amadeo nos ha ofrecido un libro optimista, integralmente optimista. ¡Gran cosa tratándose de la convivencia internacional! Desde ese optimismo, que tiene hondas raíces religiosas, Mario Amadeo ha recorrido atentamente la trágica realidad de nuestro mundo hostil y desesperanzado para trazar luego los rasgos salientes de un futuro de auténtica convivencia. Creemos que este optimismo es necesario y diremos más: que todo libro que quiera ser constructivo cuando someta a exámenes aquella realidad tiene que estar en la línea de pensamiento de este de Mario Amadeo.—FERNANDO MURILLO RUBIERA.

BIBLIOGRAFIA DE HERNAN CORTES

Una vez más Feliú Cruz demuestra su rica erudición, su capacidad de bibliógrafo, que ya había sobresalido en su trabajo sobre Ricardo Palma, y algo más: que es digno sucesor de José Toribio Medina, su maestro y amigo de la intimidad y ahora es su albacea devoto en uno de los sitios más respetables de la Biblioteca Nacional de Chile, en la que se custodian la biblioteca y archivo del coloso.

En torno a la bibliografía de Hernán Cortés (1), que estaba preparando Medina y que no pudo concluir, ha reunido Feliú Cruz un buen cúmulo de noticias sobre el conquistador de Méjico, haciendo un riguroso escrutinio de otros bibliógrafos anteriores a Medina, que fijaron las huellas cortesianas a lo largo de sus exploraciones en incunables y manuscritos. Cree Feliú Cruz que "la materia cortesiana"—llamémosla así—en muchos de sus aspectos está todavía por conocerse, sin que en el campo de la investigación documental se encuentre agotada la veta y sin que tampoco la búsqueda bibliográfica haya rendido todos sus frutos, principalmente en el primero" (pág. XI), y que no hay aún estudios especiales de erudición y crítica sobre los compañeros de los grandes descubridores y magistrados de América, pues a pesar de la indagación a fondo que sobre Pizarro ha emprendido Raúl Porras y de los libros que se han dado a la estampa sobre Pedro de Alvarado, todavía quedan muchos documentos por revelarse, muchos ángulos biográficos que no han sido esclarecidos, y sólo cuando ello se logre podremos contar con la auténtica fisonomía del siglo XVI americano.

Feliú Cruz reconoce en breve cuadro de trasfondo para su libro las "extraordinarias dotes de guerrero, de político y de estadista" de Hernán Cortés, y se explica por qué una vida como aquélla, que fué "un contradictorio torbellino", "haya podido despertar con tanta fuerza el incentivo de la imaginación de los escritores de todas las épocas" (pág. XIV). Y así lo ha sido a contar desde Pedro Mártir de Angleria hasta Carlos Pereyra y Salvador de Madariaga, sin olvidar a quienes han aprovechado la leyenda del héroe irrespetando la verdad histórica (pág. XV). Para Feliú Cruz la bibliografía de los escritos de Cortés, "la crítica de ellos y sus valoraciones como fuentes de información son escasos y reducidos en comparación con la abundante literatura biobibliográfica que sobre aquél existe, por más que aquéllos lleven la firma de notables americanistas" (página XV).

Comienza el autor por enunciar la importancia de Cortés como escritor—sobre todo el de las cartas al Rey—, recalcando el hecho de que "todavía faltan muchos documentos salidos de su mano que nos son desconocidos" (pág. XV). Tal aseveración fué formulada por José Toribio Medina en su *Biblioteca Hispano-Americana* (I, 74), y en ella está el origen de su *Ensayo bibliográfico* sobre Hernán Cortés, haciendo notar que mientras la lista de "escritos sueltos" de éste que logró formar Joaquín García Icazbalceta llegaba a 33

(1) Guillermo Feliú Cruz: *Bibliógrafos y bibliografías de Hernán Cortés.* Nascimento. Santiago de Chile, 1952. 108 págs.

y la de Medina estaba en 42 legajos en el Archivo de Indias, y esto que no contaba entonces con los del archivo del Hospital de Jesús, que está incorporada al general y público de la nación de Méjico. Hace saber Feliú Cruz que Medina inició parte de la labor para tal ensayo mientras en Europa se empeñaba (1929) en editar su libro *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan de la conquista de Chile*, y fué en Sevilla en donde inauguró su investigación, según consta en cartas que dirigió a F. C. (págs. XVIII-XXI). Medina cotejó textos publicados por Gayangos, Lorenzana, González de Barcia y García Icazbalceta, y todavía en Santiago de Chile siguió perfeccionando aquella labor hasta el último día de su vida (1930), no dejando "trazado el plan ni el método a que debía ceñirse" (página XXII); pero el conjunto de la obra estaba completo. La tarea de F. C. ha sido darla a conocer tal como la dejó en su taller el gigante. No ha querido "deliberadamente darle un plan a la obra, porque tal como estaban los manuscritos el señor Medina parece quería ceñirla a uno cronológico general, sin hacer las clasificaciones de otro género" (pág. XXIII). Ha sido, pues, lo que honestamente debió ser: su editor, no su coautor. Antes del ensayo Medina empezó su bibliografía cortesiana, y debe deplorarse, como bien apunta F. C., que no hubiera proporcionado más informaciones sobre la producción literariohistórica de Hernán Cortés en su *Bibliografía Hispano-Americana;* censura el método que siguió y luego presenta el ensayo (págs. XXIV-LVI), en el que hay una parte en orden cronológico.

En este libro F. C. aprovecha las bibliografías generales o especiales que ha tenido a la mano y también algunos catálogos de librerías famosas, y empieza con los veinte títulos que da Antonio de León Pinelo en su *Epitome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica* (1629). Siguen Nicolás Antonio—otro de los próceres de la bibliografía en español—, con su *Biblioteca Hispana* (1627; Andrés González de Barcia, con su compilación de papeles inéditos (1737), Henri Ternaux Compans, con su *Bibliothèque Américaine* o *Catalogue des ouvrages relatives à l'Amérique qui ont paru depuis sa découverte jusqu'à l'année 1700* (no importa que tenga muchos errores, que han sido repetidos por otros) (página LXXII). En el siglo XIX figuran Martín Fernández de Navarrete, el de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (1842); Enrique de Vedia, con el tomo XXII de la *Biblioteca de Autores Españoles,* de Rivadeneyra (1852), y Joaquín García Icazbalceta, con su *Colección de documentos inéditos para la Historia de México* (1858, cuyo trabajo apareció en el tomo I y es

reproducido por F. C. (págs. LXXIX-LXXXV); Henri Stevens, con su *Bibliotheca Americana* (1861), y John Rusell Smith, autor de otra *Bibliotheca Americana* (1865), así como el *Ensayo de una bibliteca española de libros raros y curiosos,* que se formó con apuntes de Gallardo, Zarco del Valle y Rayón (1868), y Henri Harrisse, cuya *Bibliotheca Americana Vetustissima* (1864-1865) es un monumento cual una torre en el paisaje bibliográfico de este hemisferio. En esta reseña puntualísima el autor menciona también el *Dictionary of books relating to America from its discovery to the present time* (1871), de Joseph Saville; el catálogo de libros de la Biblioteca John Carter Brown, de Providence, Estados Unidos (1875), y la *Biblioteca Americana,* de Charles Leclerc (1878) y el libro de Pascual de Gayangos (1860).

Termina el examen de las bibliografías y los bibliógrafos cortesianos con la inserción (pág. XCIX-CVII) de lo que Justin Winsor presenta en su *Narrative and critical history America* (1889). No olvida lo que presenta H. H. Bancroft en su *History of Mexico* (1883).

Las notas que Feliú Cruz añade a las noticias que dan los bibliógrafos que va analizando son de fina calidad, y sólo se puede advertir el olvido de las páginas que escribió Lucas Alamán y la bibliografía que sirvió a Salvador de Madariaga para escribir su biografía de Cortés.

Sólo se pueden señalar dos erratas de imprenta: "Francisco de Bargoa", en vez de Burgoa (pág. LXVII), y "American", en vez de América (pág. XCII); pero tales reparos en nada desvirtúan la importancia de una obra que agrega un filón más a esa mina de historia americana que es la vida y la obra de uno de los grandes civilizadores, en cuya deslumbrante personalidad concurrieron los defectos y las excelencias de los hombres de su época.—RAFAEL HELIODORO VALLE.

IDEA DE LA BOLIVIANIDAD

Cuenta Ortega el aprieto en que se vió Víctor Hugo cuando la fiesta de su jubileo, en el palacio del Elíseo, al ser anunciado por el ujier el representante de la Mesopotamia. El poeta, que al recibir a los representantes de España, Alemania, Inglaterra... había podido exclamar jubilosamente: "L'Espagne! Ah, Cervantes!",

"L'Allemagne! Ah, Goethe!", "L'Angleterre! Ah, Shakespeare!", se veía ahora presa de la más sofocante vacilación, de la que sólo acertó a salir apelando a la Humanidad con un tono patético. Nada de esto sucede, naturalmente, cuando por un motivo u otro—motivo cultural, es claro—el nombre de Bolivia cruza o se detiene en nuestra mente, sino que a su conjuro, y por aquello que Rubén se complacía en llamar "cerebración inconsciente", surgen de ese fichero tan poco puntual a veces que es la memoria al menos tres nombres: el de Fernando Díez de Medina, escritor; el de Marina Núñez del Prado, escultora; el del pintor Guzmán de Rojas.

Es, pues, Fernando Díez de Medina, en la joven y bien granada madurez de sus cuarenta y cuatro años, el escritor boliviano más representativo y uno de los más conocidos de Hispanoamérica. Y dentro de su ya vasta producción—una docena de títulos—, *Nayjama* (1), el que hoy suscita el comentario (anteriormente comenté su último volumen, una interesante *Literatura boliviana,* aparecida en La Paz el pasado año), ocupa sin duda alguna un puesto de preferencia en la obra del escritor, y así lo reconoció el Jurado que otorgó en 1950 el Gran Premio Nacional de Literatura.

Nayjama lleva en algunas referencias—que no en la edición original—el subtítulo *Introducción a la mitología andina;* pero es mucho más que eso. En realidad, Díez de Medina se propone tanto trazar por un método directo, intuitivo, el modo de ser propio del boliviano, con rasgos específicos dentro de lo hispano (pues como él dice, "la hondura india, la energía hispana, confluyen y se expresan en la llamarada impetuosa del mestizo", "tensión hirviente del mestizaje andino, el hombre nuevo que asciende en medio de la ambición y del desorden") como crear un arquetipo: Nayjama.

El intento es, pues, ambicioso. El conocimiento geológico, geográfico e histórico y las fábulas mitológicas precolombinas son llamadas frecuentemente, y prestas acuden, en ayuda del estro del escritor. También el misterio del verbo aborigen presta a veces sugestiones y matices, y sobre todo encanto, a la original interpretación del poeta; paradigma bien logrado es la extensa glosa final del vocablo aimará "Pacha", *anima animans* del orden andino para el autor.

La descripción se consigue las más de las veces con trazos magistrales y seguros, indelebles (así, la visión colorista del Titicaca, del capítulo así titulado), y menudean las estampas del paisaje del altiplano, casi siempre bien prendidas y bellísimas. Hay una etopeya

---

(1) Fernando Díez de Mendoza: *Nayjama.* La Paz, 1950.

genérica del indio que es un primor de análisis psicológico y completa aprehensión de su idiosincrasia.

Por lo demás, el libro es reiterativo, circular, y repite una vez y otra, aunque con una múltiple gama de variaciones, algunos de los temas, que se constituyen en *leitmotiv* una vez y otra repetido; la exaltación de la *tierra* propende desde el principio y cae después en un panteísmo declarado, que excede de lo literario; panteísmo del indio, naturalmente ("porque todo es Dios", "ancestral hilozoísmo: unidad de la naturaleza con todo lo creado", al referirse al Illimani escribe repetidamente "El"), que desemboca en un determinismo grosero ("porque la criatura viva es tierra ella misma, hechura de su medio circundante"); la exaltación del *mito,* a veces sagaz ("y los mitos, ¿no son figuraciones de la inteligencia para abrazar el mundo?"); la mirada hacia ese *pasado* desconocido y misterioso que, por pasado, fué mejor, como en las coplas de Manrique. De aquí su posición de espaldas al futuro, de aquí que su aquilina visión del altiplano se metamorfosee en una casi ceguera para el fenómeno comunitario más amplio; de América dice al empezar el libro: "Cosa de fábula, amasada por remotas lejanías; presentes (!) contradictorios, futuros (!) enigmáticos." Aunque a renglón seguido, y en viva oposición con el tono y la entraña del libro, añade categórica y bellamente: "América, la del Norte, está llena de hierros y energía. América, la del Sur, está llena de Dios. Es la morada que llama al espíritu como el imán al acero." Con tan tenue hilo anecdótico que de continuo se quiebra, con un leve sabor autobiográfico en cuanto a la actitud y al pensamiento del protagonista, el libro, en realidad una divagación literaria de estilo cortado, a veces telegráfico; de frases rotas, atildado hasta el aticismo, de pura cepa castellana (aunque a veces salpicado por algún galicismo: "semblar", "en tren de", y afeado por una ortografía siempre postiza y forzada en castellano: "Titikaka", "kolla", y por los acentos de palabras tales como "fé", "sinó", "quéchua", "aimára", etc.), el libro, digo, deja al terminar su lectura, a más del poso de las poéticas divagaciones, la figura bien conformada de Nayjama, el protagonista que quiere ser símbolo, y al fondo, desde distintas y sugeridoras perspectivas, la majestuosidad de los Andes que señorea el cóndor (y su desmedrado reflejo el alcamari), y el puma, y el halcón, y el guanaco, y que ornan "alpacas, zamas y vicuñas, que forman la heráldica femenina de la meseta".—CARLOS-PEREGRÍN F. OTERO.

DE LA VALENTIA, LA OSADIA Y LA DESFACHATEZ EN LA BATALLA ARTISTICA

En realidad, no debería haber ya ocasión para hablar de la batalla artística. Somos, seguramente, uno de los últimos países en que esa batalla tiene lugar. Pero admitamos que es así, ¡y con qué saña! El academicismo español se resiste desesperadamente no ya a ceder su puesto, sino ni siquiera a compartirlo.

Mucho se podría escribir sobre las triquiñuelas y el tesón que pone en defender sus antiguos privilegios. Pero nada conocíamos hasta ahora como lo ocurrido en la sala *Abril*. Tenemos que descubrirnos, admirados, ante José Prados López y otros amigos suyos, capaces de superar lo que nadie hubiese podido imaginar.

Cierta señorita quiere exponer sus lienzos, y solicita la sala *Abril*. La sala le es concedida, los cuadros son colgados. Y a última hora, minutos antes de la inauguración, llegan los catálogos que, según deseo expreso de la expositora, han sido publicados por ésta, con absoluta independencia de la dirección de la sala.

El catálogo lleva una introducción de José Prados López, secretario perpetuo de la Asociación de Pintores y Escultores y crítico de arte de Radio España. Prados López, al parecer, admira profundamente la pintura de la expositora. Allá él. Pero sospechamos que el señor Prados López no sabe medir el alcance de las palabras. Y sospechamos, por otro lado, que más que defender la exposición colgada, le importa atacar a sus contrincantes en arte. Cualquier coyuntura es buena.

De buenas a primeras acusa a la sala *Abril* de cobijar de ordinario "tristes manifestaciones de la impotencia o el atrevimiento"; habla de "la insinceridad de las manifestaciones que en estos muros se exhiben"; habla de "las soterradas cobardías y de las conveniencias de todas clases, que invitan a tantos a la traición y a la desvergüenza de las claudicaciones".

Todos los jueves, desde su puesto de Radio España, Prados López, con voz tronante, vierte conceptos por el estilo. Prados López elogia repetidamente la valentía de esta señorita expositora, que viene a dar "una lección de verdades eternas... precisamente en el mismo lugar [la sala *Abril*] donde tan a menudo se miente".

Se podría pensar que Prados López es también un crítico valiente cuando con tanto fuego arremete contra lo que él cree equivocado. Pero Prados López ignora (gracias a Dios, dirá él) lo que significa la pintura moderna, ignora lo que pretende y lo que al-

canza, ignora de dónde nace y adónde va; no ha entrado en ella, no la ha sentido un solo instante. La ha contemplado como quien contempla un manuscrito chino. Y emitir juicios sobre lo que se desconoce en absoluto ya no es valentía, sino osadía.

Emitirlos de esa manera tan violenta y gratuita, por lo demás, no es otra cosa que injuriar. Injuriar a una sala y a los que suelen exponer en ella aprovechando el cobijo de esa propia sala, es cosa que ya no sabemos cómo calificar. ¿Qué le ha ocurrido al señor Prados López y a otros de su partido artístico para que respiren con tanta saña y hayan perdido hasta tal punto el sentido ético y la educación cívica?—LUIS CASTILLO.

SOBRE *ALDEBARAN*, DE UNAMUNO

La poesía de Unamuno es uno de los aspectos de la obra de don Miguel que más ha atraído, en los últimos tiempos, a los estudiosos de la obra unamunesca. Desde el casi menosprecio por el rimador que reflejaban los primeros libros de conjunto sobre la obra y pensamiento de Unamuno, se ha pasado a reconocer la esencialidad de la obra en verso, en que Unamuno puso tanta intimidad, tanta ilusión y tanto afán. Lo que él proclamó, la indivisibilidad del bloque de su obra, aquella protesta suya contra profesores y críticos que lo "rajaban", simplificándole, en pedazos de ensayista, novelista y poeta, ha venido a encontrar pleno reconocimiento en los que hoy le estudian con puntos de vista más auténticamente unamunescos, y la consideración del que se creyó ante todo poeta, constituye nuevo eje de la interpretación de una obra, a la par homogénea y compleja.

Entre los estudios recientes que se han adentrado en la poesía de Unamuno destaca uno dedicado al poema *Aldebarán*, en el que se ha visto un compendio de problemática unamuniana. Diego Catalán Menéndez-Pidal, joven filólogo que ha dado ya muestras maduras de lo que puede ser en el campo de la lingüística y de los estudios de la Edad Media española, ha publicado en el último volumen de los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, de la Universidad de Salamanca, un estudio a ese poema con sugestivo subtítulo: *De la noche serena a la noche oscura*, en que no sólo se establecen las fuentes del tema, sino también lo que el

poema tiene de íntima crisis del poeta y de complicada ideología y mística religiosidad.

La tradición literaria del poema arranca de "la noche serena" de Fray Luis de León y de los "canti" del poeta italiano Leopardi, de la paz de la poesía del vate renacentista salmantino y de la angustiosa soledad del *Canto notturno* del romántico italiano, embebido todo de un ansia de eternidad ante la contemplación de la bóveda celeste entre las pavorosas sombras de la noche. Pero la poesía de Unamuno—sus primeros poemas lo revelan sobre todo—es el reflejo de sus crisis personales; la versión rimada de su fe agónica, la necesidad de expresión poética que se le impone. Ahí está *Aldebarán*, escrito en plena gestación de *Del sentimiento trágico de la vida*, con toda la gama de dudas e interrogaciones que el pensador y poeta se plantea ante el abismo, en que lucen imperturbables los astros. Diego Catalán analiza con tino el poema y sondea los encontrados sentimientos que una tradición literaria sugiere y la dialéctica que el poeta desarrolla. Catalán nos señala seguramente el itinerario en zigzag: "¿Todo o Nada? Desde la Nada al Todo. Pero el Todo es la Nada." Y la obra toda de Unamuno se nos aparece ahora iluminada desde un ángulo que poco se utilizó todavía. En *Aldebarán* no se contiene sólo una condensación de temática unamunesca, sino que, por encima y por bajo de ella, la religiosidad congojosa de Unamuno adquiere acentos afines a los de los grandes místicos de nuestro siglo dorado. Diego Catalán se nos ha revelado como crítico sagaz y sólidamente documentado en este importante ensayo sobre el poema *Aldebarán*, al que los estudios unamunianos tendrán que volver necesariamente muchas veces.—C. C.

CRISTOBAL COLON, EN WASHINGTON

Un grupo de senadores de los Estados Unidos en Norteamérica ha presentado ante la Cámara Alta de Wáshington un proyecto para erigir un monumento a la memoria de Cristóbal Colón. Si recientemente fracasaba en la Conferencia de Caracas una propuesta interamericana de igual sentido, para recordar en la primera isla descubierta por los españoles la memoria del gran Almirante—fracaso debido a la presencia inglesa en tal territorio—, la iniciativa

del Senado de Wáshington no puede por menos de suscitar ahora profunda simpatía en los medios hispánicos.

Y, sin embargo, en tal proyecto existe un párrafo que no se acaba de entender, por lo menos en un encadenamiento lógico de ideas y realidades. Dice que "la erección de este monumento por parte del pueblo norteamericano testimoniaría la tradicional y duradera amistad hacia Italia, país natal de Cristóbal Colón". No se hace la más ligera mención de España. Colón e Italia cierran, por lo visto, todo el precedente histórico de América. Y esta absurda posición, puesta de relieve uno y otro 12 de octubre, basada más bien en el hecho físico de una colonia italiana numerosa en el electorado norteamericano y en el desconocimiento histórico de sectores, por fortura cada día más reducidos, de la opinión pública estadounidense, hora es ya de que sea desterrada, sencillamente para hacer honor a la Historia. El español y el hispanoamericano ven con agrado la sincera amistad existente entre Estados Unidos e Italia, dos países con los que tantos y tan profundos lazos de fraternidad y simpatía vinculan a sus pueblos. Pero se unen al italiano y al norteamericano, que protestan contra una conversión de sagradas realidades históricas en maniobra electoral, cuando no negación premeditada de valores indeclinables.

* * *

Porque sólo en el terreno que tan magistralmente dominan Guareschi, Mosca y otros grandes humoristas italianos, cabe imaginar el siguiente relato:

"Un hombre llamado Cristoforo, hijo de un tejedor genovés, después de visitar todos los mares conocidos en su época, consultando portulanos no catalanes y cartas náuticas no portuguesas, y releyendo las peritas andanzas marineras de Marco Polo, trazó geografías atlánticas, que hacen nacer la afición por el mar en los pueblos sedentarios de España y Portugal. Después de explicar a un náufrago de Porto Santo el significado de sus visiones, encarga a unos carpinteros andaluces llamados Pinzones la construcción de tres naos, y con dinero prestado por unos banqueros judíos las fleta, y por sí solo, después de vencer la sublevación de los ignorantes marineros, descubre un nuevo continente. Después, los envidiosos reyes de Castilla y Portugal quieren hacerse con la gloria de una empresa que, como hemos visto, corresponde exclusivamente a Italia, bien que entonces no existía todavía como reino. Y hora

es ya de que se deje de hablar tanto de aquellos países, cuando, en navegante solitario, fueron dos nautas italianos los que descubrieron y bautizaron el nuevo continente."

* * *

Es tan insólita, y sin embargo tan repetida, la actitud de ciertos sectores con relación al Descubrimiento, que nos ha parecido oportuno recoger en estas líneas los principales puntos de una conversación mantenida con un muy ilustre hombre de letras italiano. Italia tiene sobrados títulos de gloria, y es sinceramente admirada por todos, para hacerse eco de errores premeditados sobre la vida y la historia de América. El empuje ibero y la cultura romana —que trasvasaba las más puras esencias helénicas—permitieron a España tonsurar católica y occidentalmente un mundo nuevo nacido de la virgen esterilidad de la paganía. Si Italia era a finales del siglo XV mitad española y mitad francesa, y un hijo de Génova ofrecía su grandioso pulso timonero a una de las grandes empresas de los Reyes Católicos, en verdad que parecen los Estados Unidos del siglo XX el país menos propicio a desconocer la españolidad del Descubrimiento. Porque América es el país de la libertad, de los hombres que se hacen a sí mismos. Y muchos ilustres y grandes hombres de la historia y de la cultura norteamericana han nacido en otras tierras, y, sin embargo, a nadie se le ocurre pensar al honrarlos en desconocer su americanidad y la gloria del gran país que los acogió e hizo posible el triunfo de sus empresas. Piénsese en un Cristóbal Colón nacido en Génova en el siglo presente, descubridor de un nuevo espacio atómico, obtenido con instrumentos y capital suministrados por la ciencia y la industria estadounidense, al que después se nombrara senador *ad honorem* del Congreso de Wáshington y Gran Almirante termonuclear, que adquiriera con tan justos títulos la nacionalidad norteamericana, que creara su hogar y su familia en Estados Unidos. ¿Quién olvidaría, al pasar los siglos, cuando se le rindiera homenaje, a la patria norteamericana? En verdad que pocos senadores del futuro elevarían monumentos a Génova exclusivamente.—EUGENIO GARZO.

REVOLUCION EN LA PATOLOGIA

La *Nouvelle Revue Française* (número de marzo de 1954) publica un interesante artículo del médico canadiense Hans Selye, conocido en el mundo científico por sus contribuciones originales en el campo de la patología. Aunque yo no sea un profesional de la medicina—un naturalista, como gusta decir de sí mismo nuestro Marañón—, permítaseme, como espectador interesado en el fluir del moderno pensamiento científico, un pequeño comentario al trabajo de Selye. El artículo citado tiene suficiente interés general; quiero decir, es digno de atraer la atención de todo aquel que se preocupa por la marcha fundamental del pensamiento humano. El valor del artículo me parece grande. Veamos por qué. Se trata de la obra de un gran médico en plena madurez, consagrado durante toda su vida a la medicina. Hans Selye, por otra parte, nos habla de su vida después de atesorar experiencias, de haber sabido resistir los embates de la duda, de los desalientos; después de la superación de esos momentos—¡tan angustiosos!—en que la existencia humana se sopesa en el hueco de la mano y en que un terrible estremecimiento surca todo el ser, ávido de verdades, de claridad, de aciertos; cuando pasa ante la mente reflexiva—como fulgurante meteoro—la idea de que se esté siguiendo, durante años, un camino equivocado y que, tras de tantas ilusiones y esperanzas, aquellas intuiciones que parecían firmes no sean más que vagos espejismos. El espectro del fracaso, la idea de que se ha estado perdiendo el tiempo—es decir, la vida—, resulta entonces tremenda y sobrecogedora.

Muy joven—todavía estudiante—, Selye tuvo la ocurrencia de que, en el organismo humano, ese estado no específico que a veces se siente cuando decimos que no nos encontramos bien—a pesar de no sentirnos enfermos todavía—debía de ser hecho objeto de una investigación profunda y detenida. Tuvo la idea de eso que después se ha introducido en el mundo médico con el término *stress.*

Veamos qué es el *stress.* Oigamos la aclaración dada por el mismo Selye: "El *stress* es como un estado de tensión no específica de la materia animada, que se manifiesta por variaciones morfológicas tangibles al nivel de órganos diversos, particularmente en las glándulas endocrinas que están bajo el control de la hipófisis anterior..." No es necesario ponerse a detallar la trayectoria, verdaderamente emocionante, de los descubrimientos de Selye. Pero he aquí algo de su historia. La cosa comenzó cuando, en ciertos expe-

rimentos de laboratorio, nuestro autor creyó haber descubierto una nueva hormona sexual. En el decurso de sus laboriosas y pacientes manipulaciones, de cuando en cuando sintió el temor de que aquellas sospechas sobre el supuesto producto estuvieran enturbiadas por la toxicidad e impurezas de los extractos utilizados en las reacciones. Ante el miedo de error, el espectro del pánico se presentaba a Selye con estas palabras: "Entonces, todo mi trabajo no significará nada..." Disgustado, preocupado, lacerado, tuvo fuerzas, sin embargo, para hacerse el siguiente razonamiento: ¿No será preferible cambiar de punto de vista en mis consideraciones? ¿No importará, más que el descubrimiento de una nueva hormona sexual, descubrir reacciones no específicas del organismo ante una agresión cuya especie no haga al caso...?

Fué así como surgió la gran idea: el síndrome de respuesta a la agresión, el equivalente científico al simple hecho de empezar a sentirse enfermo, mejor dicho, de no sentirse bien. La admonición de que tales ideas marcaban un camino que le llevaría a una buena tierra de investigación científica le decide a dedicar el resto de su vida al estudio de las reacciones orgánicas no especificadas. Pero no es fácil seguir caminos nuevos. Son muchos los que quieren disuadir al viajero. A ambos lados de la ruta surgen voces, incluso amigas, que intentan disuadir al aventurero del camino inexplorado. Selye cita, al efecto, los "consejos" que un buen amigo le daba para que no malgastase el tiempo en aquellas investigaciones, que no "iban a llevarle a ninguna parte"... No hay caminos sin abrojos y sin espinas. Pero tampoco falta a la vera de la senda una bella flor solitaria, que con su perfume alienta a seguir caminando. En este caso fué Frederic Bantic—el inventor de la insulina—quien tomó en serio las ideas de Selye y supo animarle y le ayudó eficazmente: a veces con un simple toque cordial en el hombro acompañado de una mirada humana, comprensiva, de esas que tanto dicen y que, en determinados momentos de soledad y lucha, hablan de la proximidad de un ser amigo, y que, por ello, tan salutíferas resultan.

A la larga, empero, vino el triunfo. Un breve artículo de 74 líneas, publicado en la revista inglesa *Nature* (4 de julio de 1936), daba cuenta al mundo científico de las nuevas ideas patológicas. Claro que en tal trabajo se usaba mayormente el término "síndrome general de adaptación", pues Selye dudaba sobre el nombre que debería poner a su concepto.

Las nociones nuevas no son recibidas amablemente por el gran público; tampoco, por el reducido núcleo de los documentados, de

los especialistas, de los entendidos. La mente suele ser bastante inerte y encariñarse con lo tópico y ya conocido. Cuesta trabajo a menudo hacer el esfuerzo necesario para adaptarse a las sutiles sinuosidades de la realidad e intentar ver las cosas con espíritu espontáneo y limpio. Por eso no sólo el término *stress* tropezó con resistencias en el mundo de los médicos. También las ideas que esta palabra intenta expresar fueron combatidas. Selye cuenta que cuando exponía sus experimentos siempre había alguien, entre los oyentes, que pretendía explicar el "efecto *stressante*" acudiendo a los conceptos ordinarios de las reacciones específicas, por ejemplo, del frío, o del formol, o de los rayos X. Tenía entonces que insistir en que no era el frío lo que necesariamente estimulaba las reacciones suprarrenales. El calor o cualquier otro grupo de agentes podía ejercer el mismo efecto. Otros oyentes, más sutiles, afirmaban que el *stress* no era más que una abstracción. Selye, ante esto, respondía que también la vida, en ese caso, era una abstracción, ya que no se presenta nunca por sí misma, sino siempre ligada a un cuerpo tangible y real... Y agrega estas palabras de profunda observación, y que ilustran sobre las simas abisales del pensamiento científico contemporáneo: "Durante los primeros años, estos argumentos convencían a pocos oyentes. Fué más por hábito que por consentimiento lógico por lo que el término *stress* entró en el lenguaje corriente."

En la actualidad, la teoría del *stress* de Selye parece aceptada plenamente por el mundo científico. Sólo se ha hecho el siguiente reparo, que el autor ha reconocido sin reservas: distinguir entre *agente stressante* y *stress*. El primero es todo aquello que produce la reacción no específica. El *stress* queda, de ese modo, reducido a significar la reacción citada, prescindiendo de las causas que la hayan podido producir.

Un detalle interesante de tipo lingüístico: Durante unas conferencias en París, Selye quiso hablar en francés al docto público que le escuchaba. Al llegar a la palabra *stress* quedó cortado. ¿Cómo traducir el término? De momento salió del paso usando la palabra inglesa. Pero al final de la disertación, alguno de los asistentes intentó verter el término al francés. Se probó *détresse, agression, tension,* etc. Pero hubo que reconocer que los significados de esas voces diferían del sentido preciso y perfectamente claro que tenía el término *stress*. En vista de ello se decidió incluir la palabra en el diccionario francés. Y así se tiene un ejemplo de cómo viven las lenguas y cómo se nutren de contribuciones extranjeras. Otro detalle: se decidió hacer masculino el género de la nue-

va palabra: le *stress*. En español también se ha admitido el vocablo, después de las conferencias pronunciadas por el autor en España.

Creo bastante estimulante el anterior relato de un proceso científico. La ciencia, como el arte, como todos los haceres humanos, llevan el sello de un alma, de un espíritu y de un cuerpo. Es alentador leer y aprender lecciones como ésta. Sepamos atender a nuestro mundo interior. Confiemos siempre en nuestros más íntimos presagios. Tengamos paciencia y sepamos aguardar hasta el momento en que—cada uno en la medida de nuestras fuerzas—hayamos conseguido alumbrar mínimamente el soberbio, espléndido y riquísimo escenario de nuestra vida: el mundo creado por la amorosa mano de Dios.—RAMÓN CRESPO PEREIRA.

¿NI INDIGENISMO NI HISPANISMO?

Incidiendo en la ya vieja polémica mantenida por los intelectuales hispanoamericanos, en el intento de caracterizar su propia cultura, el doctor Jorge C. Muelle, director de Arqueología e Historia del Perú, hizo hace tiempo unas declaraciones, en las que planteaba algo así como una tercera posición, superadora, en cierto modo, de la tensión hispanismo-indigenismo. "Ni indigenista ni hispanista—decía el citado arqueólogo—. Ambas posiciones interpretan fragmentariamente nuestra nacionalidad y pertenecen al pasado. La cultura peruana, que primitivamente fué indígena, se fusionó con el aporte español, asimilando posteriormente otros aportes del pensamiento occidental. Hoy, por ejemplo, nadie discute la influencia americana, y el proceso de influencias no termina. No podemos alentar una tendencia en desmedro de la otra."

Vale la pena, a nuestro juicio, analizar, siquiera sea brevemente, estas afirmaciones. En las que se trata, por una parte, de superar la alternativa de las posiciones indigenista e hispanista, que quedarían arrinconadas por responder a interpretaciones igualmente parciales de la cultura hispanoamericana y, concretamente, peruana; y, por otro lado, de afirmar—como el doctor Muelle lo hace, no sin lógica—que el sentimiento de nacionalidad del Perú futuro ha de constituirse con los conocimientos de todas las culturas pre-

téritas que pertenecen al pasado, y con las influencias recibidas en el presente.

Pero, por debajo de estas razonables afirmaciones, parece descubrirse un hecho digno de atención: la confirmación de un proceso de desprendimiento del espíritu hispanoamericano de las influencias culturales de Occidente en busca de unas formas propias de cultura. Y otro hecho, también interesante: el reconocimiento de la intensa influencia norteamericana a que actualmente está sometido, según el doctor Muelle, el Perú y—podría añadirse—quizá todos los países de Hispanoamérica.

La preocupación por mostrar y demostrar la originalidad y peculiaridad de la cultura americana ha inquietado siempre a muchos intelectuales de aquel continente hermano. Pero el hecho que ahora comentamos quizá tenga su punto de partida en un sentimiento general inspirado por el nacionalismo de los propios países hispanoamericanos, y es posible que alentado por extrañas influencias religiosas, sociales, económicas y políticas. Y en esto último podría estar el peligro.—J. D.

LA REBELION DE LOS ESCRITORES

Este libro que publica Emecé (1) en sus *Cuadernos de ensayos* es una edición bastante modificada del original francés publicado en 1949 en París (Editions Corrêa). En efecto, faltan en la edición castellana los capítulos sobre Camus, Aragon, los temas prometeicos y Giraudoux; pero el libro se cierra esta vez con un capítulo sobre Mauriac que falta en la edición francesa. Los años, es verdad, han carcomido la pequeña gloria de Aragon, poco digno para figurar al lado de Malraux y Bernanos; pero no comprendemos por qué el autor haya sacrificado a Camus. Probablemente por preferir a Sartre, visto que actualmente los dos escritores ocupan posiciones antagónicas en el campo de las letras francesas. De cualquier manera, el libro de Albérès, galardonado con un premio Sainte-Beuve, conserva, en esta edición seleccionada por el autor y por el tiempo, la actualidad de hace cinco años.

Sostiene Albérès que "toda la sátira de nuestros escritores está

(1) René Marill Albérès: *La rebelión de los escritores de hoy*. Emecé Editores. Buenos Aires, 1953. 158 págs.

dirigida contra la plácida satisfacción de las ilusiones del hombre, contra una especie de fariseísmo, que adopta en ellos los nombres de humanismo, de burguesía, de capitalismo y aun de cristianismo. Habíamos heredado del siglo XIX un optimismo monstruoso, una prodigiosa máquina dialéctica, filosófica y política, destinada a satisfacernos con poco esfuerzo de nuestra parte. El comienzo de nuestro siglo ha ridiculizado esa colosal ilusión, y, hoy, todo lo que de viviente existe en nuestra literatura actual se esfuerza en desmoronarla, al punto que nuestros escritores nos parecen grandes en la medida en que muestran clara y neta en ellos esa voluntad de purificación, más que en la medida en que sus trabajos constituyen una obra de arte". Pertenecientes a varias corrientes filosóficas y políticas, "... esos escritores, diferentes por sus ideologías, se encuentran fuera del mismo sueño optimista, ya que todos se vuelven contra las ilusiones mediante las cuales el hombre se esfuerza en ocultarse su verdadera condición, reemplazando la búsqueda de su autenticidad por fáciles justificaciones de su cobardía." Los grandes novelistas franceses contemporáneos, o sea toda esta generación que va desde Mauriac y Malraux hasta Camus y Sartre, son unos no-conformistas y unos sobornados; sus personajes son unos "héroes prometeicos".

Estos terribles y violentos desengañados "... no son ni estetas ni toreros, ni mucho menos gozadores, aunque no muestren pudor alguno frente al placer y aunque se encaminen naturalmente hacia el riesgo. Desembarazados, pues, de toda fe, pero sometidos a un rigor cuya lógica no se descubre sino viviéndola, crean, por encima de una sociedad cuyo fariseísmo y bovarismo denuncian, una ética en que el riesgo reemplaza a la honestidad y la exigencia de inventar el propio papel a la conformidad a una norma social." El escritor que se esforzaba hace menos de cien años en crear "literatura pura" se ha transformado, bajo nuestras miradas, en un moralista. Desde Mauriac hasta Camus, los escritores franceses tratan de engendrar una moral del hombre contemporáneo, visto que los autores estudiados por Albérès "no se preocupan sino de las almas", sin tener por esto (con la excepción de Mauriac y Bernanos) la pretensión de preocuparse por el Paraíso. Su ética no cristaliza nunca en una moral, ni sus intenciones soteriológicas en una metafísica. "Las modas literarias no constituyen sino una nueva distribución de temas que resulta vulgar llamar eternos." El tema del destino, de un destino de la rebelión en contra de todos los fariseísmos, predomina en la literatura moderna, y otorga a la condición humana el color de una extraordinaria aventura que Malraux fué

el primero en vivir y transformar en tema literario. "El Prometeo que hoy renace es el mismo que habían liberado Ibsen y Dostoyevski; pero nosotros vemos con más claridad que él ha nacido del fin de los valores sociales, y que, por tanto, la muerte social de Dios es su consecuencia. El es también aquel cuyo triunfo sobre la raza de los dioses pretendió asegurar el siglo de las luces. Ese Prometeo que los filósofos pusieron en marcha vuelve hoy para decirnos que se ha liberado de sus cadenas; pero que, contrariamente a lo que el siglo de las luces esperaba, no ha podido librarse de su buitre. Porque la aventura de Prometeo, pese a su periodicidad, no es un eterno retorno, sino una pasión. Entre la Reforma y nuestros días se ha producido lo que ha dado en llamarse la muerte de Dios. Pero la muerte de aquel que encadenó a Prometeo no lo ha liberado."

Esto es cierto. El nietzscheano grito de Sartre: "Dios ha muerto", no convence a Prometeo de que también el buitre que lo desgarraba haya desaparecido. Este buitre está presente en la obra de todos los escritores franceses contemporáneos, como presente es en todos ellos el deseo de salvarse de alguna u otra manera. Camus, a través de lo absurdo; Anouilh, a través de la pureza; Sartre, a través del compromiso *(engagement)*; Bernanos, a través del desafío. Sin embargo, la actitud de Bernanos fué, al mismo tiempo, la más heroica y la más realista, puesto que tuvo el valor de dar al héroe moderno su verdadero nombre: el santo. "Los tontos incrédulos —escribe Bernanos en *Sous le soleil de Satan*—no admiten a los santos. Los tontos devotos se imaginan que crecen solos, como la hierba de los campos." El santo de Bernanos no tiene nada que ver, sin embargo, con la imagen "sansulpiciana", como dice Albérès, que los hombres se forjaban para que, de este modo, alejasen mejor al santo de la Humanidad. Una imagen libresca y color de rosa, que separaba cada vez más al santo del drama de sus contemporáneos. "Verdad que el santo es elegido de Dios—escribe Albérès, sintetizando el pensamiento de Bernanos—, pero no para ser feliz, ni siquiera para edificar algo en este mundo. El pertenece a la misma raza de aquellos que no son tibios y carga el peso de ese destino; ha sido elegido para transportar a Dios en el mundo. Así, el santo de Bernanos se opone a la pecadora de Mauriac. Uno y otro se evaden del rebaño de fariseos y tratan de saber si hay otro camino fuera del egoísmo, la seguridad y la satisfacción. Pero en tanto que las Teresas Desqueyroux afrontan las llamas del pecado, para que Mauriac sepa a través de sus experiencias si los fuegos de la tierra bastan a nuestros deseos, o si nuestra

alma reclama el ardor del amor divino, los santos de Bernanos se vuelven hacia la ruta del bien, más larga quizá, porque sobre esa ruta, más que sobre la del mal, habrán de encontrar a Satanás."

El choque entre el Santo y Satanás es uno de los acontecimientos más sensacionales que la literatura moderna haya representado. *Sous le soleil de Satan* es, en este sentido, un libro esencial para el conocimiento de esta época, y, a pesar de los errores en los que Bernanos ha incurrido, su obra hace hincapié en la pasión mayor de nuestro tiempo: la de la purificación a través de la rebeldía, para realizar un extremo esclarecedor: la perfección en el Santo de Bernanos o la maldición en el Goetz de Sartre. Un tiempo violentamente tendido entre el Bien y el Mal. Un tiempo humano, en el cual ningún egoísmo es ya posible. He aquí por qué la literatura de Kafka, como también la de Julien Green, que han expresado en el período de entre las dos últimas guerras el sentimiento de la soledad enfermiza y clausurada en sí misma, no es más que una etapa sobrepujada. "La soledad, concebida como desesperación sin salida—escribe Albérès en la edición francesa de su libro—, no representa más que una ascesis preparatoria, como lo era para los místicos la meditación sobre la miseria humana y divina." Bernanos intuyó maravillosamente bien este camino de la perdición, que es la búsqueda romántica de sí mismo sin preocupación por la suerte de los demás, cuando escribía en *Le chemin de la Croix-des-âmes:* "Hay dos maneras de condenarse y hay dos caminos de perdición. El primero consiste en amar más el mal que el bien, por las satisfacciones que produce. Es el más corto. El otro es el de preferirse a sí mismo antes que al bien o al mal, permanecer indiferente ante los dos. Es el camino más largo, y del cual no se vuelve."

La novela, sin embargo, no ofrece nunca soluciones. Es un espejo de la permanente crisis del hombre. En el período trágico en el que nos toca vivir desde hace un cuarto de siglo, la novela ha sido fiel a esta misión, reflejando con claridad todos los matices de la crisis. La rebelión de los escritores no ha sido más que el remate de una rebelión de los hombres en contra de los fariseísmos burgueses, pequeñoburgueses y proletarios, en los que nos había hundido el estúpido optimismo del siglo XIX.—VINTILA HORIA.

LA POESIA DE ALEJANDRO BUSUIOCEANU EN *PROPORCION DE VIVIR*

Si bien es cierto que todo poeta es un *extranjero* en la tierra y que su lenguaje constituye una aportación llameante, en sentido estricto, del hondo origen de su propio mundo, es igualmente cierto el hecho de una existencia umbilical del lenguaje de conformación idiomática, que determina la savia indispensable de una poesía nacional y le confiere la impronta espiritual condicionada por las vivencias originarias de un pueblo. Pero lo que acapara la prerrogativa de este hecho evidente, en el orden idiomático de una literatura, linda con la estructura formal de una lengua desde los principios de su aparición. La poesía de los juglares y la poesía tribal, por ejemplo, no puede escribirse fuera del propio suelo.

Ahora bien: la consolidación de la poesía (no ya de una poesía) en poemática, como simplificación material, tal cual ha sido entendida por la monológica poética moderna, en un experimental enfoque hacia la pura pirámide de la estilización, supedita al poeta, conciliado con la ciencia por la objetividad, a la conquista química de sus reinos expresivos.

La obra poética de este rumano en lengua castellana es un ejemplo valioso de esta conquista. Alejandro Busuioceanu ha producido una pureza dentro de un lindero ajeno. Su estilo poético peculiar ha sabido exprimir con mano cuidadosa los oros del lenguaje con que ha sido prefigurado. La ejemplaridad, pues, estriba, por un lado, en la maestría; por otro, en que nos ofrece el juego poético completo.

* * *

En poesía, el lenguaje desempeña, propiamente, el papel posesivo (y positivamente inconsciente) del flúido mágico, predecesor de la forma. El lenguaje propone la sustancia, así como la forma la dispone. La temática habrá de considerarse en este poeta (como en todo poeta no didáctico ni implicado en épicas) como obligatoriedad determinante del contenido. Siendo el contenido la vía iniciática del poema. Lenguaje y forma, por tanto, se ligan estrechamente para obrar en el poema la contención total del tema. Por tema se entiende aquí un credo, una conmoción de ideas, la misma pura sugestión del espíritu. El tema es interno como en la mística. Así, por ejemplo, en Mallarmé; pero no, en cambio, en Whitman.

Es decir, no en los voceros; pero sí en los orfebres del pensamiento, sea Paul Eluard o sea Pierre Jean Jouve. Y aquí se manifiesta Busuioceanu como alquimista (en cuanto a forma y lengunaje) y como poeta del fervor (en cuanto al contenido).

Es indispensable, antes de hacer consideraciones sobre la lírica de Busuioceanu, parar mientes en el tono habitual en que se desarrolla. Parece percibirse en esta poesía una especie de unción, deslizada en un tono divisible entre el cántico y la plegaria; tal vez bañada de un raro eco litúrgico, una congruencia de *función*, de acto, de canto que no llega a ser de alabanza, pero que esconde un secreto deseo de acción de gracias, algo remota, explícita, sin embargo, en ciertas frases reveladoras: "Luz. Luz. Alegría" (*Un hombre hablaba consigo*), "El cielo, el cielo para todos" (*Ser*), y con mayor claridad en "Mi palabra es mi vida" (*El libro abierto*). Si aún tratamos de inquirir sobre el tema céntrico del espíritu fervoroso de esta poesía, tal vez lo hallemos en el punto confluyente donde la razón y el ser del hombre descubren el conflicto del espíritu. De aquí que el misticismo innegable de esta poesía viva sumerso en un mundo de sombras y luces, y la alabanza, la sumisión, el aspecto contemplativo del alma se vean en lucha constante con la soberbia prometeica ("desnudo un dios sobre la nube ática", "Descansa tu frente sobre la alta nube de tu voluntad"), la renuncia al "misterio ofrecido" (véase el poema *Manos sobre el cielo*), la contemplación ("No quiero, no quiero la languidez de este hermoso mundo"). De modo que la fervorosidad de las visiones del poeta son derivadas de un misticismo racional que aboca en el ansia de ser, esto es, de inmortalidad. No la vida carnal de este "desnudo mundo", al que considera "embriagador en su mortal belleza"; no "otro cielo", sino la inmortalidad mítica ("¡Resucitar!"), la resurrección de los dioses míticos, más allá de las "selvas adorantes", *para siempre* (está en la obsesión del poeta), mientras en la existencia añorante (la añoranza es otra de sus obsesiones) vive el desgarramiento del *no ser*. Y teme (este temor es central en la medula de su temática) no encontrar esta inmortalidad y borrarse en el vacío "sin otra huella más que un recuerdo —y acaso para un ojo venidero algún destello".

Empeñado en la realidad del misterio, con el arma de la razón y la plegaria de la palabra, el poeta, sediento de mitos, intensifica su ardor, lo distiende en el propio sentimiento, y entonces lo depura en el lenguaje.

Si, como sabemos hasta la saciedad, el lenguaje poético ocasiona la dependencia casi exclusiva, o mejor dicho, pocas veces irreem-

plazable, del conciliábulo retórico, cuando lo emplea Busuioceanu (el lenguaje), quiere desprenderse de este conciliábulo a viva fuerza. Entonces sobre los despojos de la lírica más exquisita se distancia todo lo que puede de la retórica, y crea para los oídos simple fonética. Quiero resaltar con esto la condición marcadamente fonética del lenguaje busuioceanesco.

En las dos primeras partes del libro, los poemas impresos bajo los títulos generales de *El libro abierto* y de *Innominada luz*, persiste la lírica todavía como objeto de pronunciamiento. Es ahí donde hemos vislumbrado la reminiscencia más bien coral del acento de esta poesía. Mientras que en las restantes partes, *El fruto de vivir*, *Aproximaciones* y *Cerrado el libro*, la lírica es más bien objeto de encantamiento. Toma como correctivo poético el endecasílabo; la lírica se vuelve dura.

Dentro de esta apreciación bipartita, la constancia temática es, para las dos primeras partes, frecuentemente subjetiva, casi oracional; se retrotrae a una ocupación de nostalgia y de descripciones de tiempos inmemoriales. Y en las posteriores, no hay temática propiamente dicha, sino sustancia verbal iridiscente. Poemas ahora cortos atravesados por un ritmo continuo y acompasado de sutiles endecasílabos sobreponiéndose a lo inteligible del lenguaje. Unidad formal y unidad temática casi jeroglífica. Como único tema discursivo irradia la semblanza metafísica del ser recorrida por las sombras templadas o la llameante serenidad de una dialéctica semifilosófica, semimística, intrincada en el magismo real de las palabras. En algunos poemas con nudos corredizos de lógica, interjección y pregunta. En los mejores, para nuestro gusto, sumidas en el presentimiento y en el fulgor de sus cóncavas resonancias. Aquí el sentimiento es poderoso, pero el hilo temático sibilinamente encubierto. Y si en los primeros poemas aludidos observamos cierto conceptualismo oral, el poeta se rectifica en la otra mitad del libro con esas quintaesencias afiladas y henchidas de vacuidad conceptual.

Demasiado humana, sin embargo, esta poesía para alcanzar la expresión esotérica. Demasiado concreta también, en su intención programática, para alcanzar la gélida abstracción. El espíritu la descubre. Poesía de inmanencias y no de objetos. La objetividad solamente existe en el lenguaje. Pero muy pura, como se demuestra en los siguientes versos: "Cuerpo cortés divinamente triste", "del extremo dolor dulzura extrema", "Rosa de Jericó troncada viva", "y el antiguo temor retorno antiguo", "mi oscura luz, mi noche destinada", "Sentado en las perezas de un asiático", "Cuando estoy solo, cuando escucho el canto", "El hondo gong oscuro de la sangre" y

todo el delicioso poema titulado *Oscura fuente viva.* Y allí donde hacemos evidente nuestra predilección hallamos que la evolución de Alejandro Busuioceanu se dirige hacia una brevedad de expresión, del verbo lírico expedito, que nos convence por la ligazón mágicomusical que hace entre contenido y forma: confundiéndolos, adiestrándolos en el lapidarismo rayano en la fórmula contra la gramaticalidad cansante y lógica del estado retórico. Ahí, en poemas como *Sombra virgen, Manos, El fruto de vivir, Tránsito* y los enumerados bajo el nombre de *Aproximaciones,* Alejandro Busuioceanu activa la modernidad del verso casando la trascendencia (ese iluminismo) con la justa cantidad de habla poética posible; en esos poemas la tonalidad se hace virgínea: es un sonido lato desconectado del tema. La música es tanta y ha puesto tan en cilicio al murmullo, que ha perfilado el acento en forma de roca cantante. La poesía rebosa hasta los bordes, libre de espuma.—CARLOS EDMUNDO DE ORY.

PSIQUIATRIA Y EXISTENCIA

Nos encontramos ante un libro bien interesante (1). Su autor, Igor Caruso, pertenece al círculo vienés de la escuela psicoterapéutica fundada por Freud, Adler, etc. Su obra constituye una aportación valiosísima en el campo de los estudios psicoanalíticos publicados en lengua alemana, y por la posición inequívoca que adopta su autor está llamada a influir profundamente en los medios católicos de todos los países. Caruso sostiene que el análisis de la vida psíquica subconsciente, descubierto por Freud, sólo puede resultar fecundo asociándolo a una síntesis existencial del hombre que parta de los valores vitales más altos. La concatenación causal de los fenómenos en el subconsciente no cabe separarla, como Freud pretendía, de la vida espiritual en cada individuo. En última instancia resulta esencial que el psicoanalista tenga fe en los valores espirituales más altos del hombre.

Hace años que sacerdotes y psicoterapeutas españoles colaboran para dirigir con espíritu latino y cristiano los heterogéneos aluviones de ideas psicoterápicas que desde fuera se vierten en nuestro

(1) Doctor Igor A. Caruso: *Análisis psíquico y síntesis existencial. Relaciones entre el análisis psíquico y los valores de la existencia.* Editorial Herder. Barcelona, 1954. 272 págs.

mundo. La mentalidad y la sensibilidad del hombre español concreto medio indudablemente no es la misma que la de un alemán de religión protestante o judía. El enfermo hispánico es por lo general un enfermo católico más o menos profundo y consecuente; pero católico, en cuyo fondo dormitan los rescoldos del catolicismo prestos a reavivarse en un momento de crisis. Si se piensa con la mejor psicología de hoy en las inapreciables reservas de energía salvadora que eso supone, y, por el contrario, si se piensa en los conflictos y desastres que pueden seguirse de ignorar ese sustrato cultural e histórico, se verá la importancia de poseer una psicoterapia católica para todos los que cultivan esa especialidad en el área hispánica. Esta obra viene, pues, a cubrir un puesto vacante en la bibliografía psicológica española.—C.

LA NOBLE INQUIETUD DE SEBASTIAN JUAN ARBO

Aunque se le reconozca un valor relevante en la novelística española contemporánea, creo que no se ha resaltado suficientemente la personalidad del gran novelista catalán. Se juzgan sus novelas a medida que van apareciendo con leves referencias a su obra anterior, pero sin subrayar los profundos cambios que Arbó ha impuesto a su creación literaria. Y uno de ellos merecería haber suscitado más amplios comentarios: su adopción del castellano. Todo lo más que se hace es hablar de sus novelas rurales y urbanas, marcando así dos vertientes de su novelística. Para mí, con ser muy importante el abandono por Arbó del recio mundo rural de sus primeras obras, es mucho más importante su abandono del catalán, que le prestaba un material bien conocido y bien dominado por él, para escribir en castellano, imponiéndose en plena madurez un difícil aprendizaje.

Estoy seguro que cuando se estudie extensamente la novela española contemporánea, el cambio de lengua adoptado por Arbó merecerá muy especial consideración. Y se verá la valentía que supuso semejante cambio. Entre las novelas en catalán y las escritas en español hay una neta superioridad estilística a favor de las primeras. Sus novelas en español padecen todavía evidentes defectos de construcción gramatical, tanto en el régimen de preposiciones como en el desarrollo de las oraciones.

Algunas de las vacilaciones que se señalan a su reciente novela, *María Molinari*, arrancan de esa lucha que Arbó tiene que emprender con una lengua que no es la que envuelve su pensamiento. Se adivina su esfuerzo, aunque la primera impresión del lector pudiera hacerle creer que se trata de despreocupación por el estilo, por la belleza eficaz de la prosa. Quien quiera convencerse de esto podrá hacerlo fácilmente; bastará con leer o releer sus novelas catalanas en las traducciones que de ellas se han hecho al castellano. El cotejo del estilo de esas traducciones y de las recientes novelas de Arbó es muy significativo.

Hay, pues, en Arbó un doble rompimiento: de ambiente y de lengua. Entre el mundo ofrecido en *Sobre las piedras grises* y esta *María Molinari* y el que se nos daba en toda la obra anterior hay una diferencia casi tan profunda como la que hay entre escribir en una u otra lengua.

La novela con la que Arbó inició ese nuevo rumbo de su literatura fué *Sobre las piedras grises*, que le valió un premio Nadal. Es, sin paliativos, su peor novela, abiertamente inferior a las anteriores. En ella Arbó se planteó demasiadas dificultades: cambiar su mundo novelesco y su medio de expresión. *Tierras del Ebro*, *Caminos de noche* y *Tino Costa* le habían valido el reconocimiento de sus grandes cualidades de escritor de novelas. Son tres impresionantes pinturas de un ambiente sacudido por violentas pasiones, de una humanidad en la que la vinculación a la tierra se mezcla con una supervivencia de voces ancestrales, de impulsos atávicos. Es también un mundo donde crece a borbotones un caudal de poesía, un puro fluir de belleza, que al contrastar con la intensidad pasional levanta la novela hasta una grandeza pocas veces encontrable en nuestros modernos novelistas. En mis recuerdos de lector encuentro al menos muy pocas que me hayan causado esa impresión.

Los personajes viven auténticamente en esas tres novelas; a despecho de que quizá se les someta a máxima tensión, por ese gusto de Arbó a acumular cuadros "negros", a sobrecargar de patetismo el ambiente, a despecho de eso, son seres de una evidente realidad. Nacidos en la imaginación creadora, son hermanos de los hombres reales; yo no conozco a los campesinos de las tierras bajas del Ebro, pero sí a otros campesinos. Puedo ver lo certera que es la visión novelesca que de ellos tuvo Arbó. Sus hombres, sus mujeres, sus niños están vivos, impresionantemente vivos, en las páginas de esos tres libros.

No sucede así en *Sobre las piedras grises*; al recordar ahora esta novela se nos desdibuja, ella en bloque y sus personajes uno a uno;

se nos hace gris como las piedras de la ciudad. Admirando a Arbó, esa novela hubo de decepcionarnos. Pero al considerar lo que suponía en la trayectoria de su autor, al ver la noble inquietud que mostraba, incluso esa decepción se convertía en nuevas admiraciones.

Ahora ha insistido Arbó en el mismo tema y ha mantenido su elección del castellano como medio expresivo. En ambas direcciones, *María Molinari* supone un gran avance respecto a la últimamente citada. Hay ya una mejor andadura de la prosa; se roza en algunas concordancias de pronombres con su antecedente o su suplido, en algunas proposiciones, y más rara vez en la ordenación de una oración subordinada; pero es muy superior a la de *Sobre las piedras grises* (en las novelas catalanas de Arbó traducidas al castellano—es curioso que no se haga constar el nombre del traductor—no se encuentran esas durezas o incorrecciones; a veces hay alguna, que quizá se deba a errata tipográfica: *ir hacia tú*, pero el estilo es muy bueno y resulta de él una prosa muy superior a la que ahora se viene usando por impericia o mal gusto de tantos y tantos).

También el ambiente está más logrado. En *María Molinari* se nos da una magnífica "novelización" de Barcelona; la ciudad está reflejada con amor y con verdad, utilizada habilísimamente como escenario en el que los personajes se nos muestran bien encuadrados, moviéndose en el plano que conviene a sus caracteres.

Yo no sé si los medios literarios barceloneses son tal como los pinta el novelista. Puede que lo sean, pues él los conoce y siempre supo describir y recrear con mano maestra. Si resultan un tanto tópicos será porque todos cuantos nos describen esos medios, enrarecidos y simples a la vez, se han encontrado con la misma mediocre realidad. Para quienes somos escritores no deja de ser penoso considerar que las traslaciones novelescas de la vida literaria dan una bochornosa impresión del hombre escritor. Al menos así sucede en la novelística española. *María Molinari* recarga quizá un poco las tintas, como reacción de Arbó; no le conozco, pero creo que no es hombre de tertulias literarias, que quiere mantener vivo en su personalidad su pasado de hombre cercano a la tierra, de escritor sincero y leal a sí mismo.

En las novelas rurales de Arbó, los hombres estaban siempre a la altura de su medio y de la peripecia en que se los implicaba. Y también sus mujeres. Los personajes de aquellas tres novelas forman un rico conjunto, con el que Arbó puede salir a cualquier torneo comparativo. En *María Molinari* hay dos figuras de mujer—la que da título al libro y la madre del protagonista, Andrés

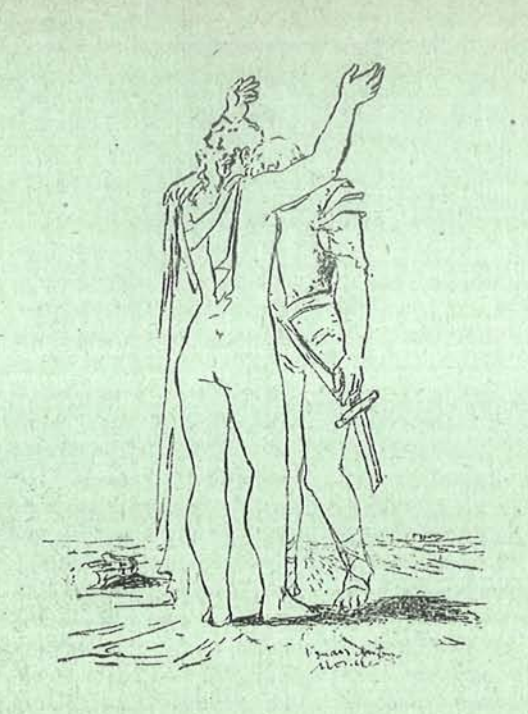
Albará—, que están a la altura de aquellas realizaciones. Y hay algún momento en que en el desgraciado pintor, Félix Daura, aparece una lejana sombra de aquel gran Tino Costa; por ejemplo, en la muerte. Es curioso considerar cómo Arbó se ha escapado en ese momento de su novela de una localización puramente urbana para hacer que su personaje se encuentre ante la noche inmensa, sin otra luz que la eterna e impasible de las estrellas. Hay muchos elementos en la muerte de Félix Daura que nos recuerdan la de Tino Costa. Es justo que haya más grandeza en la de éste, porque él era más grande también que el pintor de *María Molinari*.

Hemos hablado de la última novela de Arbó menos que del conjunto de su obra. Pero creemos que era necesario hacerlo así. Pretender juzgar *María Molinari* sin situarla en el cuadro de la novelística de su autor hubiera sido injusto para Sebastián Juan Arbó, que es uno de los mejores novelistas españoles contemporáneos, dando entrada en esa calificación a muy pocos, a poquísimos.—ILDEFONSO-MANUEL GIL.

INDICE

Páginas

¿ADONDE VA HISPANOAMERICA?



MADRID
1 9 5 4

PROSEGUIMOS EN ESTAS PÁGINAS LAS INTERESANTES NOTAS DEL "AMERICAN DIARY", DEBIDAS A NUESTRO CORRESPONSAL EN LAS NACIONES UNIDAS J. A. VILLEGAS MENDOZA, QUE CONTINUARÁN EN NÚMEROS SUCESIVOS.

AMERICAN DIARY (II)

Marzo 18, 1954.

LODGE, DULLES Y LA DOCTRINA MONROE

Que Cabot Lodge, jefe de la Delegación de los Estados Unidos en las Naciones Unidas, nos dijera hoy en la Conferencia de Prensa que utilizaría el veto para impedir la entrada de China comunista en las Naciones Unidas, no me sorprendió tanto como sus declaraciones que en Caracas se había "puesto al día la Doctrina Monroe". Todos los corresponsales presentes sabíamos de antemano la posición de los Estados Unidos frente a la China comunista. Pero su referencia a la Doctrina Monroe, sí me sorprendió. Sencillamente, me sentí como si estuviera viendo resucitar a un cadáver. Porque, la verdad, es que *para* Hispanoamérica la Doctrina Monroe había sido enterrada al comenzar la "Política del Buen Vecino". Eso fué lo que sintió Hispanoamérica; sea cierto o no, ellos siempre asociaron la Doctrina Monroe con la intervención de los Estados Unidos.

Tal vez estoy forzando el argumento demasiado, porque la primera noticia de la resucitada Doctrina Monroe—estoy hablando de Hispanoamérica—no la recibí de los labios de Lodge, sino leyendo, tres días antes, las declaraciones del secretario de Estado Dulles, cuando manifestó a su llegada a Wáshington, de regreso de Caracas, que la declaración anticomunista de Caracas "convierte en política internacional de este hemisferio una porción de la Doctrina Monroe, que había sido por mucho tiempo dejada al olvido". Lo que Dulles pasó por alto—en parte explicable, porque en Caracas sólo estuvo de *paso* para Ginebra—es que la Doctrina Monroe no fué olvidada, como él cree, sino, por el contrario, fué enterrada, que son dos cosas muy diferentes. Tal vez, la razón la tiene uno de los corresponsales americanos mejor informados de las Naciones Unidas, cuando me decía: "Esas declaraciones, presumiblemente, fueron hechas para el consumo interno de los Estados Unidos, en donde la Doctrina Monroe es un símbolo que nunca pierde actualidad en su política exterior." Yo creo que él tiene razón.

Es indudable que Dulles quiso señalar las analogías entre las declaraciones de Monroe, frente a las amenazas europeas de hace ciento treinta años, con las declaraciones anticomunistas de Caracas. Pero por debajo de las semejanzas superficiales y de los efectos propagandísticos hay una diferencia más profunda. Es cierto que ambas han sido un grito de alerta; pero la Doctrina Monroe no se tradujo en hechos, no se proyectó en acciones políticoestratégicas. La diplomacia de Canning se encargó de esa tarea, y la flota inglesa, del resto. Cuando los Estados Unidos era un *underdeveloped country*, se podía contentar con hacer declaraciones que ya presagiaban su fibra de futura potencia, como en los días de Monroe y John Quince Adams; pero en nuestros días de Eisenhower y Dulles, cuando U. S. A. se ha convertido en el Comando Mayor, como lo fué Inglaterra, en vez de declaraciones anticomunistas debería haber presentado una positiva diplomacia y estrategia anticomunistas. Nadie pasa por alto el hecho subrayado por la mayoría de los comentarios de prensa favorables a Dulles: que peor que nada, esas declaraciones son algo. El peligro es creer que se puede encontrar inspiración en

la Doctrina Monroe, cuando lo que se necesita no son declaraciones, sino actos políticos. Esa inspiración no necesitamos buscarla en el pasado, sino tal vez en un ejemplo más cercano, que puede sugerirnos muchas aplicaciones políticas: la pérdida de China, hoy en manos de los comunistas.

Marzo 30, 1954.

PUERTO RICO, EN LAS NACIONES UNIDAS

Las Naciones Unidas son un interesante puesto de observación para seguir la evolución política del "Estado Asociado por Convenio" que es Puerto Rico. Durante los últimos tres meses he comenzado a estudiar las Actas de las reuniones de la Asamblea General del mes de noviembre de 1953 (cuando se discutió el problema de Puerto Rico); también he conversado sobre este tema con muchos delegados hispanoamericanos y asiáticos y con corresponsales americanos y extranjeros acreditados en las Naciones Unidas. Ahora resumo mis experiencias:

1) El presente *momento histórico* en los Estados Unidos con relación a Puerto Rico tiene una gran analogía con el momento histórico del Imperio Británico cuando se comenzó a formar la idea del Commonwealth. Así como ayer en Inglaterra había un gran deseo de cortar los vínculos con las colonias en los años siguientes a la mitad del siglo pasado y antes de la primera Conferencia Imperial de 1883, así en los Estados Unidos la gran mayoría desearía que Puerto Rico fuera independiente. Sencillamente, sería para ellos un dolor de cabeza menos. (Hay que recordar siempre que en este país hay una serie de problemas internacionales que presentan todas las características de una aguda gravedad.) Pocos días después del atentado nacionalista en el Congreso de Wáshington, en el *Press Luncheon,* de la U. N. C. A. (United Nations Correspondents Association), en honor a V. K. Krisna Menon, el delegado indio, me senté a una mesa con dos corresponsales americanos de las Naciones Unidas y con un miembro de la Delegación de la India. Uno de los corresponsales me decía: "Si Puerto Rico escogiera la independencia, hoy se escucharía un ¡hurra! desde Nueva York hasta Chicago." En Inglaterra, los sentimientos hacia las colonias no eran muy diferentes en aquellos días. Para defender los sentimientos ofendidos de los canadienses, el poeta Tennyson escribió aquellos versos:

And that true North whereof we lately [heard
A strain to shame us, keep you to your- [selves,
So loyal is too costly! Friends your [love
Is but a burden: Loose the bond and [go!
Is this the tone of Empire?

"Y aquel auténtico Norte, de donde recientemente escuchamos una nota para avergonzarnos. Quédense con ustedes mismos. ¡Ser leal es tan costoso! Amigos, vuestro amor es sólo una carga: ¡Aflojad las cadenas y váyanse! ¿Es éste el tono de un Imperio?"

2) Como las experiencias políticas nacionales que hoy predominan en Hispanoamérica y en los Estados Unidos están fuertemente influídas por los conceptos de independencia del siglo XIX, la mayoría explicará esta nueva experiencia en formas políticas por motivos económicos, los más visibles para su mentalidad política: el deseo de no perder las ventajas económicas que Puerto Rico recibe de los Estados Unidos. Los valores morales, políticos y culturales pasan a tercer plano. Muy pocos son los que comprenden lo *nuevo* encerrado en las experiencias inglesas del Commonwealth.

3) La consecuencia lógica de este razonamiento es que todavía Puerto Rico debe probar a Hispanoamérica y a los Estados Unidos lo nuevo de su experimento. Arch Pierson Jr., el corresponsal de *New York Herald Tribune* en las Naciones Unidas, pintaba acertadamente estos sentimientos cuando escribía, después del atentado en el Congreso de Wáshington: "La asociación del Commonwealth debe todavía probarse a sí misma. Esta demanda por una prueba futura es lo que está políticamente en juego entre los Estados Unidos y Puerto

Rico. Y cuando la opinión mundial está envuelta, lo que se juega es mucho."

4) Los avances sociales y económicos de Puerto Rico, el milagroso fortalecimiento de su cultura hispánica, la madurez política del puertorriqueño—aunque apreciado por los que conocen Puerto Rico o los que han estudiado su evolución histórica de los últimos cincuenta años, como lo demostraron la mayoría de los delegados que participaron en las discusiones sobre Puerto Rico en las Naciones Unidas—no fueron argumentos convincentes para ellos, para reconocerle una personalidad política completa de acuerdo con los requisitos establecidos que se deben tener en cuenta para decidir cuándo un territorio es o no independiente.

Lo que todavía no se comprende claramente es por qué una gran mayoría votó a favor de la propuesta de los Estados Unidos de cesar su información sobre Puerto Rico, como lo establece el artículo 73 de la Carta de las Naciones Unidas. ¿Por qué votaron entonces a favor de esa propuesta, especialmente los delegados hispanoamericanos? Por dos razones: la primera, para complacer a sus hermanos puertorriqueños, que en aquellos momentos no querían la independencia, aunque su *status* político es superior al de muchos países independientes. Y, en segundo lugar, para complacer a los Estados Unidos por razones políticas. Por ello no quedaron ni satisfechos ni convencidos, aunque sí lo están de la madurez política de Puerto Rico y de la existencia de libertades reales en la isla. El que negó estas libertades fué Kuch-Karov, el delegado ruso. Lo sorprendente fué escuchar de sus labios el reconocimiento de los avances políticos de Puerto Rico durante la dominación española. Su posición fué una media verdad: se equivocó con el presente, pero acertó en el pasado.

5) Si la mayoría de los delegados no quedaron convencidos, se debe a que Puerto Rico no ha ofrecido la prueba decisiva para que se le preste mayor atención en Hispanoamérica, en los Estados Unidos y en el resto del mundo. Cuando presente esa prueba, Puerto Rico estará en pie de igualdad con Australia, Burma, Paquistán o Paraguay, aunque en muchas de esas naciones no existen las "libertades reales" que encontramos en Puerto Rico. Esa prueba es una sola: su capacidad de *dominio* o *señorío* sobre su destino internacional. La razón es simple: la participación en la política exterior en la vida internacional es la que hoy día decide el presente, el futuro o la esclavitud de los pueblos. Nadie puede ser una isla en la arena internacional. Los pueblos se clasifican hoy de acuerdo a sus decisiones culturales, políticas, estratégicas y económicas internacionales. O se es señor en el golpe internacional o se es yunque. Si alguien da el golpe por uno, se pierde la calidad de señor en la arena internacional. Se puede ser señor de sus *decisiones*, como Canadá y la India, y, sin embargo, estar "Asociado por Convenio". Mientras tanto, mientras no escuchemos la voz internacional de Puerto Rico, la isla continuará siendo mal comprendida; los motivos de su conducta se explicarán por prácticos intereses económicos, o la explicación de la actual situación se encontrará en la explotación y asimilación cultural de Puerto Rico por los Estados Unidos, como señalaba Carlos Urrutia Aparicio en su artículo publicado en el mes de enero de este año en *Cuadernos Americanos,* la revista mejicana liberal de más prestigio en toda Hispanoamérica, titulado "Puerto Rico, Hispanoamérica y las Naciones Unidas", cuando dice: "Los puertorriqueños... no pueden consentir que se los explote bárbaramente. No pueden permitir que se los absorba culturalmente."

Mientras tanto continuaré escuchando en las Naciones Unidas declaraciones como las siguientes de un delegado sudamericano de un país con gran prestigio democrático: "El día de la votación, nadie de la Delegación quería ir a votar por la propuesta de los Estados Unidos. Al final tuvo que ir el último secretario de la Delegación." De un delegado al norte de la línea del Ecuador: "Por cuestión de principios, no puedo ir a votar por la propuesta de los Estados Unidos", le dije al jefe de mi Delegación. El tuvo que ir a la votación.

6) No es ingresando en las agencias especializadas de las Naciones Unidas, ni afirmando que Puerto Rico es una frontera o puente cultural entre el Mundo Hispánico y el American Way of Life—que lo es, como también lo es Méjico, aunque más dramáticamente—como Puerto Rico probará lo nuevo que está encerrado dentro de la idea del "Estado Asociado por Convenio". En Hispanoamérica, estos razonamientos —¡y con lo ciertos que son!—no tienen mayor eco. Un impacto más directo lo tuvo la fotografía de Carrión hablando en la Conferencia de Caracas como miembro de la Delegación de los Estados Unidos. Esa fotografía, que lo muestra detrás del letrero puesto sobre la mesa con el nombre de "Estados Unidos", hiere la sensibilidad de todo hispanoamericano, sea de derecha o de izquierda. Si en vez de ese rótulo, la fotografía hubiera mostrado otro letrero, en el que se hubiera leído: "Estado Asociado de Puerto Rico", el impacto de esa fotografía hubiera sido muy diferente: hubiera despertado una gran curiosidad en vez de desencanto.

Puerto Rico es hoy día un nuevo experimento en el mundo internacional. Es el comienzo de una nueva aventura hispanoamericana. Esos son mis sentimientos, porque tengo fe en el *señorío* internacional de Puerto Rico.

Abril 1, 1954.

Colombia, que representa conjuntamente con Brasil las veinte naciones americanas (hispanoamericanas) en el Consejo de Seguridad, votará en favor del proyecto de resolución de Nueva Zelandia.

(Señor Echeverry-Cortés, representante de Colombia, *S/PV. 664*, páginas 17,20. Marzo 29, 1954.)

EL BLOQUE ÁRABE Y EL BLOQUE HISPANOAMERICANO EN EL CONSEJO DE SEGURIDAD

En la presente crisis del Cercano Oriente, entre Israel y los países árabes, que se está discutiendo en el Consejo de Seguridad, Hispanoamérica es *uno* de los aliados, interesada en fortalecer *toda* esa estratégica área contra la avalancha comunista. Esa debería ser nuestra posición en el organismo más importante de las Naciones Unidas a través de la diplomacia de Brasil y Colombia, que representan geográficamente el área hispanoamericana.

Nuestra vocación hispánica no nos empuja a convertirnos en jueces de la crisis del Cercano Oriente para recoger arena del desierto y arrojársela a los ojos de los judíos o de los árabes, condenando a unos y absolviendo a otros. Nuestro genio político, adormecido desde los días de Bolívar, no nos mueve a una tarea legalística ni moralística; sí nos lanza a una empresa de colaboración con los otros aliados en la creación de un sistema de maquinaria regional que fortalezca *toda* esa área, en vez de ahondar—aún más—las divisiones que ya existen.

La posición de Hispanoamérica en el Consejo de Seguridad se puede definir como la de un aliado con autonomía de iniciativa, es decir, nuestra voz debe resonar con su singular timbre cultural-político hispanoamericano. Aunque *de jure* Brasil y Colombia no representan políticamente toda Hispanoamérica, *de facto* Hispanoamérica es considerada en las Naciones Unidas como una entidad.

Si Hispanoamérica es uno de los aliados dentro del Consejo de Seguridad, nuestra primera decisión debe consistir en evaluar la iniciativa de los otros aliados, especialmente la de Estados Unidos, Inglaterra y Francia. ¿Cuál es la característica principal de la iniciativa aliada en el Cercano Oriente que se proyecta en el Consejo de Seguridad? Esta es la pregunta que me formulaba hace tres meses, cuando comenzaron mis aventuras de corresponsal en las Naciones Unidas. La respuesta es una: Inglaterra es la que mantiene las riendas de la iniciativa aliada en el Consejo de Seguridad en los problemas del Cercano Oriente. Sir Pierson Dixon es su eficiente instrumento.

La cuestión básica de todas las discusiones sobre el Cercano Oriente debe ser para Hispanoamérica la siguiente: En la presente crisis del Cercano Orien-

te: la iniciativa aliada, llevada de las riendas por Inglaterra, ¿fortalece la posición general de los aliados en esa estratégica área?

Pero la respuesta a esta pregunta deberá comenzar reconociendo un hecho esencial: la posición de Gran Bretaña como una gran potencia en *retirada ordenada*, a diferencia de Francia, otra potencia en retirada desordenada. Esta diferencia es la que permite llamar *gran* potencia a la primera y solamente potencia a la segunda. Si en otras áreas mundiales, Inglaterra ha cedido terreno a los Estados Unidos, y en otras coopera con otros, su objetivo en el Cercano Oriente es mantener las riendas de la iniciativa aliada.

En esta posición de gran potencia en *retirada ordenada,* Inglaterra no quiere aparecer concediendo mucho a los árabes, porque su situación general en esa área, especialmente en Egipto, es precaria, aunque su diplomacia lleve el sello del genio de Churchill. El resultado visible de su diplomacia es una pérdida en flexibilidad. La rigidez por falta de agilidad se traduce en una posición no realista que llegue a penetrar la medula del problema. Estos eran mis pensamientos cuando escuchaba el debate sobre las acusaciones de Israel a las obstrucciones puestas por Egipto al paso de barcos por el Canal de Suez en rumbo a Israel. Egipto fué acusado de no cumplir con la resolución del Consejo de Seguridad de septiembre de 1951, que obligaba a Egipto a no obstaculizar ese tránsito. Esa era la idea fundamental del proyecto de resolución presentado por Mr. Munro, el representante de Nueva Zelanda. El 29 de marzo votaron por esa resolución Estados Unidos, Dinamarca, Francia, Turquía, Brasil y Colombia. Se abstuvo China nacionalista, y votaron en contra Líbano y Rusia. ¿Cómo afectó esa votación a Hispanoamérica? En vez de presentarnos con una iniciativa propia, decidimos seguir a los otros aliados, es decir, nos inclinamos a favor de Israel; nos disgustamos con el bloque árabe; sin quererlo, ayudamos a introducir más a Rusia en el Cercano Oriente (fué el único que votó en contra de los aliados); fortalecimos la posición inglesa en el Cercano Oriente, porque dejamos las cosas en el *statu quo* presente, y, por fin, hicimos más visible el vacío de la indecisión de los Estados Unidos. La situación fué claramente pintada por Tsiang, el representante chino, al explicar su abstención: "En el Cercano Oriente, nosotros tenemos, por un lado, un constante aumento de problemas. Por el otro lado, nosotros vamos amontonando resolución sobre resolución. Problemas, de un lado, y resoluciones, del otro lado, como el este y oeste de Kipling, que nunca se encontraron." *(S/PV. 664,* página 11. Marzo 29, 1954.) Su pintura de los fracasos del Consejo de Seguridad en el Cercano Oriente era perfecta. Lo que él no veía era el camino hacia la solución. En ello se equivocaba.

¿Cuáles fueron los errores principales de los aliados? Si hemos de aprender de la experiencia, debemos examinar nuestras faltas, no para señalar solamente nuestras acciones negativas, sino principalmente para aprender a dar pasos positivos. Yo diría que dos son los errores fundamentales. El primero, imaginarse que la presente situación de beligerancia de guerra, regulada por el armisticio firmado en la isla de Rodas en 1949, ya no existe entre Israel y los países árabes, y que es hora de hablar de paz en el Cercano Oriente. Este fué el principal argumento de Mr. Munro; él razonaba así: "Si el sistema de armisticio lleva cinco años, *su carácter es permanente;* por ello, *ninguna parte puede razonablemente afirmar que es activamente un beligerante o que necesita ejercer el derecho de visita, inspección y retención por razones de legítima defensa.*" Lo que no puede ver Mr. Munro, y aparentemente los otros aliados, es precisamente lo que sucede entre Corea del Norte y del Sur, entre Alemania Occidental y Oriental, entre Israel y los países árabes: están en estado de guerra; técnicamente, en una tregua que nadie espera se solucione de un día para otro, afirmando que es hora de vivir en paz, cuando los pueblos están dispuestos a luchar. De nada valen los argumentos de Derecho internacional o los ejemplos del Canal de Panamá ni la resolución del Consejo de Seguridad de 1951. Los aliados no quisieron ver la reali-

dad tal como hoy se presenta en el Cercano Oriente. La mejor forma para alcanzarla era ponerse del lado de Israel contra los países árabes.

El otro error de los aliados consistió en pasar por alto la solución presentada por Egipto. Ellos no negaban que podían estar equivocados; pero en vez de discutir este delicado problema en la Sala del Consejo de Seguridad, en el segundo piso del edificio de las Naciones Unidas, proponían una solución regional: si Israel tenía alguna queja, allí estaba la Convención de Constantinopla de 1888, que regula los problemas que pudieran surgir en el Canal de Suez. Son miembros de esa Convención Inglaterra, Francia, Holanda, Alemania, Italia, Austria, Turquía, España y Rusia. Esa maquinaria nunca había sido puesta en movimiento; pero allí estaba, al menos como un ejemplo, como una sugerencia, como un punto de partida para la creación de la maquinaria regional o sistema regional que necesita el Cercano Oriente. No nos engañemos. Es verdad que Rusia es miembro de esa Convención. Pero los Estados Unidos o Hispanoamérica podía haber tomado esa iniciativa y presentar alguna solución en esa dirección. Por supuesto, Vishinsky apoyó con su elocuencia habitual esa ponencia de Egipto, aunque España fuera miembro de esa Convención y a pesar de que hoy Jiri Nosek, el representante de Checoslovaquia en el Consejo Económico y Social, pomposamente manifestara que votaría en contra de todas las recomendaciones provenientes de organizaciones de las cuales España fuera miembro.

Inglaterra no podía entusiasmarse mucho con esa proposición de Egipto, porque el liderato inglés se hubiera perjudicado en esa área, ya fuese la maquinaria de la Convención de 1888 u otra solución regional que se hubiera presentado, aunque Rusia no fuese participante. La maquinaria o solución regional hubiera retirado a Inglaterra aún más del Cercano Oriente. Hispanoamérica prefirió seguir a los aliados y enemistarse con el bloque árabe en vez de haber imaginativamente ayudado a fortalecer *toda* esa área.

Los ingleses saben hacer; pero no *pódian* hacer mucho debido a su ordenada retirada. Los Estados Unidos *podían* haber hecho mucho; pero no sabían cómo. Hispanoamérica habló *académicamente* sobre su querido tema del Derecho internacional; pero no vió el problema. Rusia *vió* el problema y se ganó la simpatía de los árabes.

Abril 9, 1954.

REFLEXIONES HISPANOAMERICANAS EN LA COMISIÓN DE DESARME

A mi lado, muy atenta y sin perder una palabra de la discusión, está sentada Lynn, una estudiante de Wellesly College, que ha venido a las Naciones Unidas a entrevistar a Lodge para *Wellesly College News*, el periódico del Colegio.

—¿Consiguió la entrevista?—le pregunté.

—Sí—contestó—; pero Lodge sólo me permitió hacerle una pregunta porque estaba muy ocupado.

Nuestra conversación transcurría mientras traducían al inglés y al francés las protestas de Vishinsky por ser China nacionalista miembro de las Naciones Unidas. Cada vez que hacían la traducción del debate, comentaba con Lynn la reunión. El tema central de nuestra conversación fueron las siguientes reflexiones:

Algo me llamaba poderosamente la atención. Que se propusiera a los Estados Unidos, Rusia, Inglaterra y Francia (todavía una gran potencia esta última, aunque no sabemos por cuanto tiempo), era para mí algo natural, que respondía realísticamente a la Resolución 715 (VIII) de la Asamblea General del 28 de noviembre de 1953, cuando propicia la formación de un Subcomité de Desarme integrado por "las potencias principalmente envueltas". Lo que me parecía extraordinario era que el Canadá fuese también propuesto con toda naturalidad por los otros miembros de la Comisión de Desarme: Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Dinamarca, Turquía y Brasil, con excepción de Rusia, cuya posición se conocerá recientemente en la próxima reunión, el miércoles 14 de abril.

Territorialmente, Brasil es un poco más pequeño que Canadá. Nominalmente, China nacionalista todavía es una de las cinco grandes potencias; sin embargo, Canadá fué elegido. Es verdad, como decía sir Pierson Dixon, el representante del Reino Unido, que Canadá "tiene una posición especial en asuntos de desarmamento", y Lodge tenía razón cuando afirmaba que Canadá tiene una "posición especial por razones relacionadas con el desarmamento y por sus cualidades morales en el liderato internacional". Cuando Lodge decía estas palabras, mis ojos no se despegaban del rostro de Mr. Tsiang, el representante de China nacionalista y presidente de la Comisión de Desarme. Tsiang y sus secretarios, sentados detrás de él, tenían unas caras largas, tristes, como los niños que no son invitados a participar en un nuevo juego. Nadie nombró ni propuso a China nacionalista, aunque simbólicamente es una de las cinco grandes potencias.

Lo que se dijo de Canadá era cierto; pero la razón verdadera era otra: Canadá no es una superpotencia; carece de una de las condiciones necesarias para ser considerada como tal: los cinco millones de soldados que Stalin describía como elemento fundamental de una superpotencia. Pero tiene algo que en la definición de Stalin también se incluye, "o su equivalente". Canadá no es una superpotencia, pero es una gran potencia desde comienzos del siglo XX, al intervenir en la guerra de Sudáfrica; desde entonces, Canadá ha intervenido activamente en las decisiones mundiales, no cuantitativamente, pero sí cualitativamente. Viendo a Colombia y a Brasil en la Comisión de Desarme, pensaba en toda Hispanoamérica y en su ausencia de las grandes decisiones politicomilitares mundiales. En cambio, Canadá ha sabido incidir directamente y selectivamente en la política internacional. No sólo posee una gran capacidad industrial y una dinámica organización social, sino que también política y militarmente ha participado en la arena mundial, sirviendo primero a sus intereses, asociándose inteligentemente con los intereses de otros. Sus avances industriales, sociales y económicos son extraordinarios; pero su *perfomance* diplomática estratégica es aún más revelante de su fina calidad de gran potencia, y por ello su participación en la Comisión de Desarme parece algo natural. A mí, sin embargo, no me deja de llamar poderosamente la atención.

JULIÁN PUMARÍN Y ESPAÑA

Después de la reunión de la Comisión de Desarme, al entrar en la Sala de Delegados, me encontré con Julián Pumarín. Julián es español. Su simpática personalidad y sus conocimientos especiales sobre Hispanoamérica le permiten trabajar con éxito para una delegación en las Naciones Unidas como enlace con las Delegaciones hispanoamericanas, o como dirían en los Estados Unidos, su especialidad es Latin America Public Relations. Además, Julián escribe con su seudónimo en varios periódicos hispanoamericanos sobre las Naciones Unidas. En esta ciudad escribe para *El Diario de Nueva York*.

—¿Usted sabe, Villegas—me dijo—, que nosotros somos un poco enemigos?

—¿Por qué?—le pregunté.

—Yo soy un exilado español—me contestó.

Yo le había dicho unos días antes —cuando le conocí—que escribía para CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, de Madrid.

—Que los dos tengamos firmes convicciones sobre una serie de temas—le contesté—no nos impide que conversemos como lo estamos haciendo desde que nos conocimos. Además, conozco exilados españoles que han hecho mucho por España. No reconocerlo me parecería una gran tontería. Por ejemplo, ahí está la labor de Américo Castro en la Universidad de Princeton.

—El Fondo de Cultura Económico y *Cuadernos Americanos*, de Mejico—me contestó—, son otra muestra más de ello. En España han escrito algo sobre este tema. *Bohemia* reprodujo un trabajo escrito en Madrid, al mismo tiempo que publicó una réplica al mismo.

—La revista que publicó ese artícu-

lo—agregué yo, siguiendo su pensamiento—fué CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, en su número de febrero del año pasado, bajo el título "La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración", y lo escribió José Luis L. Aranguren.

Hubiéramos seguido conversando sobre este tema, pero se acercó a nosotros Darwin Bracco, de la Delegación del Uruguay, para invitarnos con unos "wiskies"..., y entonces comenzamos a charlar sobre el próximo campeonato de fútbol en Montevideo.